

## DOÑA LUZ.

### XIII.

#### CRISIS.

**D**ESPUES de haber rechazado con tan cruel desabrimiento las palabras de doña Manolita y despues de hechas las paces, doña Luz pensó á sus solas en el valor y motivo de aquellas palabras, y como si una claridad nueva y extraña iluminase los más oscuros laberintos de su cerebro, creyó percibir la verdad de todo y reconoció que su amiga tenía algunos visos de razon al decir lo que dijo.

Doña Luz se había enojado quizá porque su propia conciencia, aprovechándose de las palabras de doña Manolita, había formulado una acusación mucho más severa. ¿Qué diferencia radical é importante se da entre la amistad más tierna y exclusiva, entre la predileccion más marcada de un hombre por una mujer y de una mujer por un hombre, ninguno de los dos viejos aún, y el amor más puro, más platónico y más sublime? Doña Luz se ponía á sí misma esta cuestion; y, no acertando á resolverla sino en el sentido de que no se da dife-

rencia, ó que, si se da, apénas es perceptible y se quiebra de puro sutil, decidía que no era absurdo ni insolencia suponer y afirmar que estuviese enamorado de ella el P. Enrique. El Padre, encadenado por el respeto, teniendo en cuenta su estado, sus votos y su posicion, se había guardado bien de manifestar su cariño de un modo que hiciese sospechar ni remotamente que no era legítimo y sin tacha; pero, sin duda, que en el fondo de su alma le sentía.

Luégo que doña Luz dejaba esto como sentado y como evidente, se preguntaba tambien: ¿Y yo qué he hecho para inspirar esta pasion? ¿Qué culpa adquiero de que él me ame? ¿Hasta qué punto he dado y sigo dando pábulo á su afecto? La contestacion que doña Luz se daba era contradictoria y confusa. Ora se condenaba; ora se absolvía. Se condenaba al reconocer que ella había disimulado mucho ménos que él la complacencia con que le oia, el contento que su vista le causaba, el deleite que su conversacion le traía siempre, y que ella por instinto irreflexivo, pero depravado, gustaba de parecer hermosa y elegante á todos, y particularmente á las personas á quienes quería, entre las cuales no podía ménos de incluir al Padre.

Otra serie de consideraciones acudía luégo á su mente para absolverla. Pues qué ¿no era lícito amar la ciencia, la virtud y el ingenio que en el Padre resplandecían? ¿Qué mal había en mostrarlo? Y en cuanto al esmero en el adorno de su persona ¿qué ley divina ni humana podía imponerle la obligacion de ocultar las prendas que el cielo le había dado y de no lucirlas hasta donde esto es compatible con el más rígido decoro? De esta suerte se absolvía doña Luz; pero, prosiguiendo en sus cavilaciones, añadía en su pensamiento: Y si yo supongo que él me ama ¿por qué no ha de suponer él que le amo yo? Si yo no tengo motivo para suponerlo, si es mi vanidad quien lo supone, bien puede él ser tan vanidoso como yo y suponerlo del mismo modo. Y si yo lo supongo con motivo ¿el motivo que yo le he dado para que haga suposicion idéntica es menor acaso? Doña Luz tenía entónces que confesarse que, atendidas la natural reserva que deben tener las mujeres, y la modestia y timidez con que deben velar y mi-

tigar los movimientos é inclinaciones del corazón, ella había dado mayor motivo al Padre para que él la creyese enamorada que el que él le había dado á ella para que de su parte lo creyese.

El proverbio dice que *quien prueba mucho no prueba nada*, y esto ocurría á doña Luz no bien demostraba que, no solo el Padre estaba enamorado de ella, sino que ella estaba enamorada del Padre. Se examinaba el alma, se interrogaba el corazón, y como le respondían que no amaban al Padre, volvía á creer que sólo su presuncion podía hacerle imaginar que el Padre la amase á ella. Lo único que, despues de tantos rodeos, sacaba en claro doña Luz era que en aquella convivencia é intimidad afectuosa y en aquellos coloquios tan sabios de ella con él, había algo de ocasionado á perversas interpretaciones, algo de mal gusto, algo de pedantesco y lugareño á la vez, que la parecía cómico, y cuya ridiculez se atenuaba sólo pensando que su vida en un lugar no podía llevarla á ménos necio extravío.

Doña Luz resolvió, pues, ser más cauta y ménos expansiva en lo venidero, y no menudear tanto las discusiones filosóficas y teológicas, y las confianzas y el trato con el venerable sobrino del antiguo administrador de su casa.

—Si no hay, concluía ella, mutua y peligrosa inclinacion en nuestras almas, pudiera suponerse, y esto me ofendería, y si la hay, como la inclinacion sería por todos estilos abominable conviene cortarla de raíz.

En cualquiera de ambos supuestos, reconoció doña Luz la necesidad de cambiar de conducta; la conveniencia, valiéndonos de una frase española, algo anticuada, pero gráfica, de *poner su descuido en reparo*.

La llegada á Villafría del triunfante y flamante diputado D. Jaime Pimentel y Moncada coincidió casi con esta prudentísima, aunque algo tardía resolucion.

Doña Luz, acompañada de su benigna amiga, estaba en una ventana baja, aguardando la aparicion de la pompa y del triunfo, que se anunciaba ya por el resonar de los tiros y de los vivas.

Don Jaime, cabalgando en medio de D. Acisclo y Pepe

Güeto, precedido de una turba de muchachos y de hombres á pié, y seguido de buen golpe de gente á caballo y áun de más gente pedestre, se mostró al cabo á los ojos de nuestra heroína.

La fama no había mentido. Era D. Jaime todo un galan caballero. Montaba con gracia y firmeza. Aunque tenía cerca de cuarenta años, parecía que apenas tenía treinta. Su traje sencillo dejaba ver, en los pormenores todos, la elegancia y el buen gusto.

La cabalgata se paró á la puerta de D. Acisclo, y éste, seguido de su ahijado y huésped, se halló pronto en la sala, donde aguardaban doña Luz y doña Manolita.

—Aquí tiene V. á nuestro diputado el Sr. D. Jaime; dijo D. Acisclo, presentándole á doña Luz; y luégo añadió, dirigiéndose á D. Jaime:

—La señorita doña Luz, hija del difunto marqués de Villafría.

El recuerdo lejano y confuso de la alta sociedad madrileña, que doña Luz no había hecho sino entrever hacía más de doce años, la idea vaga de un medio más culto y más aristocrático, las formas y el ser soñados de damas y galanes, sus usos, discreteos, aventuras y amóríos, tales cuales ella los había fantaseado ó columbrado, sin llegarlos á ver ni á gozar, obligada, en la aurora de su vida, á retirarse á un pueblo pequeño, todo acudió de súbito á la mente de doña Luz, al mirar á D. Jaime Pimentel, al notar la soltura y naturalidad de sus distinguidos modales, y al oír su acento y las pocas y atinadas palabras que le dirigió, las cuales ni pecaron de frías y secas, ni se extremaron por lo galantes, sino que se encerraron dentro de los límites de la más respetuosa discrecion. Porque no era el inferior quien sintió doña Luz que le hablaba, ni el cortesano insolente tampoco, cuya superioridad se revela al traves de su fingida cortesía, sino el hombre de la misma clase que ella, que habla como igual, pero con las atenciones delicadas que á una señora principal se deben siempre. Doña Luz lo comprendió así, se complació en ello, y lo agradeció todo. Harto advirtió el tono diverso que empleó D. Jaime, al hablar con doña Manolita, no bien á ella tambien le presentaron.

Dos días estuvo D. Jaime en Villafría, al cabo de los cuales fué menester proseguir la comenzada tarea de visitar todos los lugares del distrito.

Durante estos dos días, D. Acisclo desplegó la más prodigiosa magnificencia. Tuvo, por decirlo así, mesa de estado. Toda su parentela, el médico, su hija y su yerno, y el cura D. Miguel, almorzaron, comieron y hasta cenaron con él y con el agasajado D. Jaime. Éste se sentó siempre á la derecha de doña Luz, y tuvo siempre á doña Manolita del otro lado.

Petra, el ama de llaves, hizo milagros en aquellos dos días. ¿Qué pavos rellenos, qué cocido con morcilla, chorizo, embuchados y morcones, qué tortillas con espárragos trigueros, qué platazos de pepitoria, qué menestras de cardos, morrillas y guisantes, qué jamon con huevos hilados, qué tortas maimones, y qué deliciosas alboronías, picantes salmorejos, frescos gazpachos y ensaladas, y variados arropes y almíbares, no condimentó ó presentó en la mesa de su amo?

Los cinco mejores músicos del lugar vinieron por la noche con sus acordes y sonoros instrumentos, y se bailó en la cuadra alta, porque la baja estaba como santificada por la Santa Cena.

Don Jaime bailó rigodon con doña Manolita y con una de las hijas de D. Acisclo; y con doña Luz, no solo bailó rigodon, sino que tambien valsó.

Con doña Luz estuvo muy fino y amable, y doña Luz asimismo lo estuvo con él.

Los chistes urbanos, las anecdotillas picantes, sin rayar en libres, las pinturas de las intrigas y lances de Madrid, referidos con ligereza y primor por D. Jaime, divirtieron mucho á doña Luz y la hicieron reir; cosa que le agradó y pasmó, porque no era fácil para la risa. Siempre que la conversacion era general, cuanto decía D. Jaime encantaba al auditorio, y todos le aplaudían. Y doña Luz notaba que D. Jaime, sin ser vulgar, tenía el arte de hacerse comprender de los que lo eran, y que con sus discursos nadie se quedaba en ayunas, como con las reconditeces y los encumbramientos del Padre, el cual no dejó de asistir á todo esto, pero muy eclipsado y confundido entre la turba multa.

En los apartes, D. Jaime hizo mil cumplimientos á doña Luz. Como vulgarmente se dice le echó muchísimas flores; pero, con tal arte, que la más presumida no hubiera creído al oirlas que eran nacidas de amor, ni negado tampoco resueltamente que de amor naciesen, porque iban enlazadas con miramientos tales que acaso se hubiera podido interpretar por temor de ofender lo que las contenía dentro de ciertos límites. La franqueza graciosa, con que D. Jaime decía piropos á doña Manolita, hacía resaltar todo el mérito y todo el lisonjero significado de aquella circunspeccion con que celebraba la hermosura y demas excelencias de la aristocrática hija del marqués de Villafría. En suma, los dos dias pasaron como un soplo; D. Jaime se fué á recorrer el distrito con D. Acisclo y Pepe Güeto; y las dos amigas se quedaron como ántes, acompañadas sólo, en las horas de la comida y de la tertulia, del P. Enrique y á veces del cura y de D. Anselmo.

Cuando doña Manolita se vió á solas con su amiga, recordando que la broma de unos supuestos amores con D. Jaime no la habían ofendido, no pudo resistir á embromarla de nuevo sobre el mismo tema. Y así, hallándose las dos, con todo sosiego, en la salita de doña Luz, la mañana misma de la partida de D. Jaime, dijo la hija del médico á la hija del marqués:

—Vamos, confiesa que nuestro diputado no te parece saco de paja.

—No me parece sino muy bien, respondió doña Luz. Decir otra cosa sería hipócrita falsedad. Es elegante, discreto, buen mozo y muy amable.

—Si tan buena es la impresion que en tí ha hecho, repuso doña Manolita, creo que debes lisonjearte y estar muy contenta porque él no apartaba un punto los ojos de tí y se conocía que te miraba y admiraba con entusiasmo.

—No te burles, Manuela.

—No me burlo. Tengo por cierto lo que te digo.

—Tu deseo de que yo haga conquistas y la buena opinion que de mí tienes te llevan á soñar con todo eso.

—Y las dulzuras y los requiebros, que te ha dicho en voz

baja, pues por el gesto y el ademán y el brillo de los ojos, se mostraba que te los decía ¿son sueños míos también?

—No; no son sueños. ¿Cómo negarte que D. Jaime me ha requebrado? Pero, si bien lo ha hecho con un respeto y un tino que le honran (y no de otra suerte lo hubiera sufrido yo) no ha dejado ver verdadero interés por mí, ni un solo momento. Sus palabras expresaban estimación, denotaban ingenio cortesano, estaban llenas de lisonja, pero no había en ellas un átomo de sentimiento. Ni podía haberle. Pues ¿el amor brota de repente, en la vida real? Eso se queda para los dramas, donde es menester que la acción corra á todo correr y que los hechos se condensen y acumulen en pocas horas y palabras.

—Hija mía, en la vida real, lo mismo que en los dramas, no es tan inverosímil *dar flechazo*. En mujer de tus rarísimas prendas es ménos inverosímil todavía. Yo estoy segura de ello: tú has dado flechazo á D. Jaime.

—*Dar flechazo* tiene tan indeterminada significación que no sé qué responderte. Si por *dar flechazo* quieres significar que he parecido bien á D. Jaime, y que hasta se ha sorprendido un poco (y perdona que haga patente contigo mi vanidad) de hallar en esta villa á una mujer que, trasladada de súbito á un salón de la corte, estaría en él cómo en su centro, no disto mucho de creer que le he dado flechazo. Pero desde esto á infundir un verdadero cariño hay mil leguas de distancia, y ni me alucino, ni deseo siquiera que D. Jaime haya andado ni ande esas mil leguas en cuarenta y ocho horas, que hace sólo desde que me conoce y trata.

—¿Y por qué no ha de andar ó por qué no ha de haber andado ya esas mil leguas?

—Porque es hartó difícil y porque á nada conduciría. Mira, Manuela, ¿qué no te declararé yo? Confieso que he pensado en la posibilidad de ese amor; pero le he desechado como locura. D. Jaime es ambicioso, y apenas tiene para él sólo, con su sueldo y sus rentas. En mí no podría poner la voluntad sino para casarse conmigo. ¿Y qué puedo yo llevarle? Mis bienes, cuidados por mí, estando yo aquí sobre ellos, producen 20.000 rs. el año que más: si me fuese de aquí, no me

producirían 10.000 rs., ó administrados ó en arrendamiento. Mi boda con D. Jaime sería como grillos con que él ataría sus piés; sería para él una carga muy pesada. Claro es, pues, que D. Jaime, aunque por acaso se sintiese inclinado á amarme, que lo dudo, desearía de sí el amor como una tentación insana; como un disparate funesto.

—Luégo tú, interrumpió doña Manolita, no concibes que te quieran sino por cálculo. No te entiendo. Lo que lisonjea y enamora es que la quieran á una, aunque sea pobre, y no por ser rica.

—De acuerdo, contestó doña Luz. Yo no sé si amaría á don Jaime, si él me amase, pero de seguro que no le amaría, si yo fuese rica y llegase yo á sospechar que por hacer un negocio él me amaba. Vé ahí por qué no me casaré nunca. Rica yo, recelaría siempre que no me amaban por mí, y pobre, recelo que no me amen hasta el extremo de que se sacrifiquen amándome. Como no me case con algun señorito de estos lugares, para quien sólo puedo ser un partido proporcionado, en que ni él se sacrifique, ni yo sea para él un dote y no una amada compañera de toda la vida, no veo novio adecuado para mí en el mundo. Mi único amor será este...

Y alzándose de su asiento, en uno de aquellos arrebatos ascéticos que de vez en cuando tenía, abrió doña Luz su famoso cuadro del admirable Cristo muerto y puso sus rojos y frescos labios sobre los labios lívidos de la tremenda imágen.

Doña Manolita había ya visto el cuadro otras varias veces, pero nunca le hizo más honda impresión que en aquel momento; cuando se unió la lozanía de la mocedad, la exuberancia de la vida y la hermosura briosa de doña Luz con tan fiel trasunto del dolor y de la muerte.

Esta y otras conversaciones que tuvo doña Luz con su amiga, y los propios monólogos y los constantes pensamientos que la asaltaban, fueron acrecentando en el alma de la soberbia dama un recelo que sublevaba su orgullo, y contra el cual trató de armarse de todos los bríos de su pecho.

Don Jaime iba á volver. Don Jaime, despues de la visita á todos los lugares, iba á pasar otros tres dias en aquel pueblo. ¿Incurriría doña Luz en la debilidad de prendarse algo, de in-

clinarse un poco, y en balde, al diputado? Sólo de imaginarlo, de presentar en su mente la remota hipótesis, doña Luz se ponía encendida como la grana y se llenaba de vergüenza como si la ultrajasen con el desprecio.

Propuso, pues, en su corazón estar serena y fría á los halagos de D. Jaime cuando volviese; y olvidando, con este nuevo peligro, el que podía haber en los diálogos íntimos, en las disertaciones sabias y en la atención y en la emoción con que oía al P. Enrique, volvió con más ternura amistosa que nunca á buscar la conversación del Padre, á deleitarse en ella, y á dar señales inequívocas de la predilección con que le miraba.

Pronto se pasó de este modo una semana entera, al cabo de la cual, con no menor pompa y estruendo, volvió á Villafria el ilustre diputado D. Jaime, acompañado de D. Acisclo y de Pepe Güeto.

En la casa de D. Acisclo se renovaron las comilonas, las fiestas espléndidas y todo el lujo de que ya se había hecho gala la primera vez.

JUAN VALERA.

*(Se continuará.)*





# LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

---

LA BELLEZA EN EL ARTE GENERALMENTE CONSIDERADA.

## SUMARIO.

- 1 Explicacion de la palabra arte.—2. El arte es don del entendimiento cuyos productos perfecciona.—3. Materia de sus trabajos.—4. Puede serlo el mismo artífice.—5. Observacion acerca del valor de dichos trabajos.—6. Artes mecánicas y liberales.—7. Su respectiva facultad para producir efectos.—8. Las artes mecánicas de suyo no miran á la belleza.—9. Las artes liberales son imitadoras del Criador.—10. Semejanza entre el humano artefacto y el divino.—11. Diferencias existentes entre ámbos.—12. Dos elementos de la belleza artística.—13. Tres maneras de representacion analógicos con las tres artes.—14. El arte mira inmediatamente á la belleza.—15. Plenamente representada.—16. Epílogo.



**A**XPLICACION DE LA PALABRA ARTE.—Vamos ahora á hacer pié en la consideracion de la segunda entre las causas ordenadoras de que, mediante el órden, puede surgir la belleza. Nos referimos á la inteligencia humana, que con el arte produce la belleza artificial.

Para bien comprender esta funcion del arte, desde luégo verá el lector perspicaz ser necesario dar de antemano clara idea acerca de la palabra *arte*.

Y en primer lugar debemos tener gran cuidado en no con-

fundir la sustancia del arte con la facultad de donde aquélla se deriva, con los medios de que se sirve, con los tratados en que los ordena, con los fines á que se dirige. Decir que el arte es fantasía sería confundir el arte con una facultad natural; decir con Cousin que es la representacion de lo absoluto, sería confundirlo con su término, ó sea con lo que es su fin; decir, en fin, con Buchez que es un cúmulo de medios expresivos de sentimientos humanos, sería confundirlo tanto con los medios de que se sirve como con los tratados en donde se enseña.

Ahora bien; aunque la portada de un tratado sobre arquitectura ó pintura pueda llevar por título: ARTE DE LA PINTURA: ARTE DE LA ARQUITECTURA, esta locucion elíptica no es mirada con buenos ojos por el hombre pensador, siendo á todos notorio que el arte precedió á los tratados y que éstos fueron escritos ya para explicar los productos del arte, ya para suministrar medios de imitarlos. El arte, lo oimos todos los dias, es la creacion del ingenio humano, y como hoy suele decirse, aunque con frase algun tanto afrancesada, el arte es el parto del *genio*, que en lenguaje castizo, aunque más vulgar, diríamos del *estro* ó de la *inspiracion*. Así que, cuando el Altísimo quiso tener en medio de su pueblo un santuario material que de algun modo diese idea de la grandeza del Dios de Israel, no dictó por escrito los preceptos del arte, como lo hizo con los del Decálogo, sino que ilustró las mentes de los ejecutores de la empresa é infundió en ellos la llama del estro.

2. EL ARTE ES DON DEL ENTENDIMIENTO, CUYOS PRODUCTOS PERFECCIONA.—El arte es, pues, facultad, dote habitual del hombre interior, no subsidio externo de direcciones ó mecanismos. Además, en el hombre interior el asiento del arte debe naturalmente residir en las facultades cognoscitivas, puesto que el destino del arte es perfeccionar la reproduccion de los conceptos.

Adviértase tambien que los conceptos del hombre pueden respectar ora á la consecucion del último fin, en cuyo caso la reproduccion de estos conceptos en la obra se obtiene con la rectitud de los actos voluntarios que tienden á dicho fin; ora á la consecucion de los fines subordinados al supremo, en

cuyo caso, por medio de la prudencia regulan estos conceptos al hombre que obra, en la conducta de sus obras subjetivas; ora á las materias extrínsecas al sujeto que en ellas encarna los conceptos, en cuyo caso, por último, estas materias son trabajadas por el valor del arte, segun la norma de los mismos conceptos. Sabiduría, prudencia, arte, son por lo tanto tres dotes operativas del hombre intelectual, de suerte que las dos primeras guían nuestras obras respecto al bien subjetivo, miéntras que la postrera lo hace respecto á la materia externa; así que con la sabiduría y la prudencia el hombre hace buenas acciones, y con el arte *trabajos* buenos, *cosas* buenas.

Por esto se entenderá la causa que hizo decir á los escolásticos: *PRUDENTIA est recta ratio agibilium et ARS recta ratio factibilium*. Aquella dote, pues, cuyos elementos son suministrados primero por la naturaleza, y perfeccionados despues por la educacion, por la observacion, por el hábito, y que rectamente expresa en la materia, ó cuasi materia externa el concepto de la mente, es lo que con todo rigor se llama *arte*.

3. MATERIA DE SUS TRABAJOS.—Nuestros lectores habrán notado que arriba dijimos *materia ó cuasi materia*, y á la verdad no hemos usado sin fundamento semejantes palabras; porque las artes que dicen relacion al lenguaje, como la Oratoria y el Arte Métrica, etc., aunque trabajan con el lenguaje ó con la escritura sobre la materia, no miran, sin embargo, propiamente á la material formacion de los signos, como haría el calígrafo ó el tipógrafo, sino al trabajo mental segun ciertas leyes con las cuales esperan que la materia, por ellas señalada, produzca en quien pone los ojos en aquellos signos, el efecto buscado. El arte de ordenar bien un discurso se actúa en aquel libro, en aquella aria en que respectivamente se escribe ó pronuncia el discurso, así como el arte del computista se reduce á acto en las cifras del diario y el mayor. Empero el valor del orador ó del computista no consiste en la material belleza de las cifras ó de la declamacion, miéntras que el mérito del tipógrafo ó del histrion reside en la oportuna disposicion de las frases ó de las sumas por uno y otro manejadas para la obtencion del fin propuesto.

No siempre, por consiguiente, debemos creer que la mate-

ria, estrictamente hablando, es objeto inmediato y *formal*, ó sea *característico* del trabajo del artista propiamente tal, bien que siempre es necesaria, al ménos mediatamente, para dar consistencia y cuerpo al trabajo del artista y hacer asimismo que la obra por el artista ejecutada, no el mismo artista con su personal energía, reproduzca, mediante el arte, sus conceptos en quien estudia la materia ya trabajada.

4. PUEDE SERLO EL MISMO ARTÍFICE.—Esto no quita que el mismo artífice pueda tal que otra vez, ser objeto y cuasi materia de su arte, como acontece al pantomimo, al histrion y á otros semejantes. Pero la impresion por estos producida, mediante el arte, en los espectadores, es enteramente distinta de la producida por su propia personalidad, segun diariamente lo vemos en la escena, donde Talma y Raquel, como personajes *artificiales*, hacen nacer un millar de sentimientos diversos, ya apasionados, ya sublimes, en aquellos espectadores que *personalmente* ni áun tienen el honor de conocerlos, ó si por acaso los conocen, pasan indiferentes por su lado ó quizas los desprecian.

En casos semejantes, el artista toma por materia á sus propios miembros, y forjando con ellos gestos, fisonomías, acentos, segun la direccion de la facultad interna que hemos llamado *arte*, produce en otros aquellos conceptos que estudiosamente va excitando en sí mismo.

5. OBSERVACION ACERCA DEL VALOR DE DICHOS TRABAJOS.—En lo que acabamos de decir podemos ver la gran diversidad que media entre los productos del arte y los de la probidad, prudencia y otras virtudes morales, en las cuales el mérito del artista se mide por la voluntad de hacer bien, miéntras que en el arte se mide por el buen éxito de la materia. Si el pintor hace un cuadro por mero interes, si la *prima donna* encaprichada en no querer cantar, fué forzada á ello con la amenaza de reducirla á prision, en el buen éxito de la obra nada pierde el mérito del artista, pero mucho puede perder la honestidad de la persona. Por el contrario, si un poeta cualquiera, un Chapelain (1), por ejemplo, con la mejor intencion del mundo, al

---

(1) El poeta frances J. Chapelain en los primeros años de su vida pú-

tratar de divertiros, os seca, por decirlo así, la médula de los huesos con sus mil y una necedades, todos los elogios que se os hagan de su honestidad no serán suficientes para persuadirlos que el tal es un buen artista. ¿Y por qué? Porque el arte tiene por fin encarnar el concepto en una materia externa y la virtud moral introducirlo en el acto de la voluntad.

6. ARTES MECÁNICAS Y LIBERALES.—Además, la materia trabajada por el arte puede tener dos fines muy diversos, según que sirva para la satisfacción de necesidades ya físicas, ya morales, ó á la reproducción de conceptos mentales. A la primera clase pertenecen las artes *mecánicas*, á la segunda las artes *liberales*.

Por otra parte, bueno será advertir que jamás será tan clara y precisa esta distinción, que grado por grado no pueda la inferior ascender á la clase superior, de suerte que el artesano *mecánico* se eleve á la dignidad de artista *liberal*, por la gradual introducción é incremento del concepto mental. Este es un efecto necesario de la naturaleza compuesta que existe en el hombre, la cual no puede jamás aislar los brazos, del espíritu, de suerte que éste no tengan alguna participación, siquiera sea poca, en el trabajo de los primeros, ó aquéllos en la operación del segundo (1). ¿Qué hay más mecánico que el trabajo del carpintero? Y, sin embargo, el carpintero bien enseñado, como hoy se acostumbra en las escuelas técnicas, dando á sus obras la elegancia de las formas arquitectónicas ó la *vida*, manifestada en copetes de flores, en figuras animalescas, en mascarones, podrá participar del mérito del escultor

---

blica adquirió inmerecida fama; mas habiendo publicado después el poema épico intitulado *La Pucelle*, la severa crítica de Boileau y los esfuerzos de otras eminencias de su época, lograron ilustrar al público acerca de la última obra del escritor, que en ella había empleado, según se dice, treinta años, y convertir su nombre en símbolo del ridículo.

(Nota del Traductor.)

(1) «Todo esfuerzo humano, dice STUART MILL, supone la cooperación tanto de las fuerzas físicas como de las del espíritu. El más estúpido peon de albañil, que maquinalmente repite cada día el arte de subir por una escalera de manos, llena, sin saberlo, una función que en parte es intelectual, etc.» PRINCIPES D'ECONOMIE POLITIQUE. Traducción al francés de MM. Dussard y Senueil. Paris, 1854.

ó del arquitecto, y con invenciones mecánicas de nuevos y cómodos ingenios apropiarse el papel del ingeniero mecánico.

Viceversa, el pintor, que ha sido poco favorecido ó por la naturaleza ó por la fortuna, podrá muy bien bajar del cuadro de historia al cuadro de paisaje, del de paisaje al de ornato, de éste al de cuadrícula, y por fin, reducirse al miserable oficio de blanqueador.

Mas todas estas que podríamos llamar graduales exhalaciones, son propias, como es sabido, y constitutivas del orden universal, y están muy léjos de privar al entendimiento humano de la facultad de distinguir, de especificar, de reducir substancialmente á ciertas clases las naturalezas, los atributos, las cualidades de las cosas que el filósofo analiza y clasifica para mejor comprenderlas.

En este sentido hemos dicho que las artes mecánicas se distinguen de las artes liberales, es á saber, en cuanto las primeras trabajan la materia para apropiarla á las necesidades del hombre físico, miéntras que las segundas suministran pasto, cualquiera que éste sea, al hombre moral.

7. SU RESPECTIVA FACULTAD PARA PRODUCIR EFECTOS.—A cuyo intento, segun se ve, áun la misma potencia ejecutora del trabajo debe presentarse, en las dos clases mencionadas del arte, en proporciones diversas, prevaleciendo en las mecánicas la fuerza y el ejercicio de la mano, y en las liberales la fuerza y el ejercicio de la mente, bien que tanto en unas como en otras deben siempre unirse, como potencias activas, las facultades corpóreas y las mentales.

La razon del predominio que el espíritu debe disfrutar en las artes liberales es tan evidente, que ni áun nos parece necesario recordarla, puesto que á todos es de suyo notorio que el artista, que en la materia quiere hablar al hombre intelectual, no puede actuar un pensamiento cualquiera en la materia sin que primero lo conciba en sí mismo, así como tampoco podrá aquel pensamiento extraer, digámoslo así, de la materia en que se actúa, los afectos y pensamientos de otros, si en sí mismo no tiene alguna novedad, alguna grandeza, algun atractivo.

Por consiguiente, en el *artista*, se necesita mente de mérito

no vulgar, mientras que en el *artesano* (1) basta aquella dosis de inteligencia burda con que el mismo idiota comprende las proporciones que deben mediar entre el calzado y el pié, entre el vestido y la persona, entre las fuerzas del caballo y el peso de la mercancía por él acarreada, entre el condimento y el plato preparado por el cocinero.

No ménos evidente es la razon del nombre atribuido á las dos mencionadas clases de arte, porque siendo el cuerpo siervo del alma, y pudiendo ésta disponer libremente de aquél, natural es que las artes, en que el cuerpo tiene mayor parte, tomen el nombre del *siervo*, el nombre de *serviles*, y aquéllas en que prevalece el alma, tomen de la *libertad* propia de ésta el nombre de *liberales*, para lo cual tanta más razon hay cuanto que no sólo en el individuo el alma *libre* manda al cuerpo *siervo*, sino tambien en la sociedad corresponde por naturaleza el mando á la superioridad moral, así como la ejecucion y sujecion á la robustez de las fuerzas.

8. LAS ARTES MECÁNICAS DE SUYO NO MIRAN Á LA BELLEZA.— Hemos explicado hasta aquí en qué consiste el arte segun su naturaleza y de dónde nace la distincion entre las artes mecánicas y liberales. Mas como al exponer estos principios sólo tuvimos por mira venir á la discusion de la belleza en el arte, fácilmente se echará de ver que al presente deberíamos pasar por alto toda ulterior investigacion acerca de las artes mecánicas. Sin embargo, habiendo anteriormente demostrado que juzgar de la belleza es funcion propia del hombre cognoscitivo, y que las artes mecánicas respectan al hombre material, claro es, que éstas, en cuanto materiales, no pueden mirar á la belleza.

Verdad es que, siendo la belleza un atractivo hácia el cual todos corren, aún el mismo carpintero se ingenia por dar lucidez á sus tablas y taraceas y el herrero por bruñir sus bronce y sus aceros. Empero esta belleza apénas si merece que de

---

(1) Usaremos el vocablo *artista*, segun la costumbre, ya casi recibida, para indicar en las artes *liberales* al agente, reservando la palabra *artesano* para el agente de las artes *mecánicas* ó *serviles*, advirtiendo que, al hacerlo así, no nos detenemos á examinar si la etimología y el uso antiguo dieron el mismo significado á las voces en cuestion.

ella se diga que habla al entendimiento, porque más bien que belleza parece ser una simple perfección del trabajo material dirigida á halagar el elemento más grosero de la facultad cognoscitiva, que es el órgano sensorio, á fin de vender más fácilmente los productos del artesano.

Conténtese, pues, éste con permanecer sudando en su taller mientras que nuestros benévolos lectores nos acompañan á la academia en donde hace el arte todos sus esfuerzos por hablar con el hombre moral. Una vez en el sagrado recinto, interroguemos analíticamente al arte acerca de su fin, porque así comprenderemos mejor cuál sea la belleza que pretende presentarnos, cuáles los con que podrá presentárnosla, cuales, en fin, las facultades y los actos con que manejara estos medios.

9. LAS ARTES LIBERALES SON IMITADORAS DEL CRIADOR.—El fin del arte liberal es en general, como poco há se dijo, hacer que la materia trabajada represente un pensamiento del artífice. Advertimos que aquí tomamos la palabra *pensamiento* en aquel amplio sentido que tanto que hacer dió al pobre Descartes, comprendiendo en dicha voz todos los actos del hombre interior, conceptos, sentimientos, afectos, etc.

Ahora bien; representar á otros nuestro pensamiento, no es más que transmitir á la ajena mente la forma que existe en la nuestra, en lo cual, como es palpable al lector, el arte puede, según este sentido, nombrarse imitadora de la creación, puesto que, al esforzarse en imprimir el propio pensamiento en la materia preexistente, imita al Criador eterno que estampó el suyo en la materia posible en el acto de reducirla á la existencia.

En efecto, ¿qué es el universo? Es, dice Santo Tomás, un libro inmenso, del cual son las criaturas otras tantas palabras que expresan un concepto de quien las escribió. ¿Qué es una obra de arte, un cuadro, un grupo, una estatua? Es un librito, una paginita, un palimpsesto, en que el artífice humano, sobre la escritura divina, escribió otro concepto que confía á la materia ya creada.

10. SEMEJANZA ENTRE EL ARTIFICIO HUMANO Y EL DIVINO.— De lo dicho puede inferirse en qué sentido se llama creación á la obra del artífice, á saber, por pura semejanza, no por iden-

tividad. El artífice humano se asemeja al divino, en que después de haber deliberado ambos ser conveniente manifestar al exterior un pensamiento determinado, ponen mano en la materia y le dan la forma que, á cuantos miran el resultado del trabajo, repite el concepto del artífice que la formó.

II. DIFERENCIAS EXISTENTES ENTRE AMBOS. — Las diferencias existentes entre el artificio humano y el divino, son que el humano no crea sustancias y que toma como prestada de las cosas la verdad.

La razón de la primera parte de este aserto está en que aquella forma que debe repetir á los espectadores la idea del artífice, del Eterno Creador, cuando crea, se imprime en la materia con aquel mismo acto por el cual de la nada salen las cosas á la existencia. Dicha forma pertenece, por consiguiente, á la sustancia misma en que reside, de suerte que no puede ésta perderla sin quedar privada de la existencia, mientras que la forma impresa por el artífice humano presupone una sustancia ya existente, á la cual confía aquél la representación de su propio pensamiento, imprimiendo en ella una forma puramente accidental que, una vez perdida, continúa existiendo la primitiva sustancia.

Así, por vía de ejemplo, continúan existiendo las piedras de aquel gran número de inscripciones y bajo-relieves que lamentan los artistas no poseer, mientras bárbaramente sepultados en los cimientos y murallas de la Edad Media, obedecen aún al Eterno Artífice que las dió al hombre para la fabricación, mientras ya no obedecen al escultor, puesto que ya no se lee en los pedruscos el concepto por aquél en ellos expresados.

La segunda disparidad entre los artefactos del Creador y los de la criatura, reside en que los primeros son sustancialmente verdaderos en cuanto representan el pensamiento del Creador, independientemente de cualquiera otra relación. Así, pues, llamamos *oro verdadero* al que tiene la sustancia del oro, y *oro falso* al que sólo tiene la apariencia. Por el contrario, los trabajos del arte humano entónces adquieren verdad cuando no solamente expresan el pensamiento del artífice, sino hacen que este pensamiento corresponda además á la realidad de las cosas.

12. DOS ELEMENTOS DE LA BELLEZA ARTÍSTICA.—En el arte, pues, la belleza nace de dos elementos: á saber, de la verdad que el artífice quiso expresar, y de la proporcion de la imágen con que quiso expresarla.

De aquí aparece claro cuán falso es que la belleza sea de suyo y por naturaleza la primera motora de las obras de arte.

En efecto, es á todos manifiesto que, segun naturaleza, no debería el hombre trabajar por la belleza del arte, sino para imprimir en la mente de los espectadores una verdad. Por consiguiente, aquella que asigna á la verdad como guía de todas las obras del hombre, debe ser tambien la primera motora de las obras de arte.

Luego la belleza contemplada por el artista no es más que el medio de que aquél echa mano para conseguir su intento de representar la verdad.

13. TRES MANERAS DE REPRESENTACION ANALÓGICAS CON LAS TRES ARTES.—Esto que acabamos de decir puede hacerse tanto por el artista humano como por el divino, ó por vía de *vestigio*, ó por vía de *imágen* ó por vía de *signo*.

El vestigio es un efecto cualquiera del cual se infiere la existencia de la causa y habla á cualquier sentimiento, ya que toda sensacion presupone una causa; y puesto que todas las criaturas son efecto de la omnipotencia, en todas ellas se halla un vestigio del Omnipotente.

La imágen no es un mero efecto, sino un efecto dotado de proporciones uniformes con su prototipo, y habla principalmente al sentido de la vista; y puesto que la eterna inteligencia dió al hombre un rayo de esta luz espiritual, el mismo hombre inteligente puede tambien ser llamado imágen de su Hacedor.

El signo, finalmente, usado á su vez por Dios cuando conversó con los hombres, no tiene *per se* proporciones semejantes con el objeto representado, sino que convencionalmente trae á la ajena mente, no sólo las apariencias sino las mismas sustancias por nosotros pensadas.

Justamente por esto se dice que el signo es representacion propísima del hombre intelectual, al cual conviene solamente

el conocimiento de las sustancias, bien que pueda también ayudar al hombre inferior.

Estas tres maneras de representar á otro el propio concepto son la raíz de las tres especies de arte conocidas con los nombres de Música, Pintura y Elocuencia, las cuales corresponden por la materia en que se actúan á los tres modos de representación de que el mismo Criador se valió y que hemos distinguido con las palabras vestigio, imagen y signo.

En efecto, excitando la música conmociones de afectos, que son como efecto de los conceptos mentales ó de las imágenes fantásticas, invita á la mente y á la fantasía á reproducir causas análogas á los efectos excitados por sus melodías ó armonías.

La pintura, representando imágenes, sugiere al espectador pensamientos, afectos, movimientos análogos á la imagen pintada.

La elocuencia, por último, mediante los signos de la palabra, ayudada por la música del énfasis y la pintura del gesto, reproduce cualquier pensamiento del hombre, con tal que sepa hallar en el vocabulario el signo equivalente.

Verá en todo esto el lector, que aunque el arte esté reducido á trabajar en la materia, introduce, sin embargo, en ella, una virtud mucho más elevada que la misma materia, elevándola al alto rango de transmitir á la mente de los otros el pensamiento allí escrito por el artista.

14. EL ARTE MIRA INMEDIATAMENTE Á LA BELLEZA.—El arte, pues, habla directamente al hombre cognoscitivo para producir en él una manifestación. Ahora bien, la facultad de conocer, según al principio queda asentado, es la que con vocablo genérico se llama vista interna ó externa. Por consiguiente, las artes hablan á la vista interna ó externa, mediante la obra que trabajan en la materia. Empero, ¿transmitirá esta materia el pensamiento del artista á las mentes á que éste quiso hablar, si no atrae las miradas que deben leer allí el concepto del artífice? Claro es que no, y así se explica que el libro no habla si no hay quien lo lea, ni es leído si nadie es atraído á hacerlo.

Y viniendo á la materia ¿atraerá ésta las miradas *hacia sí*,

si de suyo no es *atractiva*? Contradictorio sería decir que *atrae* cuando no fuese *atractiva*.

Pues bien, aquello mismo que atrae, es precisamente lo que ocasiona el reposo de la facultad hácia la cual se ejerce su atraccion, así como lo vemos en el ejemplo de la piedra, el término de cuya atraccion es el reposo en el centro á que la lleva aquella. Luego la materia trabajada por el artista, se hace atractiva con relacion al ojo, y debe ocasionar el reposo de la vista, ó sea el placer, cuando ésta llega á estar en la esfera de aquélla.

Las cosas que causan *placer al verse* se llaman *bellas*.

Luego si el artista quiere conseguir su propio intento, debe producir algo bello en la materia, á fin de llamar sobre ella las ajenas miradas, y por ella transmitir á la mente de los espectadores su propio pensamiento.

La belleza, pues, de la materia, ó sea la manifestacion agradable á la vista interna ó externa, es el fin inmediato del artista, sea cual fuere la materia que maneje.

15. PLENAMENTE REPRESENTADA.—Y así como la completa belleza resulta de la satisfaccion de todas las facultades cognoscitivas (órgano externo, sensorio interno, fantasía, inteligencia); así tambien, aunque la materia trabajada por el artista esté limitada á las sensaciones de la vista ó del oido, todavía, aquél debe valerse de ella de tal modo, que en el hombre interior se reproduzcan todos los caractéres del concepto que el artista quiso representar en virtud de la reconcentracion de todas las sensaciones en el sensorio interno, y en virtud de aquella fantasía que sabe reproducir, multiplicar y entrelazar de mil maneras los correspondientes recuerdos.

Así la manifestacion adquiere toda aquella claridad y evidencia de que es capaz la materia que le es propia; la claridad y evidencia producen el reposo de la facultad cognoscitiva, haciéndole comprender el pensamiento del artífice, por medio de una imágen proporcionada á sus facultades.

16. EPÍLOGO.—Concluyamos. El arte liberal es dote de la mente que habilita al hombre para reproducir en la materia su propio pensamiento, haciéndolo inteligible al que lo contempla.

Para reproducir este pensamiento, puede el artista introducir en la materia ó un vestigio, ó una imágen, ó un signo.

Si estos medios son capaces de expresar su pensamiento y aptos para atraer las miradas de quien deba comprenderlo, se habrá conseguido el intento.

Representacion evidente de la verdad por medio de imágenes bellas, hé aquí el intento que se propone á sí mismo cualquiera arte liberal.

## ESPECIFICACIONES DE LAS ARTES.

### SUMARIO.

1. Dos medios naturales para sacar á lo exterior el pensamiento.—2. La música solamente representa un vestigio.—3. El dibujo una imágen.—4. Eficacia universal y perfeccion del signo.—5. La elocuencia unas veces es tranquila y otras conmovida.—6. En este último caso tenemos la poesía.—7. Proporciones de las imágenes con la elocuencia tranquila.—8. Idem con la elocuencia conmovida.—9. El Bien con más razon que la belleza es causa verdadera de amor.—10. Poder de la elocuencia.—11. Transicion.

I. DOS MEDIOS NATURALES PARA SACAR Á LO EXTERIOR EL PENSAMIENTO.—Dada, como hasta aquí lo hemos hecho, una idea filosófica de la Belleza en el arte generalmente considerado, parecenos ya necesario poner más de relieve los caractéres de las tres artes hermanas, y las materias con las cuales aquéllas se ingenian para representar el pensamiento del artífice, ya renovando el vestigio, ya diseñando las imágenes, ya representándolas por medio de signos.

Hablando con rigor, dos son únicamente los medios naturales con que el hombre cuenta para que pasen de una á otra mente los pensamientos, á saber, los sonidos y los gestos. Mas así como unos y otros pueden tomar valor de signos, así tam-

bien, bajo tal respecto, unos y otros constituyen una tercera clase de manifestaciones.

2. LA MÚSICA SOLAMENTE REPRESENTA UN VESTIGIO.—Pasemos por ahora por alto la tercera clase de medios á que acabamos de aludir y miremos solamente los dos medios naturales que los gestos y sonidos nos proporcionan para manifestar el pensamiento.

Apénas empecemos á fijar en ellos nuestra atención, echaremos de ver que los gestos representan al hombre interior con toda la perfección posible la imágen, mientras que los sonidos, en tanto no son articulados, no representan el pensamiento sino confusamente y por modo de simple vestigio, ó sea de simple efecto.

Un grito más tierno que lo acostumbrado, más triste, produce, por vía de simpatía, ternura y compasión en todos los que lo oyen; un tono elevado y excitado nos hace comprender que el que habla es de carácter austero é irritable. Así también varias clases de sonidos conducidos por el aire, el trueno que muge, el viento que silba, el murmullo de las selvas, el golpe del granizo, etc., excitan en quien los siente, idea de peligro, de sufrimiento y sentimientos de terror, de fuga, etc., suministrando al propio tiempo al artista modelos á cuya imitación pueda conseguir en el sonido la representación de su pensamiento, cuando éste versa sobre objetos semejantes, y suscitar sentimientos análogos en el ánimo de quien escucha.

Empero, ¡cuán equívocos son estos sonidos! ¡Cuán difícil no es, cuando se reproducen sin sus visibles ó palpables accesorios, distinguir en ellos claramente la causa del sonido y la del afecto por él representado; distinguir, por ejemplo, el mugir del trueno del rimbombar del cañon, el hervor de un torrente que corre entre peñascos con el ruido de la lluvia deshecha, el interrogante de la ironía que se mofa, del de la curiosidad que pregunta! «Fué muy aplaudida, dice á este propósito Pianciani, aquella composición musical en que, representándose la creación, en la primera parte se produce una confusa batahola que recuerda el primitivo caos, mas al aparecer la luz, surge una tan alegremente estrepitosa melodía que embriaga los oídos, y cuya armonía, contrastando agra-

dabilísimamente con el discorde rumor ya pasado, hace que éste favorezca aún la mayor belleza del todo (1).»

Mas en toda esta primitiva batahola amenizada por agradabilísima armonía, si la palabra no os dice que la pieza en cuestion fué escrita para expresar la creacion de la luz, ¿quién podrá impedir de columbrar en vez de lo que el autor se propuso, el viaje de Eneas por el infierno y la llegada á los parajes á que Virgilio llama

. . . . Locos lactos et amoena vireta  
Fortunatorum nemorum? . . . . .

La música, pues, que con sola la materia de los sonidos se esfuerza en reproducir el pensamiento, miéntras no recurra á las palabras, poco más podrá hacer que provocar algun confuso bramido de alguna pasion simpática, pero que muchas veces representará el pensamiento del que escucha la música mejor que el del escritor ó ejecutor.

De aquí es que el corazon profano saca *sentimientos* profanos de las melodías sagradas, y un corazon devoto sentimientos piadosos de las profanas armonías.

Mas entiéndase bien que esto no acontece sino dentro de ciertos límites, puesto que no es posible que la música guerrera, llevada á cabo entre las que podríamos llamar tempestades de trompas y tambores, haga germinar en nuestra alma el pensamiento de la Dolorosa que llora al pié de la cruz ó de Niobe petrificada sobre sus asaeteados hijos.

Por consiguiente la música, y, en general, el sonido inarticulado expresa sólo en calidad de efecto, ó sea de vestigio impreso en el sonido ó por el tono de la declamacion, como en los recitados, ó por las pasiones conmovidas, como en las músicas más expresivas, ó por las agitaciones del mundo físico, como en las imitaciones de borrascas, batallas, etc. A lo cual si se añade el vario número del ritmo, las relaciones de agudeza ó gravedad de los sonidos, y el diverso grado de movimiento, tendremos aproximadamente todo lo que este arte encantador puede hacer naturalmente cuando está aislado.

3. EL DIBUJO UNA IMÁGEN.—Por más eficaz debemos tener el

(1) NUOVI SAGGI FILOSOFICI de J. B. Pianciani, Roma, 1856.

valor del *gesto*, entendiendo por esta palabra todo aquello que el hombre exterior presenta á la vista del contemplador, maneras de la persona, expresion de la fisonomía, viveza de la mirada, color de las mejillas, teatro de la accion, y todo cuanto pueda, en fin, ser representado por las artes gráficas.

Cuanto mayor número de semejantes elementos recojan las sobredichas artes para transmitir á otro el concepto del artista, tanto más perfecta será la manifestacion que en otros produzca. Por esto precisamente la pintura es la reina de las artes, á la que ninguno de los mencionados elementos visibles puede negar sus servicios en sus esfuerzos para manifestar el pensamiento.

4. EFICACIA UNIVERSAL Y PERFECCION DEL SIGNO.—Además, los sonidos y gestos pueden transformarse en signos convencionales, segun se ve en el habla ordinaria y en la de los sordomudos; y la misma habla puede tambien transformarse en caracteres que representan, ya como jeroglíficos el concepto, ya como fonéticos las palabras.

Todas estas maneras de manifestacion se comprenden en la clase de los *signos*, tanto más capaces de toda especie de manifestacion convencional, cuanto más faltos están de toda significacion natural.

Siendo estos signos por su propia naturaleza vehículos del pensamiento por los cuales éste pasa de una á otra inteligencia, no deben hacer más que transportarlo fielmente cual está en la mente.

Por consiguiente, el arte que ajusta tal ó cual materia á los signos, entónces será perfecta y satisfará á las facultades cognitivas, cuando á cada parte del pensamiento corresponda fielmente el signo que le es propio, y la síntesis de todas estas partes la totalidad del período oratorio.

Ahora bien, segun en otro lugar se dijo, el pensamiento no existe jamás en la mente sin imágen de la fantasía, y esta imágen entónces será proporcionada cuando sea apta para producir en primer lugar la cognicion y despues por vía de afecto la operacion racional.

Así, pues, la elocuencia llevará á feliz término la funcion que le es propia, cuando haya representado, no sólo el con-

cepto inteligible, sino tambien la imágen sensible de donde aquel surge, representándolo de tal modo, que incline el ánimo á aquella operacion á que por naturaleza inclina el concepto racional.

Si llegamos á descubrir, pues, las condiciones que debe tener una imágen para conducir al hombre moral á operacion racional, podremos esperar haber tropezado con la razon filosófica que explique las leyes fundamentales de lo bello en el arte de la palabra.

Intentemos, pues, hallar tambien la solucion de este problema.

5. LA ELOCUENCIA UNAS VECES ES TRANQUILA Y OTRAS CONMOVIDA.—Último fin del hombre activo es la operacion moral, á cuya direccion debe ayudar el conocimiento del hombre racional, porque conocimiento sin operacion sería espejo sin vista.

Ahora bien: el objeto de la operacion se presenta al hombre en el estado de la presente vida, en dos tiempos ó condiciones bastante diversas entre sí, y que podrían llamarse respectivamente *tiempo de tranquilidad* y *tiempo de guerra*.

En efecto, en algunas acciones el objeto de la racional operacion es tal, que deja en plenísima calma al corazon, ya por la misma naturaleza del objeto, ya por el temperamento general de los hombres. El matemático que mide en el campo un plano topográfico, ó en el azul de los cielos la órbita de un planeta, no tiene más razon determinante de sus líneas que las leyes trigonométricas que corresponden á la realidad de los fenómenos; el labriego que al romper el dia sale con su azadon al hombro; el artesano que al toque del Ave María abre su taller, van tranquilos é impasibles á sudar su pan de cada dia, sin parar mientes en alguna lucha que en aquellos instantes pudiera entablarse en su interior.

6. EN ESTE ÚLTIMO CASO TENEMOS LA POESÍA.—Mas ¿ha sido siempre ésta la condicion del hombre en sus operaciones? De ninguna manera; porque una grandísima parte de nuestras acciones debe llevarse á cabo, á pesar de los choques de luchas encarnizadas entre la razon y el apetito, en las cuales ¡ay, dolor! prevalece muchas veces el siervo, miéntras que miserable-

mente sucumbe la que en todas nuestras acciones debería ser única reina.

Algunos objetos con sus naturales atractivos inclinan hácia sí de tal modo al hombre, que la voluntad debería fatigarse más en removerlos que en abrazarlos; otros, por el contrario, se presentan á la pasion tan rígidos y espinosos, que el hombre sensitivo rehuye áun su mismo encuentro. Entre tanto, frecuentísimo es el caso en que el hombre racional, si quiere permanecer fiel á las leyes del órden, debe desechar los primeros y abrazar los segundos, para lo cual la propia experiencia podrá enseñarnos cuánto vigor de inteligencia es necesario para conocer el órden con evidencia, y cuánta generosidad de voluntad para mantenerlo á toda costa.

7. PROPORCIONES DE LAS IMÁGENES CON LA ELOCUENCIA TRANQUILA.—En estas dos condiciones la razon que debe enderezar al hombre necesita, como todos conocen, de dos especies de imágenes totalmente diversas, ya que al hombre tranquilo basta la imágen, que facilite el concepto de la verdad, para hacer que, en efecto, corra la voluntad sin pena á su consecucion.

Esta es precisamente una de las grandes razones por las cuales es tan fácil la concordia de los sabios en las meras especulaciones del entendimiento; porque en éstas la única dificultad que hay que superar es la intensidad de la mente, sin la cual en vano tendríamos facultad para abstraer lo inteligible de lo sensible.

Aquí, pues, todo el oficio de la fantasía se reduce á presentar en las imágenes ó una analogía harto clara de los símbolos que facilite la inteligencia, como en geometría se hace mediante una figura bien delineada, ó un objeto deleitable que consiga cautivarse la atencion, como lo hicieron Platon y Galileo, en el dialogismo dramático de sus disertaciones.

Esto nos explica las dotes generalmente requeridas por la elocuencia didascálica, en donde, estando ya naturalmente dispuesto el estudiante á buscar el conocimiento de lo verdadero, no encuentra más obstáculos para abrazarlo que la oscuridad con que se vela el objeto, ó lo tardo de una inteligencia pigra.

En estos casos el arte del decir en las imágenes de la elocuencia simple y elegante no tiene otras miras que hacer cla-

ras las ideas y deleitable la atencion. Esta es precisamente la causa por que para enseñanza de idiotas ayuda tanto el encarnar, digámoslo así, los dogmas en emblemas y palabras, y los preceptos en historias y anécdotas.

8. IDEM CON LA ELOCUENCIA CONMOVIDA.—Mas suponed al hombre que opera en los comienzos de la lucha; ¿bastará en este caso que conozcamos lo verdadero con alguna claridad en un espejo, en una imagen bien contorneada? ¡Dios santo! las nubes, el humo, la polvareda que se aglomeran en la atmósfera en que tiene lugar esa batalla de la flaca razon contra mil furibundas pasiones, han esparcido tales tinieblas, tal noche sobre el campo, que si no fulgura á traves de la oscuridad algun relámpago eléctrico, quedarán completamente oscurecidas las facciones de la verdad, y si al ímpetu de tan frenéticos transportes no se contrapone el ímpetu de la heroica generosidad, el torrente desolador abatirá todo dique y sumergirá en sus encrespadas olas toda altura por elevada que sea.

En estos casos, pues, el arte del bien decir, sólidamente fundado en la verdad de las doctrinas y en la fuerza de los racionios que la razon suministra, deberá exigir á la imaginacion cuanto haya de más semejante en las imágenes, de más fogoso en los afectos, de más vivo en los colores, de más expresivo en los sonidos, á fin que todo el hombre sensitivo y fantástico venga en ayuda de la razon cansada, anhelosa, vacilante bajo el sinnúmero de ataques de que es víctima.

Si con la belleza de estas imágenes se consigue que lleguen á enamorarnos las virtudes; si con el ímpetu de los mencionados afectos llegan á domeñarse las furibundas pasiones, entónces habrá conseguido la elocuencia el último fin á que tendía, á saber, el triunfo del hombre racional mediante el conocimiento evidente de la verdad esculpida en las imágenes.

Empero, para la consecucion de este triunfo, manifiesto es que el gran medio que debe ser empleado por el artista es la perfecta analogía entre el concepto intelectual y la imagen que lo representa, y la perfecta proporcion entre las tintas y líneas de la misma imagen con la facultad encargada de aprehenderla, vista, oido, etc.

Si para hacernos concebir los movimientos de un corazon

apasionado nos presentais la imágen de un hermoso lago ondeado por el hálito del céfiro, si para trasladarnos de la region de la tristeza que nos abrumba á las glorias de la esperanza, extendéis sobre gesto y rostro las tintas de Rembrandt, ó dais al tono de la voz las lamentosas notas del oboe, ¿qué impresion producireis en lo físico, qué excitamiento de nobles esfuerzos suministrareis al hombre intelectual?—En esta segunda condicion del hombre que obra, toma pues, el arte del decir los caracteres más vehementes de que es capaz para cumplir con el oficio á que está destinado, ó sea para formar en otros, con la suprema vivacidad del conocimiento apto para desterrar las tinieblas de la imaginacion, la suprema fuerza de la voluntad, apta á su vez para reprimir el fuego de cualquier pasion.

Y esto que principalmente se ha dicho refiriéndonos á los momentos de lucha, se ve claramente que tambien es aplicable á cualquier conmocion viva del alma que se pretenda comunicar á ajenos ánimos.

Por último, así como no es solamente el combate el único que enardece los afectos, así tambien hay que tener en cuenta que el mismo combate no se comprendería si no fuese precedido por el amor de un bien que se teme perder. Si pretendéis infundir en otros el conocimiento del bien que os encanta ¡qué belleza de imágenes, qué vehemencia de afectos no sentiremos nacer, como de inexhausto venero, de aquel bien que nos enamora!

9. EL BIEN, CON MÁS RAZON QUE LA BELLEZA, ES CAUSA VERDADERA DE AMOR.—De aquí se ve que á los dos tiempos ó condiciones del ánimo deben corresponder dos caracteres diversos del arte: al tiempo de serenidad corresponde la prosa y al de agitacion la poesía (1). La primera procura reproducir simplemente la verdad por medio de imágenes familiares y movi-

---

(1) El lector comprenderá que aquí hablamos de prosa y poesía en el sentimiento y en las imágenes, y de ningun modo en la cadencia y en la frase, siendo muy sabido que puede poetizarse en prosa y versificarse prosaicamente. *El más bello poema épico frances*, decía Alfieri, *fué escrito en prosa*, ó lo que es lo mismo, carece de la cadencia propia del verso, pero está enriquecido con toda la vivacidad de las imágenes y afectos de la poesía.

mientos lentos; mas ébria la segunda del Bien que abraza, y anhelando comunicarlo á otros, produce en todo el hombre redundancia tal de vida que da á las imágenes inusitado esplendor é insólito movimiento á los afectos.

Por lo tanto, la poesía y la belleza con que aquélla reviste sus conceptos, es, como claramente aparece, hija y madre al mismo tiempo del amor.

El verdadero principio del amor es el Bien; el Bien poseído es gloria, felicidad; la felicidad dilata el corazón y de éste se derrama colmadamente sobre los demás.

Empero ¿cómo comunicar á otro un gran bien, una gran felicidad, si no hallamos, para expresar uno y otra, grandeza de imágenes y fuego de movimiento? Esta grandeza, este fuego constituyen la poesía, la cual, por otra parte, en algún modo puede ser llamada hija de la Belleza, en cuanto que también ésta, por ser el bien de las facultades intuitivas, es un bien.

10. PODER DE LA ELOCUCIÓN.—Resulta, pues, que así como el arte del decir recibe sus signos, ya de las imágenes visibles, ya de los sonidos sensibles, así también obtiene en sus productos la magia descriptiva de las artes gráficas y toda la expresión conmovedora de las artes musicales.

Suponed ahora que en una composición oratoria se encuentre reunida toda esta plenitud de medios artísticos, encarnada después esta composición oratoria en una persona humana que á las imágenes de la palabra añade la viva imagen del gesto, á los sonidos imaginarios representados en palabras la suavidad y flexibilidad de una voz robusta ó expresiva, á la fuerza filosófica de los raciocinios la religiosa persuasión del auditorio, á la importancia de la materia la augusta majestad del templo, del altar, y así comprendereis que la elocución del misionero, aún considerada en solos sus elementos naturales, debe ejercer sobre la inmensidad de la multitud gran influencia y obtener consentimiento para cualquier árdua deliberación que otro orador cualquiera, no decimos no conseguiría, pero ni aún osaría esperar.

Con esto no pretendemos decir que las maravillas obradas por las misiones católicas sean fruto de estas dotes, pues bien

notorio es que pocos misioneros las poseen plenamente, y que toda su plenitud, aún en el caso de ser poseida, no podría contrabalancear la mole del contraste que sólo puede ser superado por fuerzas sobrenaturales.

Así, pues, únicamente ha sido nuestro intento poner delante de los ojos los medios de que dispone el ministro de la palabra evangélica, para hacer comprender qué mérito, aún artísticamente consideradas, tengan las instituciones católicas, inenarrables, aún en el promover las artes de lo Bello, á aquellos libertinos que las desprecian y escarnecen.

Por otra parte, hemos de confesar que los tales no están enteramente faltos de razon al desconocer este mérito del Catholicismo, en cuanto que á las terribles conmociones de la elocuencia católica pueden contraponer con vanagloria la elocuencia del teatro profano, no inferior á aquélla, cuando se la considera bajo el punto de vista estético.

En efecto, también aquí el triunfo de las bellas artes llega al ápice de su poder, de su gloria; porque todos los medios artísticos conspiran á producir en grado supremo la vivacidad de las imágenes y el calor de los afectos, dando en último término al teatro un poder inefable para cualquier otro medio de pura arte humana. La elocuencia exaltada por los esplendores y pasiones de la poesía, la cadencia de los versos animados por la música vocal é instrumental, y la magia de la pantomima transportada en sus propias razones por la magia de las decoraciones y vestuarios, todo, en fin, concurre á exaltar la imaginación, á sobreponerla al entendimiento, á arrancar el asenso de la voluntad. El único elemento que falta al teatro, es aquella plenitud de verdad y de rectitud que debe servir de base á toda belleza y de principio á toda operación humana.

En efecto, cuando asistimos á una representación teatral, no sólo sabemos que asistimos á una función, si no que, mientras conservemos las ideas cristianas en lo más profundo de nuestra conciencia, reprobamos las sugerencias menos honestas que puedan quizás hallarse en la pieza puesta en escena. Empero, suponed que ésta se proponga infiltrar en los ánimos de los espectadores algunas virtudes reales ó al menos

aparentes, excitando con el ejemplo de hechos antiguos resucitados en los personajes teatrales, y nadie podrá negar que el público no se hallará imposibilitado para resistir al encanto resultante de la union de todas estas artes (1).

Hé aquí por qué el impío libertinaje, promueve tanto nuestros días la institucion de los teatros y la perversion de los dramas destinados á la escena; así que habiéndose infiltrado primeramente por medio de los sofismas, por medio del periodismo que patrocina el error en las engañadas mentes del pueblo, dicha impiedad toma á su cargo la defensa de la falsedad, vistiéndola con las apariencias de verdad, que de este modo viene á ser la base del encanto de la belleza teatral en que osa apoyar toda la máquina estética llamada en auxilio de las más fascinadoras y más ardientes pasiones. ¿Cómo será, pues, posible que un pueblo inculto é ignorante resista á las pasiones cuando es engañado por el sofisma, ó se desengañe de los errores de éste, cuando la misma pasion lo ciega?

Empero por idéntica razon quien desea el verdadero bien de la sociedad, debería en último término comprender la imposibilidad de encontrar para ella remedio, si esta máquina insuperable continúa favoreciendo con todos los incentivos del corazon y de la imaginacion, los errores doctrinales y el desfreno de las pasiones.

Y puesto que tampoco bastaría que se privase á las doctrinas corruptoras de este tremendo ardid de guerra, ni en las presentes condiciones de la sociedad sería fácil, á no ser por

---

(1) LA REGENERACION, en su número del 8 de Mayo de 1858, hizo ver el contraste existente entre los teatros y las iglesias de España. Aquella publicacion hizo en efecto notar que miéntras las Córtes habían grabado generosamente al pueblo en 240.000 reales destinados al Teatro Real de Madrid, para las restauraciones necesarias de todas las iglesias de la Península, despojadas en gran parte por anteriores gobiernos, y en gran parte tambien próximas á derrumbarse por el abandono en que yacían, la peticion de fondos se había reducido á solos tres millones, es decir, á razon de 90 reales para cada iglesia. Tambien es cosa digna de notarse que uno de los primeros pasos dados para adelantar la civilizacion de la Rusia, ha sido, como lo nota L' ARMONÍA en su número del 15 de Mayo, la fundacion de diez y nueve teatros en las capitales de los diez y nueve departamentos del Imperio.

*un golpe de Estado*, cerrar las puertas de esas salas de encanto, es por lo tanto necesario ponerlas á servicio de la verdad y de la virtud, con tal de que no solamente no impidan, sino que promuevan la verdadera civilizacion y la reforma de los principios y de los sentimientos.

Tal era el parecer de aquel gran pontífice, que precisamente debió gobernar la Iglesia en aquellos años en que empezó á iniciarse aquella lujuriosa pompa de civilizacion material que hoy constituye el orgullo y la admiracion de los ánimos más groseros y epicúreos. Benedicto XIV escribía, en efecto, al marqués Maffei: «Ni hemos pensado ni pensaremos jamás en echar por tierra los teatros ni en prohibir de un golpe todas las comedias y tragedias, sino que ahora, como siempre, enseñamos que se haga de modo que las comedias y tragedias sean en todo y por todo, probas y honestas (1)»

Así aquel gran Pontífice; y mientras esto no se obtenga, el concurso de tantos medios de seducción, si no conduce al último extremo de la corrupcion, opondrá ciertamente contraste insuperable al reinado de la verdad y del orden, así como á la continua accion medicinal de la religion.

II TRANSICION.—Concluyamos. Imágenes, sonidos, signos son la materia representativa con que las tres artes hermanas, Dibujo, Música, Elocuencia infunden, digámoslo así, en la materia los conceptos, trasmitiéndolos á las inteligencias.

Mas para que esta trasmision se verifique, son necesarias ciertas dotes de mente, de voluntad y de organismo, sin las cuales sería imposible comprender las cualidades de la materia de tales artes, ó la relacion que media entre la imágen sensible y el concepto inteligible.

Investiguemos, pues, cuáles sean estas facultades que forman en el hombre al artista y que con un solo vocablo suelen vulgarmente llamarse *facultad estética*, *sentido estético*.

---

(1) Vease el periódico intitulado *Voce de la verità* en su número del 28 de Marzo de 1838.

LUIS TAPARELLI.

(Se continuará.)



## LA EMANCIPACION DE LA MUJER

(Continuacion.)

### VI.

**D**EMOSTRADA, mediante el estudio de la naturaleza femenina, la imposibilidad de que el destino social de la mujer sea el mismo que el del hombre, fácil es comprender la razon en que se funda la diferencia de derechos civiles y políticos que existe entre ambos sexos. Hay, con efecto, ciertas limitaciones y trabas en los derechos civiles de la mujer, cuya razon de ser se formula gráficamente en un adagio jurídico, diciendo que los varones son de mejor condicion en lo que toca á su dignidad, y las hembras en todo aquello en que les excusa la debilidad de su sexo. Todas estas limitaciones se fundan, por tanto, en la flaqueza de la mujer y tienden, ora á privarle de una representacion y autoridad que en muchos casos no puede tener, ora á ponerla al abrigo de abusos y engaños de que pudiera ser víctima, ora á precaver los errores y desaciertos que cometería en no pocas ocasiones, si no estuviese limitada su accion. A esto responde la necesidad en que se halla la mujer casada de obtener autorizacion de su marido para hacer cosas que pudieran perjudicar á la sociedad conyugal, como administrar sus bienes ó los

de su esposo, repudiar una herencia ó aceptarla sin beneficio de inventario, celebrar contratos, separarse de los ya celebrados, cuasi contraer, comparecer en juicio y otros actos semejantes. Por eso tambien la ley hace al esposo administrador de la dote, de las arras y de los gananciales, disposiciones todas que colocan á la mujer en una especie de minoría, harto justificada por su propia naturaleza.

Los partidarios de la emancipacion femenina, no sólo querían derogar estas disposiciones legales, sino conceder á la mujer los derechos políticos que el hombre disfruta. Lo que acerca de la naturaleza y destino social de la mujer dejamos dicho, es suficiente para mostrar todo lo que hay de absurdo en semejante pretension. La vida política es incompatible con el destino de la mujer. Exterior, agitada y ruidosa, mal se aviene con los quehaceres del hogar y el cuidado de los hijos. Fecunda en violentas pasiones, ocasionada á sangrientos lances, exigiendo del que á ella se dedica actividad incesante, enérgico carácter y valor personal á toda prueba, no es la más propia de un sér pasivo, tímido y débil como la mujer. Pronto borraría del alma de ésta los tesoros de delicadeza, sensibilidad y ternura que encierra, para sustituirlos con insaciabiles ambiciones, pasiones violentísimas y varoniles rasgos de energía que no cuadran á su carácter. Alejada del hogar doméstico, apartada del cuidado de sus hijos, la mujer política invertiría en cábalas, intrigas, batallas parlamentarias y conspiraciones, el tiempo que debe dedicar á los goces del amor y de la familia. En esa abrasada atmósfera de la vida pública desaparecerían su pudor y sus encantos; su alma se corrompería, su virtud correría gravísimos peligros y al sér ideal que hoy adoramos reemplazaría un ente monstruoso que sólo inspiraría aversion y desprecio. No se hicieron para agenciar votos, seducir electores, amañar intrigas, forjar cabildeos, perorar en congresos y clubs, ó empuñar el fusil revolucionario, las que nacieron para ser el encanto de la vida.

Por otra parte, la concesion de derechos políticos á la mujer, llevaría consigo su acceso á los cargos públicos, cuya imposibilidad é inconveniencia dejamos ya demostrada. La mujer electora supone la mujer diputado, y ésta bien puede con-

vertirse en ministro ó presidente de las Cámaras, cosa absurda que basta enunciar para promover la risa de toda persona sensata. ¡ Buenas andarían la casa y la familia de la ministra de Estado ó de la Gobernacion! Y no se diga que las mujeres han sido reinas y han solido desempeñar con acierto este cargo, porque las pocas que en él se han distinguido, ó estuvieron rodeadas de diestros consejeros, ó no tuvieron de mujeres más que la figura.

Nada ganaría, además, la vida política con que en ella entrarán las mujeres. Su inquieta fantasía, su extremada sensibilidad, la flaqueza de su carácter, la enfermiza debilidad de su organismo, su incapacidad para elevarse á ideas generales y conceptos abstractos, su afición á detalles y pequeñeces, su amor á la chismografía y á la intriga, la habitual estrechez de sus miras y aspiraciones, su vanidad pueril y mezquina, son malas condiciones para regir los destinos de los pueblos. El carácter conservador y estadizo de su espíritu, su apego á las tradiciones, su aversion á los cambios y reformas, su fanatismo religioso, la facilidad con que se rinden á la voluntad de un marido, de un amante ó de un confesor, les harían ser elementos, á la vez reaccionarios y perturbadores, de la política. Mal conocen sus intereses los cándidos liberales que piden para ellas el derecho de sufragio. Pronto el entronizamiento de la reaccion más desenfrenada les haría conocer la torpeza cometida al poner en manos del más retrógrado y oscurantista de los sexos la direccion de la vida pública.

Es evidente, por otra parte, que siendo correlativos los deberes y los derechos, no se puede conceder en justicia el sufragio al que está exento de los deberes para con su patria. Si la mujer ha de ser elector es fuerza que sea soldado, y no hay que encarecer lo absurdo é imposible de proposicion semejante.

En Inglaterra—donde el sufragio femenino tiene ardientes y activos partidarios,— se alega en favor de esta reforma un argumento que tiene cierta fuerza. Dícese que, correspondiendo á la Representacion nacional la imposicion y reparto de las cargas públicas, no puede en justicia negarse á la mujer soltera ó viuda que es industrial, comerciante ó propietaria, el

derecho de intervenir en la eleccion de los diputados que han de votar los presupuestos. El argumento no deja de ser atenable en este caso concreto; pero no desvanece las graves dificultades que dejamos expuestas. Podría, sin embargo, por privilegio singular, otorgarse el derecho electoral á las mujeres que se hallaren en tales circunstancias; pero sin concederlas el de ser elegibles, que es el inconveniente mayor que ofrece el sufragio femenino.

## VII.

Si las cuestiones relativas á la desigualdad que existe entre el hombre y la mujer se resuelven fácilmente cuando á la educacion y destino social de ambos sexos se refieren, no sucede otro tanto cuando se plantean en el terreno de la moral. Con efecto, surge aquí una contradiccion extraña entre las leyes morales que proclama la razon y las que la sociedad ha establecido, pues al paso que la razon enseña que el deber moral se impone igualmente á hombres y mujeres, la experiencia nos dice que la sociedad ha establecido una moral distinta para cada sexo.

No entraremos aquí en el exámen filosófico de lo que sea la moral en abstracto. Prescindiendo de toda indagacion metafísica sobre el origen y fundamento de la moral, bástanos afirmarla como una realidad que no es lícito desconocer. Sea la ley moral mandato supremo de un Sér superior al mundo, producto de la conciencia social que para provecho de todos la ha establecido, desenvolvimiento de un instinto innato convertido en ley de vida por la conciencia reflexiva ó ley ineludible de nuestra naturaleza, nacida en nosotros é impuesta al espíritu como las leyes fisiológicas se imponen al cuerpo,—es lo cierto que en nosotros hallamos una conciencia moral que distingue el bien del mal, nos señala el primero como único fin legítimo de nuestros actos, nos dice que estamos obligados á cumplirlo, y nos castiga con su desaprobacion cuando así no lo

hacemos. Que esta conciencia está sometida á la misma ley de evolucion y desarrollo que nuestras restantes facultades, y que, por tanto, alcanza mayor ó menor claridad y perfeccion, segun el grado de desenvolvimiento de cada individuo; que, distinguiendo constantemente lo bueno de lo malo, con frecuencia se equivoca en la apreciacion determinada de ambos elementos, y yerra entónces y produce el mal, aunque con recta intencion; que multitud de causas perturbadoras de todo género la oscurecen en ciertos casos y en ocasiones impiden, no ya su desarrollo, sino su aparicion en el individuo, son cosas evidentes, pero que no destruyen la afirmacion de que la conciencia moral, la ley moral, la nocion del deber y del bien son realidades en la naturaleza humana que se imponen á ésta, cualquiera que sea su origen y fundamento. La moral, en tal sentido, es universal, y sólo adquiere el carácter de particular y varia cuando desciende á concretar y determinar los conceptos fundamentales que la constituyen. De pueblo á pueblo, de siglo á siglo, de individuo á individuo varía la apreciacion de lo que es bueno ó malo, y en esto se funda la variedad de la moral histórica, de suyo relativa; pero la nocion de bien y de mal, de deber y de ley, existe igualmente en todos los hombres, exceptuando los que se hallan en ínfimos grados de desarrollo, ó no disponen del pleno uso de sus facultades, ó por causas históricas tienen atrofiada la conciencia y aniquilada la libertad. De aquí se infiere con toda evidencia que las leyes morales, como las físicas, son comunes á los dos sexos, y que si la desigualdad que entre ellos existe les señala distintos destinos, esto no obsta para que la igualdad fundamental que á esta desigualdad acompaña les imponga idénticos deberes, salvo en ciertos casos en que esta igualdad de deberes no existe, por causa de la desigualdad de destinos, como acontece, por ejemplo, con el deber de defender la patria con las armas, que nunca se impone al sexo débil.

En teoría, estas doctrinas están universalmente aceptadas, pero en la práctica no sucede así. La moral social desmiente en un punto concreto á la moral natural. Las costumbres y las leyes establecen diferencias entre los sexos que la teoría moral no reconoce. La opinion pública, al juzgar en ciertas materias

á hombres y mujeres, difiere notablemente en la aplicacion de sus fallos cuando de uno ú otro sexo se trata, y crea de este modo una especie de moral consuetudinaria, que es la que en la práctica prevalece, á despecho de la moral teórica que, consignada en las enseñanzas religiosas y en las producciones de los moralistas, queda en rigor reducida á la condicion de letra muerta.

Así, la moral teórica condena con igual severidad el amor ilegítimo, el libertinaje y el adulterio en el hombre y en la mujer, y la sociedad concede al primero en tales materias una benevolencia tan grande como lo es la severidad con que juzga á la segunda. La moral teórica afirma, con razon, que el honor reside exclusivamente en el individuo y sólo por faltas de éste se mancha, y la sociedad hace depositaria á la mujer del honor de sus padres y de su esposo, y á éstos considera deshonorados por las liviandades de aquélla. La moral teórica exige al hombre como á la mujer absoluta pureza de costumbres, y la sociedad mira con mofa ó menosprecio al hombre que llega al matrimonio limpio de toda mancha; hasta tal punto, que este temor á la opinion engendra una hipocresía del libertinaje ménos concebible que la de la virtud. Ahora bien: esta contradiccion notoria entre la sociedad y la moral, ¿se debe únicamente á absurdas preocupaciones ó tiene algun fundamento en la naturaleza misma de las cosas?

A nuestro juicio, prodúcese aquí una de esas antinomias que aseguran al mal perenne dominacion en el mundo. La sociedad está constituida de tal suerte que la ley de la naturaleza y la ley moral son incompatibles en más de un caso. La ley moral exige al hombre la castidad y la ley natural la satisfaccion de su instinto reproductor; é impidiendo la organizacion social que la aparicion de este instinto coincida con la posibilidad de fundar una familia, se hace inevitable en el individuo la infraccion de la ley moral. ¿Cómo puede la sociedad exigir al hombre deberes para cuyo cumplimiento no le presta condiciones? Si por una parte pone todo género de trabas al matrimonio de los jóvenes, ¿cómo ha de condenarlos porque cedan al inevitable impulso de la naturaleza? No es extraño, por tanto, que reconociéndose cómplice, por no

decir autora, de sus extravíos, los ampare bajo el manto de su indulgencia. Si los condenara, se condenaría á sí misma y nada tendría que oponer á los que le preguntasen por qué les cerraba el camino del bien, abriéndoles el del mal, y censurándolos por faltas que á la mala organizacion social son debidas.

Y, sin embargo, la sociedad, tan benévola con el hombre que peca, es dura con la mujer que á las pretensiones de éste se rinde. Esto es á la vez una injusticia y una contradiccion por una parte, y un juicio bien fundado por otra. Veamos cómo se explica esta, que á primera vista parece paradoja.

Hay de fundado en esta preocupacion social el hecho de que el instinto reproductor es en la mujer ménos apremiante é imperioso que en el hombre, y está en ella contenido por otro instinto que en el hombre es rudimentario: el del pudor. La naturaleza y la moral, difíciles de concertar en el varon, se concilian mejor en la mujer, y no es mucho que á ésta se exija una virtud, más fácil de practicar por ella que por el sexo contrario.

Por otra parte, la mujer representa para nosotros el elemento ideal y bello de la vida, y nos repugna verla revolcándose en el fango de la sensualidad. Los instintos y goces sensuales, torpes y groseros por naturaleza, pueden admitirse en el hombre que, distinguiéndose por su fuerza y energía, tiene siempre algo de brutal que se aviene con apetitos semejantes. Activo, impetuoso, resuelto y emprendedor el hombre, débil y pasiva la mujer, parecen nacidos, el primero para el ataque, la segunda para la defensa, y tanto como nos choca el hombre tímido, nos atrae con invencible impulso la resistencia que opone á nuestros instintos el pudor de la mujer. En ella depositamos, como en augusto santuario, todas las virtudes y perfecciones de que nosotros carecemos; de ella hacemos la personificacion bellísima de la pureza y del bien; y si al exigirla tanto, y al hombre tan poco, parece que establecemos desigualdad irritante, harto compensada queda por la aureola con que circundamos la frente pura de la mujer honrada y por el respetuoso culto y sincera admiracion que la rendimos.

Hay, además, en pro de esta manera de juzgar, una razon

en que se fijan poco (quizá por no comprenderla) las mujeres. La mujer—digámoslo en honra suya,—por regla general no entrega su cuerpo sino á aquel á quien ya ha entregado el alma. Ó lo que es lo mismo, salvo casos verdaderamente teratológicos, la mujer siempre cae arrastrada por el amor. En el hombre no sucede otro tanto; en sus relaciones sexuales, establece con la mayor facilidad una separacion completa entre lo espiritual y lo corpóreo, y de que tenga relaciones ilícitas con una mujer, no se sigue necesariamente que la ame. Así se explica que el hombre exija inmaculada pureza en la mujer á quien se une en matrimonio, y la mujer no tenga iguales exigencias. Es porque el hombre sabe perfectamente que en la mujer la pérdida de la virginidad del cuerpo lleva consigo la de la del alma, al paso que en él es posible hallar un cuerpo manchado y un corazón vírgen; es porque la mujer puede poseer el primer amor de un hombre, por libertino que haya sido, y el hombre nunca puede pensar otro tanto de la que á otros se entregó.

Hartmann, en su *Filosofía de lo inconsciente*, observa con razon que el instinto del hombre es favorable á la poligamia, y á la monogamia el de la mujer. Así es, en efecto, y por eso tambien es más culpable la mujer liviana, que se aparta del instinto de su sexo, que el hombre libertino, que al suyo se abandona. La mujer, además, al ser frágil, deja de cumplir la única mision que le impuso la naturaleza, que es fundar una familia, cosa que ella no puede crear fuera del matrimonio. La familia no se funda sin el padre, que es su cabeza y jefe natural. Un hombre soltero puede fundarla con frutos de uniones ilegítimas, que llevan su nombre sin avergonzarse, como él los reconoce sin escrúpulo. Una mujer soltera no puede hacer esto en el actual estado de la sociedad; y aunque desapareciese de las costumbres la aversion que su falta inspira, jamás sería concebible una familia creada únicamente por una mujer, porque le faltaría la base capital de toda familia, que es la suprema autoridad del padre.

No es, pues, fruto exclusivo de una preocupacion absurda el riguroso fallo que la moral social dicta contra la mujer que cae, y que tanto contrasta con la benevolencia que al hombre

otorga. Hay en este fallo un reconocimiento tácito de la diversidad de naturalezas que entre el hombre y la mujer existe y que impone á ésta mayores trabas que á aquél. Hay, sobre todo, la conciencia de una necesidad social ineludible: la de que la mujer se destine únicamente á la vida conyugal y posea todas las condiciones que esta vida requiere, harto distintas de las que se exigen en el hombre. Esta legislación social, nacida de la opinion y de la costumbre más que de la ley, podrá contradecir las leyes de la moral teórica, pero es la que mejor se adapta á la realidad de las cosas, y, sobre todo, la única posible en la actual organizacion de la sociedad.

Hay, sin embargo, algo de exagerado, y aún de falso, en estos fallos, que les hace tomar á veces el carácter de una verdadera preocupacion. Cuando la mujer se entrega al hombre, dominada por una pasion irresistible y fascinada por las artes de su seductor, la sociedad debiera ser más rigurosa con éste que con su víctima, y tener en cuenta que la pasion es circunstancia atenuante del pecado. Condénese duramente á la mujer que sólo cede al interes ó al apetito; pero no se desprecie y deshonne á la seducida y se otorguen aplausos al seductor.

Preocupacion absurda es tambien la que, olvidando que el honor sólo reside en la persona, considera deshonorada á la familia de la mujer que falta, como si la propia honra estuviese depositada en manos ajenas, y al individuo deshonrasen faltas que no comete. Esta ley de solidaridad entre los individuos de una familia, que les hace copartícipes de la gloria ó de la vergüenza de cualquiera de ellos, es uno de los mayores absurdos que imaginarse pueden. A nadie deshonran más que sus propias faltas, como á nadie glorifican los méritos ajenos. Por iguales razones, es injusticia notoria considerar deshonorados á los hijos de uniones ilegítimas, echando mancha infame sobre el inocente que no eligió su cuna y nada tiene que ver con los pecados de sus padres.

De lo dicho se deduce, por tanto, que esta desigualdad en el juicio que á la opinion merecen las faltas de los hombres y las de las mujeres, no es una mera preocupacion, como algunos piensan, y que lo único que en esto merece censura, es la falsa idea del honor, que hace mirar como deshonorados á los

hijos y parientes de la mujer que cae, y la culpable benevolencia que se concede á los seductores, dignos, sin duda, de la reprobacion más enérgica y de los más severos castigos de la ley, cualquiera que sea la condicion de la seducida; pues no hay nada más odioso y abominable que la distincion de castas que en esta materia suele establecerse, condenando como pecado enorme la seduccion de una mujer de clase distinguida, y mirando como lícito entretenimiento ó disculpable travesura la deshonor de la mujer del pueblo, considerada como *carne de cañon* y entregada sin piedad á la lujuria de los ricos por una sociedad sin entrañas ni conciencia.

### VIII.

Una de las cosas en que con mayor empeño insisten los defensores de la nivelacion de los sexos es la cuestion del adulterio. La ley, la opinion y la costumbre, en todos los pueblos y todas las épocas, han considerado de muy diferente manera el adulterio del hombre y el de la mujer, mirando al primero con cierta relativa indulgencia y reservando para el segundo todas las censuras y todos los castigos. Y sin embargo (dicen no pocos moralistas), la falta es igual en ambos casos, y no hay nada más absurdo é irritante que esta desigualdad en los fallos de la opinion y de la ley.

Juzgando con el criterio de la moral teórica que sólo atiende á la intencion y moralidad subjetiva de los actos, la verdad de esta afirmacion es evidente. El esposo adúltero es tan culpable como la esposa. Ambos al pecar infringen los mismos deberes y faltan á los mismos juramentos. El engaño, la perfidia, la traicion, el abuso de confianza es igual en ambos casos, y dentro de este criterio es indudable que ambos esposos merecen idéntica censura. Pero si ántes de juzgar examinamos el acto culpable en toda su complejidad y en todas sus consecuencias, fuerza será reconocer que hay mucho de justo y de fundado en ese fallo que tanto escandaliza.

Al tratar del adulterio nos fijamos únicamente en los esposos y prescindimos de los amantes. Toda reprobacion es poca para éstos. El hombre ó la mujer que perturban y deshonoran el hogar ajeno merecen las mayores censuras, y nunca será bastante execrada la criminal indulgencia con que la sociedad los mira, sobre todo al primero. La mofa y el deshonor que con irritante injusticia recaen sobre el marido engañado debieran recaer enteras sobre el infame libertino que burlando el sagrado del hogar, abusando no pocas veces de la amistad y penetrando como ladron en la casa ajena para deshonorarla, es mil veces peor que los más torpes criminales. Y otro tanto puede decirse de la mujer que se hace cómplice del marido adúltero, si bien la falta de ésta es ménos grave, por ser ménos fecunda en consecuencias, y porque rara vez, para cometerla, penetra en el hogar y abusa de la confianza. Por eso para esta mujer basta como castigo la reprobacion que generalmente obtiene su conducta, aunque, á decir verdad, debiera ser mayor de lo que es. Para el amante adúltero debiera ser esta reprobacion mucho más enérgica é ir acompañada de los rigores del Código Penal, porque el ladron de honras no es ménos culpable que el que nos priva de riquezas.

Reduciendo, pues, la cuestion á los esposos, veamos si es tan injusto como se dice el fallo de la opinion y de la ley. A nuestro juicio, sólo hay en este punto una cosa injusta y absurda, una verdadera preocupacion que ántes hemos rechazado bajo otro concepto. Tal es la opinion de que al marido deshonra la liviandad de su mujer. Las mismas razones que nos movieron á condenar esta enormidad, al tratar de la falta de la soltera, nos impelen á condenarla en este caso. ¡No! la honra no puede entregarse á la flaca voluntad de una mujer; la honra no reside en otra persona que en el honrado y sólo se pierde por las propias acciones. El marido engañado no pierde su honor, ni puede perder la estimacion de las gentes, ni es acreedor á mofa y escarnio porque su mujer le haga víctima de un engaño infame. No hay razon alguna para suponer que la honra del marido está en manos de la mujer, y la de ésta no se halla en manos del marido; de tal suerte que el adulterio del esposo no deshonra á la esposa, y en vez de ha-

cerla objeto de escarnio la hace objeto de compasion, sucediendo todo lo contrario si el engañado es el marido. Es ésta una de esas preocupaciones que no tienen excusa ni explicacion posible, y contra las cuales no pueden ménos de rebelarse los corazones honrados.

Y sin embargo, tal es la fuerza de la opinion que, por des- preocupado que el hombre sea, no puede ménos de rendirse á su imperio. En vano será que el esposo ultrajado comprenda que las faltas de su mujer no pueden deshonrarle; la sociedad sostiene lo contrario, y como deshonrado ha de considerarse, mal que le pese. Y como la sociedad no le da otro medio de lavar las manchas de su honra que el derramamiento de sangre, miéntras tales preocupaciones no desaparezcan, ó el divorcio abra camino para reparar en lo posible las consecuencias del adulterio y desatar un lazo que rompió el pecado, el esposo digno y honrado no podrá ménos de empuñar el arma homicida que la ley de un falso honor y el fallo injusto de una sociedad equivocada ponen en sus manos, y lavar con ella las supuestas manchas de su honra. Por eso la catástrofe de *El Nudo gordiano* será la solucion única del problema del adulterio, en tanto que no varíe la actual organizacion del matrimonio y no desaparezcan las preocupaciones que dominan en la sociedad. Vano será decir que esta solucion es inhumana, anti-liberal y bárbara. Todo eso es cierto; pero no hay otra en los momentos actuales, y de ello debe culparse, no al esposo homicida, sino á la sociedad que le obliga á serlo, so pena de la pérdida de su honor. Miéntras éste sea, como lo es hoy, quizá la única base de la moral; miéntras la sociedad no reconozca que el honor del hombre no es depósito que la mujer guarda, esta solucion será fatalmente necesaria y sólo ella dejará al esposo en el lugar que le corresponde. Establézcase el divorcio; rómpase de derecho un lazo que de hecho está roto ya; despójese á la esposa culpable del apellido honrado que profana, y entónces el marido homicida no tendrá disculpa, y merecerá el rigor de la opinion y de la ley.

Esta doctrina acerca del honor es, pues, lo que hay de preocupacion en las opiniones reinantes sobre el adulterio. El resto de ellas es perfectamente racional, por más que digan

los que afirman que el hombre ha aplicado á la mujer adúltera lo que el vulgo llama *la ley del embudo*. Analicemos, en prueba de ello, el adulterio en el hombre y en la mujer.

Hay en el adulterio, en primer lugar, la infracción de una ley moral y social, á cuyo cumplimiento se han comprometido por mutua y solemne promesa los esposos. Es, por lo tanto, una traición y un perjurio; y es, además, engaño y abuso de confianza, por cuanto el cónyuge culpable falta á sus deberes sin que lo sepa su compañero y haciendo creer á éste en la existencia de una fidelidad mentida. De estos delitos son igualmente culpables la mujer y el marido, y su responsabilidad es la misma, por lo tanto, á los ojos de la moral abstracta, que sólo atiende á la intención, á la cualidad interna de los actos.

Pero esto no obsta para que, bien examinado el asunto, haya en el delito de la mujer circunstancias agravantes en la mayoría de los casos. El adulterio de la mujer siempre supone la pérdida completa del cariño conyugal por razones que ántes hemos expuesto. La mujer entrega siempre el alma y el cuerpo á la vez. El hombre, en muchos casos, entrega su cuerpo, guardando íntegra su alma. Cosa frecuente es que un marido, llevado de punible volubilidad, instigado por el ejemplo ó arrastrado por malas compañías, se entregue al comercio de fáciles amores, sin perder por esto el amor que siente hácia su mujer, la cual sigue siendo dueña y señora del corazón de su esposo. Con la mujer no sucede así. Su adulterio significa siempre que su alma ya no pertenece á su marido; de lo cual resulta que para éste la deshonra lleva consigo la ruina del amor de que era objeto, siendo, por tanto, doblemente profunda la herida que recibe.

Además, dadas las preocupaciones sociales, la mujer adúltera deshonra á su marido, mancha su nombre y lo pone en ridículo, al paso que el adulterio del esposo no produce tales consecuencias. Depositaria del honor de su marido, la mujer hace traición á este depósito y arroja una mancha sobre su compañero. Su delito es mayor, por consiguiente, y no tiene reparación posible.

En la mayoría de los casos, la mujer agrega á su falta otras

no ménos graves, que el esposo rara vez comete. Abusando de la confianza del marido, que acoge sin recelo al amante adúltero en su propia casa; profanando con torpes caricias el lecho conyugal; buscando cómplices en sus criados é introduciendo, por tanto, en el hogar la corrupción y el soborno; dando ejemplos escandalosos á sus hijos, y haciendo de su casa lupanar inmundo, la mujer es mil veces más culpable que el esposo, que casi siempre se abstiene de llevar el oprobio y el escándalo al seno de su familia.

Pero lo verdaderamente grave é irreparable del adulterio femenino es las consecuencias que puede producir por lo que á los hijos respecta. Nunca puede el marido introducir en su casa el fruto clandestino de sus amores. La mujer, en cambio, engendra hijos ilegítimos que roban al padre su apellido, su amor y su fortuna y son ladrones de sus propios hermanos, á quienes usurpan el cariño y los bienes de su padre. La falsificación de la paternidad, la introducción del fraude, el engaño y el robo en la familia, son crímenes sin nombre de que sólo la adúltera puede ser autora. ¿Cómo, visto esto, cabe igualar el adulterio de la mujer con el del marido? ¿Cómo no se reconoce que esta diversidad en las consecuencias del acto basta para alterar profundamente la cualidad de éste, aunque, bajo el punto de vista de la intención, sea tan digno de censura en el marido como en la esposa?

Por eso la moral social, que al calificar los actos punibles, atiende á sus consecuencias tanto ó más que á la intención, no iguala ni puede igualar sin injusticia el adulterio del hombre al de la mujer. Por eso, teniendo en cuenta que en la falta del marido no concurre el sinnúmero de circunstancias agravantes que en la de la mujer, porque el marido, infiel, traidor y perjuro, no es, sin embargo, ladrón de honras, profanador del hogar, ni engendrador de ladrones domésticos, condena el delito en ambos esposos, pero sólo al hombre autoriza para tomar de él sangrienta venganza. Por eso, en el adulterio del hombre ve una grave falta y en el de la mujer un incalificable crimen, y reserva para ella las más enérgicas censuras y los más severos castigos. Queda, pues, probado que esta desigualdad en la apreciación de los extravíos sensuales del hombre y de la

mujer, si por una parte se funda en preocupaciones censurables, por otra se apoya en razones poderosas, y no constituye una servidumbre impuesta al sexo débil por la egoísta tiranía del fuerte, sino una ley por muchos conceptos justa y conveniente, fundada en la naturaleza humana y en las necesidades é intereses de la sociedad.

## IX.

Pesa sobre la mujer una espantosa servidumbre, contra la cual protestan con razon sobrada los partidarios de la emancipacion del sexo débil. Esta servidumbre, verdadero tributo de honras, es la prostitucion, llaga al parecer irremediable, que acompaña á la civilizacion desde su cuna y es, por horrible sarcasmo, uno de los fundamentos del órden social.

Fuerza es reconocerlo. En su organizacion actual, la sociedad exige del bello sexo el tributo anual de un número inmenso de víctimas, que han de ser sacrificadas en los altares del libertinaje. Si este tributo faltara, si el vicio, la miseria, la seduccion y el abandono no pusieran á disposicion de la sociedad el número de víctimas necesario, es lo cierto que se produciría una perturbacion terrible en el órden social, no ménos grave que si un dia se negasen todos los ciudadanos á prestar el servicio militar.

Hémos aquí otra vez enfrente de una de esas pavorosas antinomias que espantan á la razon y á la conciencia y llevan el desesperado pesimismo al ánimo del más creyente. A despecho de las incesantes predicaciones de la moral y de la religion, el instinto reproductor, más poderoso que todas las pasiones juntas, más fuerte que todas las leyes y todos los sistemas, se impone al hombre y exige de él, con impulso irresistible, su inmediata satisfaccion. En abierta pugna las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, declaran las primeras impulso legítimo y necesidad imperiosa lo que las segundas reputan torpe y grosero pecado; y más fuerte

el instinto que la voluntad y la razon, todo lo atropella, de todo prescinde y da la razon en el terreno de la práctica á las ciencias de la naturaleza. Con su benévola indulgencia, ó al ménos con su tolerancia, consagran el hecho la opinion pública y la conciencia social, y poco atenta á proporcionar á los individuos las condiciones necesarias para anudar temprano los santos lazos del matrimonio, la sociedad contribuye indirectamente á favorecer el libertinaje. Imposibilitada la satisfaccion legal de sus instintos, benévola la opinion, muda ó indiferente la conciencia, dudosa ó remota la amenaza de la religion, el individuo, por todas partes incitado y sólo por débiles trabas contenido, lánzase á satisfacer sus apetitos, sin que haya freno que le detenga, pues hasta el pavoroso fantasma del infierno ha sido impotente para lograrlo.

El mal es evidente y contra él se estrella y se estrellará siempre toda prevision humana. Miéntras el hombre no se halle en condiciones para contraer desde su primera juventud uniones lícitas, vano é ilusorio será cuanto se intente para impedir el desbordamiento de sus pasiones. Y si esto era imposible cuando le amenazaban la justicia de un Dios y la promesa de un infierno ¿qué será en estos tiempos de incredulidad en que sólo espera tras de la terrestre vida el sueño eterno de la nada, la absorcion en la sustancia infinita ó una serie de peregrinaciones de ultratumba, en que no hay falta que no se lave, ni pena que no tenga término?

El único remedio sería la universalizacion del matrimonio; pero á esto se oponen obstáculos gravísimos. Plantear esta cuestion vale tanto como evocar el siniestro espectro del problema social. ¿Cómo ha de fundar familia el que no tiene posicion ni fortuna? ¿Cómo proporcionar ambas cosas al hombre desde la adolescencia? El problema no tiene solucion; al ménos en las actuales circunstancias, y acaso no lo tenga nunca. El problema, que revela una contradiccion flagrante entre la naturaleza y la sociedad por una parte y la moral por otra, es en suma una de las mil fases siniestras del fantasma del mal que se enseñorea del mundo y á todas partes extiende su mano ensangrentada.

Renunciando, pues, á resolverlo (al ménos por ahora),

resulta claro como la luz que la prostitucion es una necesidad social. Si no existiera, cada año arrojaría sobre la sociedad una banda de mozos audaces y desenfrenados que no dejaría con honra á mujer alguna. La prostitucion es al modo de compuerta de seguridad, que da fácil salida á estos desbordados apetitos, y atenúa, si no impide, sus estragos. Para que la doncella viva segura y tranquila, y la esposa esté al abrigo de reiterados ataques, es fuerza el sacrificio de una serie de mujeres infelices, destinadas á guardar, á costa de su honra, la de las demas. ¡Necesidad horrible, sacrificio espantable en que no se puede pensar sin estremecimiento, y que todos los dias se consuma á la faz impasible de la sociedad!

Esta servidumbre pesa sobre el pueblo. Sus hijos defienden nuestros hogares; sus hijas salvan la honra de las nuestras. En sus filas recluta la prostitucion sus adeptos. La miseria, la ignorancia, la codicia, la seduccion la acompañan. Con falaz sonrisa, brinda ociosa existencia y espléndidas galas á la infeliz obrera que gana el mezquino sustento con el sudor de su rostro. Presenta el lupanar como único refugio á la criada seducida, y luego abandonada por su señor; á la modista que fió en las promesas del jóven elegante y le entregó su honra; á la doncella culpable que su familia arroja del hogar paterno. Aguijoneados por torpe codicia, la madre vende á su hija, el esposo á la esposa, el hermano á la hermana. Los hijos del crimen y de la vagancia, los engendros de la mendicidad y de la prostitucion, la legion inmensa y dolorosa de los niños vagabundos engrosan el horrible ejército del vicio, y todas estas miserias revueltas y confundidas en monton informe se arrojan á la voracidad del monstruo social que, en pago de haber asegurado el reposo de los favorecidos de la fortuna, paga á sus víctimas con el insulto primero, con el abandono más tarde, con la cama del hospital despues, y por último, con el frio lecho de la fosa comun.

¡Contradiccion singular! La sociedad considera necesarias á las prostitutas y luego las desprecia. De igual manera crea al verdugo y lo execra despues. Es que su conciencia reprueba lo que su organizacion hace indispensable; es que se asusta de su propia obra; ¡tan horrible y repugnante es! Es que en esta

cuestion todo es contradictorio, porque todo revela una contradiccion inmensa entre las leyes sociales y las de la naturaleza, y esta contradiccion se manifiesta igualmente entre los actos y los juicios de la sociedad.

Y el mal no tiene remedio, ni puede tenerlo; pero es posible atenuarlo. Nosotros unimos nuestra voz á la de los defensores de la emancipacion de la mujer, para que al ménos sólo el vicio pague este infame tributo, para que la prostituta sea siempre un sér despreciable y no una desgraciada. Búsquense medios para mejorar la condicion de la mujer obrera, é impídase que anteponga una pingüe y segura ganancia á un precario y mezquino salario. Recójanse las niñas abandonadas y vagabundas y sálveselas de una ruina á que fatalmente les arrastran la miseria, la ignorancia y el abandono. Multipliquen la asociacion y el Estado sus esfuerzos para proporcionar pan, trabajo é instruccion á las hijas del pueblo. Sepárese de su hogar inmundo á la hija de la prostituta, heredera forzosa de la infamia de su madre. Reglaméntese en pró de la moral y de la higiene, el trabajo de las mujeres en el taller y la fábrica. Castíguese con penas terribles la prostitucion del menor, y persígase sin descanso á las Celestinas que trafican con el pudor de las doncellas. Impónganse al seductor castigos severísimos, si no repara al punto su delito. Reconozca la sociedad,— ¡hora es ya de reconocerlo!—que la honra y el pudor de la plebeya no valen ménos que los de la noble, y que si se estima pecado gravísimo la seduccion de la hija de familia distinguida, no ha de reputarse travesura disculpable, cuando no plausible, el deshonor de la campesina ó de la obrera. Tolere el Estado la prostitucion (ya que fuera imposible y peligroso perseguirla), pero no la someta á reglamentacion arbitraria y vergonzosa que hace del vicio una institucion social, le presta la garantía de la ley, y convierte la prostitucion en una industria sujeta á contribucion repugnante. De esta suerte, sólo el vicio formará las prostitutas y lícito será arrojar sobre ellas todo el peso del desprecio social.

Y como esto no es bastante, hágase todo lo posible por facilitar el matrimonio de los jóvenes. Desaparezcan las vulgares é inmorales preocupaciones que lo combaten; cese en los

padres el amor egoísta que les hace aplazar el matrimonio de los hijos y el interesado cálculo que hace del santo lazo lucrativo negocio; búsquense, si es preciso, formas de la unión conyugal que permitan verificarla en edad temprana; y por tales caminos se conseguirá, sino remediar el mal, atenuarlo en alto grado, facilitar el cumplimiento de la ley moral y la satisfacción de los instintos naturales, moralizar las costumbres y mejorar las razas, porque de matrimonios castos nacen hijos robustos, y de los matrimonios actuales no pueden nacer más que engendros enfermizos.

Si esto llega alguna vez á realizarse, la prostitucion subsistirá todavía, pero como excepcion, no como regla; como vicio, no como necesidad. La única servidumbre verdadera que hoy pesa sobre la mujer habrá desaparecido, y sólo el vicio dará su contingente al mal. Entre tanto, que no se escarnezca á la infeliz víctima de nuestra imperfecta organizacion social. Cuando la prostituta pasa á nuestro lado, apartemos de ella la vista; pero no por repugnancia, sino porque su degradacion es obra nuestra, y nuestra conciencia no puede mirar sin vergüenza y espanto á la que puede decirnos: *¡Hombre! ¿Por qué me condenas si soy tu obra? ¡Mujer! ¿Por qué me desprecias si soy tu salvaguardia? ¡Sociedad! ¿Por qué me infamas si confiesas que soy uno de tus horribles fundamentos?*

## X.

Hemos concluido nuestro trabajo. Creemos haber demostrado que la emancipacion de la mujer no tiene fundamento serio; que sólo una espantosa servidumbre pesa sobre ella, y es fuerza trabajar con afan por ponerla término. El estudio de la mujer y de la sociedad nos ha conducido á estas conclusiones, deducidas de la experiencia y no de concepciones preconcebidas. Este estudio nos ha enseñado que el hombre y la mujer son desiguales ante la sociedad, porque lo son ante la naturaleza, y que esta desigualdad es conveniente para ellos y

para la misma sociedad. La utopia de los emancipadores se ha desvanecido ante la luz de la experiencia y de la razon, como todos los ensueños del idealismo; pero lo que en sus quejas y protestas era fundado, reconocido ha sido por nosotros. Que hay en la condicion de la mujer mucho que necesita reformarse, es evidente; que es fuerza alzar bandera contra esa horrible servidumbre que se llama prostitucion, no lo es ménos; tambien lo es que los males que hemos señalado no tienen completo remedio, porque el imperio del mal es indestructible. Luchemos por atenuarlos; pero no pensemos en destruirlos. El mal es una realidad aterradora que se nos impone. Podemos reducir su imperio, pero nunca aniquilarlo, porque el mal es la eterna sombra que á la luz acompaña, la mancha imborrable que nubla el resplandor del sol. A qué se debe esto, lo ignoramos. Acaso el mal es necesario para que el bien exista, y sobre todo, para que sepamos apreciarlo. Pero ¡ay! que hartos cara pagamos esta satisfaccion. ¡Cuántos dolores y lágrimas se necesitan para que resplandezca la sublime armonía del Cosmos! ¡Cuántos sufrimientos nos cuesta la adquisicion de un placer fugaz!

Quizas llegue un dia en que Ahriman quede reducido á men- guada monarquía y Ormuzd extienda por el infinito espacio su divino imperio. Pero hasta entónces, ¡cuánto resta todavía qué sufrir! Suframos, sin embargo: nacidos somos para la lucha, y deber nuestro es regar con nuestra propia sangre el camino que recorrerán gozosos más felices mortales. Pero ¿dónde estará nuestra recompensa? Si algun dia la mujer sacude los últimos restos de su servidumbre y la prostituta no recorre ya las solitarias calles, ¿quién se acordará del escritor oscuro que llevó su humilde piedra al edificio de su regeneracion?

M. DE LA REVILLA.





## CARTAS DE CHINA.

### III.

**L**as concesiones, como su mismo nombre lo indica, son terrenos cedidos por el Gobierno chino á los europeos para que en ellos puedan vivir, regirse y gobernarse segun sus leyes y costumbres. El Emperador de China no ha dejado de ser propietario de esta pequeñísima parte de su imperio; en virtud de un contrato lo ha alquilado mediante una renta nominal á las naciones que lo solicitaron.

Al verse reunidas las tres naciones que así lo hicieron, trataron de establecer un reglamento comun á todas ellas: aceptáronlo la inglesa y americana, pero sin duda el cónsul frances que lo informó, debió encontrar que su personalidad no quedaba á la altura que deseaba, y se introdujeron algunas variantes en el que había de regir para sus compatriotas.

Los principios generales aceptados por todos, son: gobierno interior por un municipio de libre eleccion y la administracion de justicia encomendada á las cónsules; veamos ahora como cada nacion los practica, y hagamos resaltar las variaciones introducidas por la francesa.

En las concesiones inglesa y americana, en lo que pudiéran-

mos llamar política interior, el cónsul se limita á examinar si las decisiones de sus municipios respectivos no violan las cláusulas del tratado de Tientsin. Un consejo, compuesto de un presidente y seis miembros elegidos todos los años por los residentes en ellas, es quien representa su gobierno interior, quien distribuye y recauda las contribuciones, se encarga de la construccion y conservacion de las obras públicas, *nombra* y paga el personal necesario para atender, ya á las oficinas, ya al órden público; en fin, tiene cuanta autoridad pueden los republicanos federales desear en un municipio. Todos los gastos son de su cuenta, sus gobiernos no abonan absolutamente nada para ellos.

Comparemos la organizacion del municipio frances. El cuerpo municipal se compone del cónsul de Francia y ocho concejales, elegidos por una asamblea electoral, de cuyos miembros el cónsul da la lista. El mismo cónsul es quien preside esta asamblea, quien convoca el consejo municipal, y si le parece lo disuelve. El Consejo delibera sobre aquellos puntos que el cónsul somete á discusion, pero sus determinaciones no son válidas si no las firma el cónsul, quien puede negarse á ello. En este caso, y en el de la disolucion del municipio, da parte á su ministro en Pekin. Los empleados necesarios al servicio municipal, son propuestos al cónsul por el Consejo, y aquel es quien los nombra y los suspende.

El cónsul por sí y ante sí nombra, cambia y suspende los agentes del cuerpo de policía colocados única y exclusivamente á sus órdenes. No se crea por esto que es el Gobierno frances quien abona los gastos; en esta cuestion no ha querido mezclarse en las atribuciones del municipio que es quien debe sufragarlos todos absolutamente.

En cuanto á la administracion de justicia no hay variacion entre ellos. Cada cónsul, tenga ó no terrenos concedidos, es quien juzga en primera instancia á los súbditos de sus naciones respectivas. De las cuestiones y causas habidas entre europeos y chinos, entiende un tribunal mixto, compuesto del cónsul perteneciente á la nacion del europeo y el sadtai ó gobernador de la ciudad china.

Solamente los súbditos pertenecientes á potencias signata-

sias de tratados con China, tienen derecho á poseer fincas en las concesiones, y excepcionalmente en un radio de algunas millas, pero esto no impide que los chinos se hayan hecho los dueños de mas de las cuatro quintas partes de los terrenos destinados á ser vendidos. Siempre encuentran algun europeo que compra una propiedad á su nombre, mediante una retribucion y un contrato privado entre el supuesto comprador y el verdadero. Contrato que no tiene fuerza alguna, si como algunas veces ha sucedido al que da su nombre reclama la propiedad del inmueble que para un chino comprara. Pero este caso es raro; tienen monopolizado este cómodo y lucrativo negocio entre los portugueses y manilos, que sin duda cumplen honradamente sus compromisos, pues no hay reclamacion alguna en este sentido, y los propietarios chinos en las concesiones aumentan de dia en dia.

La poblacion de Shanghai, no contando la ciudad china, es de ciento diez mil almas. De las cuales unos tres mil europeos y el resto de súbditos del Celeste Imperio, que al habitar entre nosotros, dejan de estar bajo el gobierno de su nacion y dependen de las autoridades de las concesiones en que habitan.

A pesar de este crecido número de habitantes, un centenar de agentes de policía, sin fuerza ninguna de ejército que los apoye, bastan para mantener el orden más perfecto y dar la seguridad más completa á los pocos blancos que entre tanta gente de color vive.

¿Débese esta paz á la dulzura del carácter chino, ó al argumento del palo sin cesar empleado por los conservadores del orden? Pregunta es esta un poco difícil de responder. El chino es por sí pacífico, ó mejor dicho cobarde: cuando se desborda, comete excesos sin cuento; pero no se logra fácilmente, á menos de exasperarle mucho, hacerle salir de su estado habitual. Por otra parte, las poblaciones de los puertos están aterrorizadas ante nosotros, y particularmente ante nuestros policías que sacuden bestialmente á todo coolí que en su presencia se permite lo más mínimo, y muchas veces tambien le pega por el solo crimen de pasar al alcance de su garrote, distinguiéndose los de origen frances por su brutalidad y ensañamiento con las pobres víctimas. Citaré un hecho de los muchos que

he presenciado, para dar una idea de como se conducen. Era el entierro de un personaje chino que debía pasar á una hora dada por determinadas calles de la concesion francesa, en las que se habían colocado algunos policías para mantener libre la circulacion, y evitar los barullos consiguientes á las grandes aglomeraciones de gente. Prohibíase el paso de carruajes y shin-ri-sha en direccion contraria á la que el entierro traia. Bastante ántes de que éste pensara en asomar por el extremo de la larga calle de los Consulados acertó á desembocar en ella un desgraciado shin-ri-sha. Vióle el policía y sin hacerle indicacion ni advertencia de ningun género, descargó un terrible palo en la cabeza del pobre conductor, que cayó exánime á sus piés, y con él la persona que dentro del carruaje iba (1).

El comercio, bastante considerable en las concesiones inglesa y americana, está hoy completamente decaido en la francesa. Durante mes y medio que allí he estado, no he visto ondear el pabellon mercante frances, más que en los mástiles de los vapores de las Mensajerías, que con el hélice casi fuera del agua, por falta de flete, entran y salen regularmente dos veces al mes. ¿Débese esto al genio comercial de los ingleses, cuyas autoridades han venido llamadas por su comercio ó al modo de ser de Francia que ha mandado las autoridades para que estos llamen el comercio? Los consulados ingleses se establecen cuando las necesidades de un gran número de sus súbditos así lo exigen; los franceses se fundan para llamar á su derredor á los súbditos de su nacion y tratar de fomentar un comercio que casi nunca consiguen desarrollar.

El Shanghai de hoy no es el de otros tiempos; todavía puede formarse una idea de lo que ha sido; bien pronto ni esto será posible y apénas se contarán casas europeas establecidas en esta ciudad. El Gobierno y el pueblo chino van poco á

---

(1) Tengo un verdadero placer en hacer constar, que habiendo más tarde tenido ocasion de contar este hecho al Sr. Semaire, que desempeña actualmente el Consulado General de Francia en Shanghai, me manifestó que, tanto él como los miembros del Consejo municipal, no perdonaban medio alguno para tratar de evitar estos abusos; sancionados hasta entónces por la costumbre, ó por sus predecesores.

poco acaparando la industria y sobre todo el comercio que hasta ahora venían haciendo las colosales fortunas de cierto número de casas europeas. El telégrafo que con Europa la une señaló el principio de su decadencia al transmitir su primera palabra: la civilización de la China pudo haberlas salvado; el paso hácia atrás dado, al consentir la destrucción del ferrocarril, construido después de vencer tantas dificultades, y al que otras faltas han seguido, han venido á precipitar esta población europea hácia su ruina, en cuya totalidad bien pronto la hemos de ver, si no mienten los indicios que vamos presenciando y las deducciones que de ellos se pueden sacar. Para su mejor apreciación conviene conocer la historia de su vida, bastante accidentada é interesante á pesar de no contar aún cuarenta años de existencia. Por ella veremos cómo al principio vence todo género de dificultades y sale más floreciente de cada victoria que en sus luchas obtiene; luego veremos el principio de su decadencia que va de día en día aumentando, y cómo se va relacionando con la disminución de la influencia de Europa en China.

Por el tratado de Nanking, firmado en 1842, se abrió este puerto á los extranjeros. Su mal clima, lo pantanoso de su terreno, la falta de piedra y el poco comercio, hicieron creer en los primeros años que nunca llegaría á tener gérmenes de vida propios. Gracias al comercio de la seda, que repentinamente tomó un vuelo inesperado, no desapareció ántes de ser conocida. Al crecer su importancia, Francia y los Estados Unidos se apresuran á demandar á su vez concesiones de terreno, que son inmediatamente acordadas; y unidas las tres naciones consiguen hacer de un pantano infecto una de las más bellas y sanas ciudades de este imperio.

Apénas empezado á desarrollar su comercio y todavía no completamente vencidos los inconvenientes del clima, estalla la rebelión de los Tápings de que hablo en mi primera carta; aprovechándose de los desórdenes y del desbarajuste que reinaba, una banda de insurrectos se apodera de la ciudad china en la que se mantiene más de un año y pone sitio á las concesiones que se salvan por la enérgica actitud de sus habitantes.

Huyendo de las devastaciones de los rebeldes y buscando la seguridad de sus vidas y haciendas, vienen por primera vez las familias chinas á vivir entre nosotros, que retornan de nuevo á sus hogares cuando los insurrectos se retiran; pero volviendo éstos á atacar, empiezan los chinos á refugiarse nuevamente en las concesiones y por último la toma y destruccion de Juchas determinan la irrupcion de millares de familias en nuestro territorio. La poblacion de las concesiones hasta entónces casi insignificante, aumenta súbitamente hasta cerca de quinientas mil almas. La propiedad en ellas adquiere un valor inmenso; se improvisan sin número de barracones para dar asilo á los fugitivos, que pagan á precios locos el alquiler de insignificantes casas de madera. Todo el mundo (entre los europeos) se hace propietario y edifica, el que no tiene dinero lo toma prestado; establece un agio con los terrenos, en que todos trafican y hacen inmensas fortunas, aumentando considerablemente, como es natural, el lujo de los millonarios de la víspera, tanto más ostentoso cuanto más improvisado era.

Llegan los bandidos llamados rebeldes á atacar de nuevo las concesiones, acampan á una milla no más del centro de ellas (donde hoy está el campo de carreras), las embestidas se renuevan sin cesar, defiéndense los europeos con sin igual valor aumentado sin duda por el espectáculo de la devastacion y ruina de los pueblos inmediatos, cuyas casas quemadas les mostraban cuál sería su suerte si llegaban á ser vencidos.

Cuatro años duró este estado de cosas, hasta que varios aventureros europeos y americanos poniéndose al frente de las tropas leales al Emperador las disciplinan y conducen á la victoria, no sin que tuvieran algunos reveses; hasta que por último Gordon, caminando de triunfo en triunfo pacifica completamente el imperio.

Los europeos creían que sería eterna la prosperidad en que iban sus negocios, pues los chinos, habituados á vivir entre ellos donde encontraban trabajo y seguridad, no volverían á sus hogares. Bien pronto se convencieron de lo contrario. Con la noticia de la toma de Juchas empezaron á disminuir las

ganancias fabulosas y en ménos de un año la poblacion quedó reducida al número de habitantes que hoy tiene, contándose entre los emigrantes todas las familias de alguna posicion que ansiosas de ver sus bienes regresaban á sus hogares.

Como consecuencia de esta desercion general, baja inmediata de precios en la propiedad y una fuerte crisis de la que no sin trabajo salió adelante la poblacion.

El comercio con Europa vuelve á darle nueva vida, pero vida tambien un poco ficticia por el modo en que se hace. Las comunicaciones con China no eran entónces tan frecuentes como ahora; los barcos que llegaban consignados á casas inglesas, traían á la par que las mercancías, los precios corrientes de los mercados de Inglaterra, fundándose en conjeturas sobre el alza ó la baja que allí pudiera tener tal ó cual artículo; los comerciantes compraban ó vendían aquellos que á su juicio podían convenirlos. De hacer este juego materialmente á hacerlo nominal, no hay más que un paso, y bien lo saben nuestros bolsistas y comerciantes, este paso, siempre se da. Jugóse al principio de buena fe, hasta que algunas casas encargaron á Inglaterra vapores de una marcha extraordinaria, dedicados única y exclusivamente á tomar la correspondencia procedente de Europa en Singapore y llegar á Shanghai con la anticipacion necesaria para que sus dueños tuviesen el tiempo suficiente de hacer sus operaciones con conocimiento de causa y robar, que no otro nombre merece, fortunas á mansalva y sobre seguro.

Vino por fin el telégrafo á poner un término á estas vertiginosas é ilícitas especulaciones, señalando con ello el principio de la decadencia.

Ya no se hacen instantáneamente las fortunas como en otros tiempos, ni se multiplican los capitales como por encanto. El adquirirse una posicion por el comercio cuesta tantos trabajos y sudores como en cualquiera otra parte, y tal vez más.

La primera competencia la encontraron los ingleses en los alemanes, que más sobrios y ménos ambiciosos, les obligaron á disminuir el enorme interes que de sus capitales sacaran. A ámbos hace hoy, en este sentido, la competencia el chino,

mucho ménos ambicioso todavía que los alemanes y con poquisímas necesidades. El europeo venía á China con ánimo de trabajar algunos años y la casi seguridad de un éxito lisonjero; hoy puede tener la seguridad de que á lo sumo conseguirá vivir trabajosamente; y para morir de hambre, válele más quedarse en su patria; que ya lo hace así. El chino vive, y aún ahorra, con el dinero que uno de nosotros no tendría ni aún para atender á sus más apremiantes necesidades. Así se explica que casi todo el comercio haya pasado á sus manos, pues las pocas casas europeas que aún existen viven con mucha dificultad por la falta de compradores que naturalmente acuden allí donde más barato se les vende. De los grandes Bancos que ántes existían, quedan apénas la mitad, y estos, segun personas competentes, no viven más que á la sombra del esplendor pasado.

La apertura de algunos puertos al comercio vino por su parte á contribuir al decaimiento de Shanghai.

Hasta aquí, aunque algunos particulares lo sientan, el resto del mundo no puede ménos de alegrarse de lo ocurrido; cuanto menores sean los beneficios del traficante, tanto más bajos serán los precios de los artículos.

Ahora empiezan las faltas, cuyas funestas consecuencias podría tal vez evitar aún Europa mediante una política especial dejándose de muchas exigencias ridículas, que al negársenos, desprestigian considerablemente la opinion que de nosotros tenían formada; en cambio, cuando fuertes en nuestro derecho se haga una reclamacion, si á su peticion no se accede, debe obtenerse su cumplimiento é imponérseles por la fuerza de las armas; sin amenazas tontas de que ya se rien, á fuerza de no verlas realizadas. Esto no bastaría; pero nos sostendría aún en China bastante más tiempo del que de otra manera hayamos de estar. Opónesenos tambien la astucia y nos hieren con nuestras mismas armas, pero esto ya entra en otro terreno.

Veamos los errores cometidos, las consecuencias que de ellos se siguen y resaltará de sus deducciones que, á ménos de un cambio radical en la política de las naciones, bien pronto habrémos desaparecido de estas tierras.

Con muchas dificultades y no muy aclarado el permiso de este Gobierno se construyó un ferro-carril entre Shanghai y la desembocadura del rio. No estaban con él conformes las preocupaciones del pueblo, que, sin embargo, viajaba en él, ni las miras de los gobernantes. Hubo reclamaciones, dificultades, etc., pero el hecho es, que el ferro-carril estaba en explotación, si bien los dividendos alcanzaban apenas el interés del capital empleado. Viendo los chinos que su oposición no obtenía el resultado que se propusieran, acudieron á la astucia é hicieron proposiciones ventajosas para su compra, que fueron aceptadas, cosa en que no se debió consentir nunca, sabiéndose, como se sabía, que lo adquiriría para destruirlo, como, en efecto, lo hizo en cuanto pasó á ser su propietario, bajo pretexto de trasladarlo á otra parte donde pudiera ser más útil. Esta falta, de poca monta al parecer, es, sin embargo, de gravísimos resultados. Sabíase demasiado que el Gobierno chino se oponía á su construcción; ya construido, debió ser sostenido á toda costa, tanto por el precedente que sentara, como por ser una lucha que Europa y América sostenían contra la China, significando su destrucción ó conservación la derrota ó el triunfo de la civilización y la pérdida de nuestra fuerza moral al hacer el chino por primera vez algo contrario á todos nuestros deseos. Los accionistas debieron quedar contentos, se había hecho un buen negocio; pero no podrán menos de comprender, no las razones políticas que esto al dinero importa poco, pero sí los intereses materiales que con su destrucción han perdido. Si este ferro-carril se hubiera sostenido contra viento y marea, apelando á todos los medios, el Gobierno chino, cansado de lucha, hubiera tenido que aceptarlo. A éste hubieran seguido otros necesariamente más tarde ó más temprano; con las líneas férreas hubiera aumentado el tráfico, con éste la necesidad de dinero, y dada la escasez monetaria de la China, Europa continuaría siendo la dueña de su industria y de su comercio.

Conseguida la desaparición de la línea férrea, este Gobierno dirige sus esfuerzos contra la telegráfica que con Europa une á Shanghai, en cuanto pasa por territorio chino. Rara es la mañana que sus hilos no aparecen cortados en varios puntos,

y muy frecuentes las quejas que el taotai dice recibir de sus gobernados bajo el pretexto de proyectarse la sombra de los alambres sobre las tumbas, sombra que indudablemente es desagradable á los que bajo ellas reposan, que no dejarán de maldecir á sus descendientes por permitir la profanacion del sepulcro de sus mayores.—La cuestion de las tumbas es, en efecto, una dificultad, pero no imposible de vencer, *il y a des accommodements avec le ciel* y en mediando el dinero todo se consigue. El Gobierno es el que no quiere consentir en ello por no convenir así á sus intereses, de cuya pérdida no se podría compensar á los mandarines por mucho que se les diera.

Al ferro-carril han seguido los vapores. Una compañía europea monopolizaba casi ella sola el comercio de cabotaje, con veinte y tantos vapores, á los que no podían hacer competencia las lorchas de vela. Hoy esta línea pertenece á una compañía china que la ha adquirido por un precio bastante elevado. Se tiene como positivo que es el Gobierno quien ha adelantado los fondos, y hay tanto más razon para creerlo así, cuanto que la sociedad primitiva confesaba abiertamente que perdía en el negocio; confesion que nadie ponía en duda. ¿Cuál es el objeto de los chinos al hacer esta compra? Por el momento los barcos siguen navegando, pero mucho me temo que no estén llamados á herirnos con nuestras propias armas, es decir, á abaratar los transportes hasta hacer imposible la competencia europea, quitando así á gran número de extranjeros la posibilidad de hacer este negocio en China y dando ocasion para que se vayan marchando una parte de los que aún aquí quedan.

La barra de Shanghai se va cegando de dia en dia, ya no tiene más que veintidos piés de profundidad á la pleamar, apenas si los vapores-correos pueden pasar metiéndose algunas veces hasta un pié en el fango, y no hay medio de hacerles que permitan funcionar una draga. Bien pronto, si á esto no se pone remedio, tendrán que terminar su travesía en Hong-Kong, á ménos que se decidan á venir sin carga, lo cual no es de creer haga una empresa particular; pero aunque así lo hiciera, no conseguirá más que alargar el plazo. No ha de pasar mucho tiempo sin que sepamos que la barra de Shanghai no es ya

accesible á los buques de alto bordo. Este dia será uno de triunfo para los mandarines y para este imperio, cuyos barcos de poco calado, para poder navegar en los mares que bañan sus costas Norte y Este, serán los únicos que podrán hacer el comercio con Hong-Kong, adonde irán á parar todos los productos de la China, y á éstos, naturalmente, han de seguir los extranjeros que de su tráfico viven; á la gran satisfaccion de los mandarines, que se verán libres de la, para ellos plaga, que ha estado á punto de hacer entrar la China en la corriente de la civilizacion y poner un término á los beneficios que á fuerza de constancia en el robo y la defraudacion adquieren los mandarines de este imperio.

La nacion francesa había pedido y obtenido en otro tiempo el permiso de construir una carretera á un punto cercano á Shanghai. Ultimamente ha querido poner en práctica sus deseos; despues de haber adquirido los terrenos necesarios, se ha visto obligada á desistir de sus proyectos ante la oposicion del taotai, fundada, segun él, en la resistencia del pueblo; pero en el fondo, porque ya se pasó el tiempo en que los chinos nos temían y accedían á todas nuestras peticiones. Ya han visto que se pueden oponer á lo que deseamos sin resultados peligrosos para su nacion, y cuando algun ministro extranjero les amenaza, como por desgracia constantemente sucede, toman á mofa sus palabras y dan pruebas de importarles muy poco el descontento de cualquier potencia, como acaban de demostrarlo á Alemania.

Dejando á un lado las causas que pudieran motivar la menor ruptura, sólo relataré el hecho, como otra falta de nuestra parte. Había el ministro aleman exigido del Tsung-li-Yamen resolviese una cuestion á medida de sus deseos ó de sus instrucciones. Negóse éste, exasperóse aquél, y llegó á amenazar el de Alemania. Continuacion en las negativas, reúnen en Shanghai las cañoneras del nuevo imperio, y apenas ancladas, ven hacer la misma operacion á otras tantas de la nacion china, á muy corta distancia de ellas. Así estuvieron mirándose unos á otros durante más de un mes, hasta que por último el aleman se marcha con licencia sin haber obtenido nada de lo que quería, dejando la legacion encar-

gada á un secretario, y habiendo sentado un malísimo precedente.

Los chinos, ya engreídos de por sí, no pueden ménos de contar este incidente como un triunfo, tanto diplomático como naval; y triunfo ha sido en efecto para los chinos, que deben, primero á su habilidad, y segundo á la fuerza, pues segun ellos, la no ruptura de relaciones tan amenazada no puede atribuirse más que al temor inspirado por sus preparativos bélicos. Los que estamos en el fondo de la cuestion, que no me es lícito revelar aquí, sabemos bien á qué atenernos en este asunto; pero los chinos que lo ignoran, y de desear es lo sigan ignorando, porque sería peor, han crecido en vanidad, y no se dejarán intimidar tan fácilmente en adelante.

Al llegar á este punto recibo noticias de un hecho ocurrido en Shanghai que viene á confirmar cuanto dejo expuesto. Al acordarse las concesiones, se dió naturalmente á las naciones agraciadas la jurisdiccion de la ría en la parte que frente á ellas ocupa. Ya por abuso, ya por otras causas, esta jurisdiccion se ejercía hasta frente la ciudad china, sacando de ello muy buen producto los capitanes de puerto. Quisieron estos extender aún más allá sus dominios, mediaron reclamaciones, y el resultado ha sido, no tan sólo no acordárselo, sino quitarles lo que ilegítimamente venían explotando, y tomar el taotai bajo su jurisdiccion toda la parte de ría comprendida desde la continuacion de la línea de demarcacion de la concesion francesa. No sé el curso que se dará á este asunto, pero estoy seguro de que vendrán á Peking las reclamaciones que sin ningun derecho se pretenden hacer; es más que probable que nos las nieguen: la actitud del taotai indica bien claramente que obra segun instrucciones recibidas de este Gobierno, quien con los tratados en la mano, nos probará la poca razon que tenemos, no tan sólo en pedir lo que primero se quería, sino tambien en exigir la devolucion de derechos que motu proprio nos habíamos abrogado y que legítimamente pertenecen á la China. La falta cometida en Shanghai es irreparable, y la solucion es más que difícil. Si no reclamamos, dirán que con nosotros se puede hacer lo que se quiera; y por otra parte si se exige una satisfaccion al Tsung-li-Yamen, experimentamos

una derrota más, que necesariamente ha de aumentar su fuerza moral, máxime, cuando toda la razón y la justicia están de su parte.

Los chinos han aprovechado bien el tiempo que hasta ahora hemos permanecido entre ellos, en aprender todo lo que puede serles útil; se han servido de nosotros para que les enseñáramos: conseguido su objeto, han despedido á los maestros. El arsenal de Shanghai fué montado por europeos, hoy de mil operarios no cuenta uno solo de la raza blanca, ni aún entre los Directores. Una de las cualidades que el chino posee, es el espíritu de la imitación tan desarrollado que le basta ver ejecutar una cosa una sola vez para no olvidarlo nunca. Como vaya á un taller, no hay cuidado, que bien pronto hará cuanto pueda hacer el más hábil obrero con tal que éste haya trabajado en su presencia. Con la buena condición, al imitar, de no intentar nunca mejorar, sino hacer exactamente igual al modelo. Con la paciencia que les es característica y su sin igual habilidad, bien pronto consiguen hacer cuanto ven; y como han visto lo que podía interesarles, se han apresurado á copiarlo y ejecutarlo. El arsenal está á la altura de los primeros de Europa, y siento en verdad no ser inteligente en la materia, pues creo que una descripción detallada no podría ménos de interesar á todas aquellas personas que siguen atentamente la marcha de las naciones. Sin número de tornos y máquinas, todos de los modelos más recientes, movidos por una fuerza de cuarenta caballos, construyen desde la simple bala de revolver hasta el fusil más complicado. Fundición, fábrica de armas blancas, todo se hace en sus vastísimos talleres bajo la dirección de ingenieros chinos. El último europeo que quedaba se halla en Europa con licencia ilimitada y no es probable vuelva á su puesto.

Los únicos europeos que quedan en China al servicio de este Gobierno son los empleados de la aduana, impuestos por Francia é Inglaterra al firmar la paz de 1860, para tener medio de cobrar la indemnización que de los chinos exigían. Hasta entónces los productos de esta institución habían sido puramente negativos, no porque el dinero no ingresara en sus arcas, si no por fundirse entre las manos de los mandarines

sus administradores. Bajo la gestion de los europeos sus rendimientos alcanzaron proporciones extraordinarias y bien pronto se satisfizo la deuda á las naciones vencedoras. Persuadido este Gobierno de las ventajas que le traían los nuevos administradores, los conservaron en sus puestos á peticion de las potencias, bien á pesar de muchos que veían escaparse una colocacion cómoda y *lucrativa* por la que ofrecían grandes sumas á los que para ellos les pueden nombrar, y ciertamente, si éstos no han aceptado las *ventajosas* proposiciones de los que anhelan ver ente sus manos tan codiciada fuente de recursos debe ser porque las proposiciones no pueden aventajar á los productos que ellos obtienen recibiendo íntegra la cantidad considerable de su recaudacion; que de otro modo tendría que repartirse entre mayor número de personas, y por igual que fuera el reparto, siempre el total á dividir entre ciento, por ejemplo, sería menor que el que hoy se reservan para seis, despues de hacer ingresar una parte en las arcas del Tesoro público, si es que en las desgraciadas algo ingresa por este concepto.

Débase su existencia á lo que se quiera, lo cierto es, que esta institucion ha llegado á formar una carrera especial de grandes ventajas para el individuo que de ella forma parte. En un principio se tomaron estos entre los intérpretes de las legaciones, pero organizado su servicio más tarde, exigen un exámen para el ingreso, que tiene lugar en Lóndres. Entran por la primera categoría disfrutando de 3.000 reales mensuales y con la obligacion de aprender el chino. El ascenso debe ser en escala cerrada, pero el director general de quien todo depende, es más ó ménos complaciente con sus subordinados segun la amabilidad que estos le demuestran. No sé exactamente en este momento los diferentes sueldos que se asignan á cada categoría, pero sí que son muy dignos de tenerse en cuenta, pues varían desde el arriba indicado hasta 12, 15 y 20.000 duros anuales para los directores de los puestos principales. En cuanto al director general, tiene éste cuanto quiere y nadie ha podido averiguar todavía cuáles son sus rentas, pero todos las suponen inmensas. Además de estos enormes sueldos disfrutan de beneficios nada despreciables, como son: tener

derecho cada cinco años á uno de licencia con todo el sueldo y viaje á Europa pagado; casa en llegando á cierta altura, criados etc.

Algunas legaciones creyeron al principio que á la política europea convenía realzar y dar mayor lugar que el que oficialmente les corresponde á estos empleados, que despues de todo, no son más que mercenarios; pero ya se van convenciendo que lo que han hecho ha sido crearse otro enemigo, tanto más desagradable, cuanto que no hay razon ni motivo que las obligue á entenderse con ellos, que aprovechándose de la ignorancia de los chinos, se han ingerido en muchas cuestiones y arrogado atribuciones que causan más de un disgusto; pues si se tratase con ellos, los chinos no confirmarían sus concesiones, en tanto que éstos no fueran de su conveniencia, y además que un ministro que viene á China no lo hace para negociar con un director de Aduanas, persona muy respetable tal vez, pero que el diplomático no está obligado á conocer, y mucho ménos á respetar en este país, donde cuando el aduanero ve un asunto mal, se acoge al pabellon de su nacion respectiva.

Por sí y ante sí han establecido últimamente un servicio postal entre Shangai y Pekin, contentándose, como toda medida, en pasar una circular á las legaciones, anunciando esta determinacion. Por el pronto creíase que era una cosa puramente particular, y todos encontraron en ello una ventaja; pues desde aquel dia podíanse recibir cartas diarias entre Tientsin y Pekin por un precio bastante elevado, es verdad, pero sin necesidad de enviar un correo que especial costaba cinco duros y empleaba veinticuatro horas en este trayecto.

Creyeron los aduaneros sin duda que iban á desaparecer los enviados especiales, que hasta en Europa, donde tan seguros son los correos, llevan los pliegos oficiales. Viendo sus esperanzas defraudadas, han puesto la proa á las estafetas y han conseguido que no lleguen sino con grandes retrasos. Hasta aquí había sido costumbre que el cónsul de la nacion correspondiente ó un delegado suyo entregase en Shanghai en propia mano al capitán del primer barco que para Thientsin saliese, el saco con la correspondencia de oficio, que á su llegadá era recogido por el cónsul de la nacion en este último punto,

quien lo enviaba directamente á Pekin, con bastante celeridad y la seguridad absoluta del secreto. Hoy han prohibido á los vapores de la compañía china, de que más arriba me he ocupado, que tomen absolutamente ni una carta que no venga con el sello de la aduana; y las legaciones tienen que esperar la salida de algun vapor inglés, que van siendo más caros cada dia, para recibir sus pliegos y despachos. Hora es ya que estos señores sean relegados á sus oficinas, y es de creer que no ha de tardarse en ver la necesidad de hacerlo, pues sus exigencias é inmiscuencias van aumentando á pasos agigantados.

Ya en vísperas de salir para Pekin, fuimos á visitar el convento que los jesuitas tienen establecido en Zi-ka-wei, á unas dos millas de las concesiones. No hablaré del edificio ni de su régimen interior, pues quien ha visto uno ha visto todos, encuéntrense en China, en España ó no importa dónde. Sí me ocuparé de sus trajes, de la manera de celebrar la misa y del magnífico observatorio que allí tienen establecido.

A fin de no chocar entre los chinos, vístense completamente á la usanza de este país: incluso la coleta, todo es indígena. Distinguiéndoseles únicamente de aquellos por no ser lampiños y dejarse crecer la barba; hasta ahora encuentro esto muy natural, como tambien el que los ritos de la religion católica los hayan asemejado en cuanto es posible al rito pagano. Por ejemplo: dicen la misa cubiertos, los monaguillos que la ayudan llevan todos el sombrero oficial, porque en China es señal de degradacion hacer descubrir á un inferior ante su superior en momentos solemnes, como lo es el de la celebracion del Santo sacrificio. Pero lo que no comprendo ni encuentro natural, es por qué los jesuitas en particular, y el clero en general, creen que se pueden modificar las leyes de la Iglesia en sentido retrógrado cuando se trata de asimilarse á un pueblo pagano, y en cambio, no consienten en hacer desaparecer algunas cosas que si en otro tiempo en Europa y hoy en China están en su perfecto lugar, no son á los ojos del mundo civilizado más que farsas ridículas que, ante las masas, únicamente al desprestigio de la religion conducen, bastante instruidas para ver lo absurdo de la ceremonia y muy ignorantes aún para comprender que estas cosas no son inherentes á la reli-

gion, y que solamente el clero es quien las ha adoptado.—La cristiana más devota no creería cumplir con su obligación del día festivo si oyera una misa mayor en China, que más á un acto teatral que á uno religioso se parece; y en cambio, el chino católico no dejaría de admirarse si oyera una misa rezada en alguna de las capillas del extranjero, que de la sencillez del gusto protestante se resienten. A cada país y á cada época hay que darle lo suyo; á los chinos la religion los entra por los sentidos, por consiguiente, haláguenseles; pero nosotros somos cristianos por la inteligencia, y con ésta es con quien hay que ponerla de acuerdo. En los actos religiosos los sentidos no nos dicen nada, la razon hace el todo; que no nos presenten un monigote estrafalariamente vestido y nos digan que le adoremos; que nos hagan comprender la existencia de Dios, su Omnipotencia y sus virtudes, y es bien seguro que habrá muchos ménos ateos é incrédulos.

Insensiblemente me he ido extralimitando, pero son observaciones que no he podido ménos de hacer y que mi pluma ha transcrito al recordarlas; aunque no creo haberme salido mucho de mi propósito al establecer la diferencia del mismo culto católico, en sus formas externas entre la China y España.

Pero continuemos con el observatorio, dejando á un lado consideraciones que están en la mente de todos los que leen estas líneas.

El observatorio de Zi-ka-wei, posee una magneto-fotografía, un barómetro, un psicrómetro y un electrómetro atmosférico que hacen sus indicaciones fotográficamente, por medio de los cuáles obtienen las diferentes variaciones del magnetismo terrestre. El barometrógrafo empleado es el del P. Secchi con alguna ligerísima modificación hecha por este Director. El anemómetro es el de Robinson. Por los aparatos mencionados puede comprenderse fácilmente que el género de observaciones que allí se hacen pertenecen principalmente al magnético sin que sean de ménos monta las meteorológicas. Entre estas últimas merecen especial mencion las de los vientos, hechas á la ayuda de dos aparatos que registran su direccion y su velocidad respectivamente, habiendo sido construido allí

mismo el primero de éstas, de extraordinaria sencillez y que no deja nada que desear bajo el punto de vista de la exactitud y de la sensibilidad. Consiste en una veleta, girando con su eje, que prolongado penetra en una habitación inferior donde se le reviste de un cilindro de madera para aumentar su diámetro. Cada veinticuatro horas se coloca sobre este cilindro una hoja de papel dividida por veinticuatro rayas horizontales cuyos espacios indican igual número de horas. Por un mecanismo independiente se hace que un lápiz emplee un día en recorrer de arriba á abajo toda la hoja de papel que envuelve al cilindro, y girando éste en todos sentidos según los impulsos que el viento comunica á la veleta, necesariamente van quedando marcadas todas las direcciones en que ha soplado, y por las divisiones es bien sencillo colegir el tiempo que en cada rumbo se ha sostenido.

En cuanto al aparato para medir la velocidad del viento, que es el anemómetro metereográfico de Secchi, no se puede decir que sus resultados sean completamente exactos á pesar de las modificaciones introducidas por Brarsart, su constructor; pero ántes que aceptar anemómetros de otros autores prefieren llenar el hueco, que el arriba mencionado deja, por el trabajo y la paciencia del observador que, á fuerza de consultar todos los días á cada hora el cuadrante de los kilómetros desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, consigue obtener con exactitud suficiente la velocidad del viento durante diez y ocho horas del día y la de las seis restantes las deduce por la última y la primera de sus observaciones.

Aunque el observatorio de Zi-ka-wei, cuya situación le pone en estado de dar un guía seguro á los marinos que frecuentan estos mares, publica cuadernos mensuales que canjea con todos los observatorios del mundo, los de España no lo habían creído sin duda necesario, ó tal vez ignoraban su existencia, hasta que verificamos nuestra visita, en la que el Ministro de España, al enterarse de esto, se apresuró á pedir y á remitir al Gobierno los cuadernos publicados, y esperamos, en bien de nuestros navegantes, que el cambio haya quedado establecido desde ese día.

Al decir que el convento de los jesuitas se parecía á cualquier otro que en Europa se encuentre, debí haber añadido que hallándose el de Zi-ka-wey situado en China tenían necesariamente que existir en él salas destinadas á todas las artes y oficios que á la vida intelectual y material son necesarios. Allí se imprime, se dora, se pinta, se estampa, y en fin, se ejercen todas las artes, con tan buenos resultados como en la capital más civilizada, por obreros chinos dirigidos por un padre de la órden de San Ignacio, y áun todavía tienen algunas ventajas, debidas á su gran conocimiento de la Europa y de la China, que les permiten elegir entre las herramientas de uno y otro país las que más se adaptan á sus fines. Citaré, entre muchas, la sierra china para trabajos delicados, que consiste en un arco fuertemente tendido por un alambre de cobre, en el que con un punzon se levantan como astillas, que al frotarlas contra la madera la cortan con más precision y seguridad que la más fina de nuestras sierras. En nuestra presencia trazó el padre al lápiz, sobre una tabla, un dibujo caprichoso, que cinco minutos despues, veíamos perfectamente recortado por un aprendiz de 12 años, quien no había hecho más que seguir con su ingeniosa sierra todos los contornos de las líneas, sin que fuesen de ninguna dificultad para su instrumento todas las curvas y rasgos que el dibujante había descrito al azar.

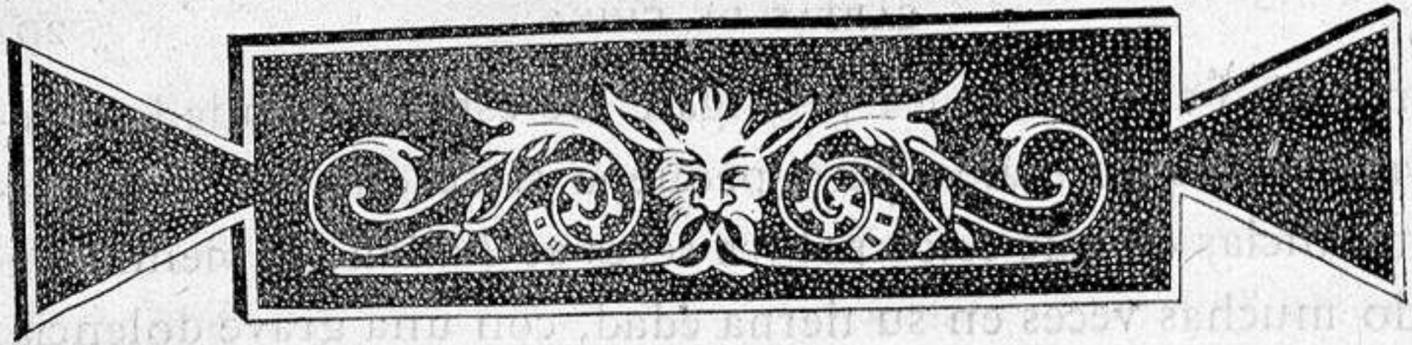
En dicho monasterio se construyen iglesias completas, que desarmadas son transportadas por los canales al punto destinado. Bien entendido que hablo del maderamen, base de todo edificio, principalmente en China, donde las paredes sirven únicamente para revestir y llenar los huecos que aquél deja. Así se explica que los tabiques se derrumben constantemente, sin que nunca les acompañen los tejados en sus caidas, por estar descansando su armadura sobre vigas y no sobre los muros de ladrillos, que á lo sumo tienen un pié ó dos de cimiento en un terreno sumamente movedizo y arenoso.

A un tiro de fusil apénas se halla el asilo donde las hermanas de la Caridad recogen á los niños abandonados por el solo crimen de ser hembras ó de tener algun defecto físico ó enfermedad contagiosa, de los que un cincuenta por ciento mueren el mismo dia, á pesar de los esmerados cuidados que

con piedad evangélica les prodigan. De esta mortandad, excesiva en casos normales, pero pequeña si se atiende á las circunstancias en que estos pobres seres se hallan, habiendo pasado muchas veces en su tierna edad, con una grave dolencia, toda una noche expuestos sin clemencia á la intemperie de un cielo frio ó lluvioso, sacaron pretexto los que en el crimen mediaron, para incitar al pueblo de Tientsin á cometer las matanzas de europeos, llevadas á cabo el año 1870 y de que me ocuparé detenidamente en mi próxima carta.

Además del asilo, está bajo la direccion de las hermanas la educacion de jóvenes adultas, á las que enseñan á hacer primores con la aguja, cuyas labores se ven adornando ya los altares, las imágenes ó las casullas de los sacerdotes.—Infinidad de capillas y oratorios pululan en este recinto, siendo la más notable de las primeras, no por su mérito, pero sí por lo bizarro de su decorado, la capilla china con sus cristales de color, las molduras de sus columnas y el artesonado de su techo que más á un restaurant indígena que á una capilla le asemejan.—Es de un efecto bello y sorprendente el oratorio que aislado en el jardin se encuentra constituido por una especie de kiosko con cristales de colores en su parte superior, debidamente combinados á fin que la luz del dia al pasar á su traves produzca un efecto de luna completo al proyectarse sobre una especie de altar, donde en tamaño pequeño se halla representado Jesucristo en el huerto de Getsemaní en el momento de hacer el ofrecimiento. Nada podrá dar una idea de la poesía y delicadeza que en esta habitacion se encierran. Al quedar toda ella á media luz, resaltan naturalmente las figuras al realce, inundadas por la luz dulce y agradable que tambien á la de la luna imita. Un alma mística no podrá soñar nunca en ver nada que le represente mejor este episodio de la Pasion. El más profano se siente enmudecer ante este cuadro, no sé si por admiracion al arte ó por temor de turbar la oracion del Nazareno, cuya imagen, á pesar de estar al alcance de la mano, parece vislumbrarse á lo léjos rodeado de la aureola divina y brillando en la penumbra como el punto luminoso hácia el que extáticos dirigimos todas nuestras miradas.

E. DEL PEROJO.



## LA PSICOLOGÍA DEL NIÑO

SEGUN TRABAJOS RECIENTES (1).

### I.

Nada prueba mejor los adelantos de la filosofía moderna, que la importancia dada al estudio de los fenómenos más insignificantes y oscuros de la vida moral de los niños. Podemos esperar que no pasará mucho tiempo sin que, gracias á las repetidas experiencias de padres psicólogos bastante observadores, para ir analizando de dia en dia el desarrollo mental de sus hijos, se llegue á formar lo que podría llamarse *la psicología infantil*. Nunca será excesivo el cuidado de animar á este objeto á los padres, y aún á las mismas madres, que son las que mejor pueden recoger y organizar las rápidas manifestaciones de los diversos momentos de la vida de sus hijos.

Esta observacion cotidiana hecha por testigos atentos y cariñosos, es el solo medio que tenemos de penetrar en los secretos de un misterioso desarrollo á que no alcanza el recuerdo personal. En efecto; nada podemos saber por nosotros mis-

(1) Los tres primeros años del niño, por B. Perez, un volúmen en doavo.—Paris, Germer Bailliére, 1878.

mos de lo que sucede en el alma durante los dos ó tres primeros años de nuestra existencia. La conciencia no puede remontarse á su origen ; una vez formada, le es imposible recordar la manera que tuvo de formarse ; esta imposibilidad resulta por otra parte de muchas causas ; en primer lugar los fenómenos morales de la infancia, aunque de conciencia, no lo son aún lo bastante para dejar huella duradera en la memoria ; además estos fenómenos varían diariamente de tal manera en este período de formación y de crisis, en que las facultades se van organizando, que se borran y oscurecen unos á otros, constituyen como una sucesión de capas, y son, si así puede decirse, una serie de palimpsestos superpuestos. Cuando la conciencia ha llegado al máximo de su desarrollo, no puede descender á la base y fundamento de su vida moral. Solamente en el exterior, apoderándose de los primeros destellos de sensibilidad é inteligencia, en el momento en que se producen y se manifiestan por gritos, señales, gestos y movimientos, es cuando acierta el psicólogo á darse cuenta del trabajo latente que hace un hombre de un irracional.

En cuanto al interés de este estudio, es manifiesto. Basta ser padre para tener gusto en él y concederle una atención apasionada ; pero aparte del encanto que la curiosidad puede encontrar en ver crecer lo que llama el poeta «una frágil manifestación del alma,» ¿quién no comprende el provecho que la pedagogía debe esperar en el resultado de estas pesquisas? Si se puede decir con Bacon que no se triunfa de la naturaleza física sino á condición de conocerla y obedecerla, cuánto más exacto y esencial es esto todavía, tratándose de la naturaleza moral, el famoso axioma: *¡Natura non nisi parendo, vincitur!*

Desde hace tiempo se ha dicho que es necesario dar por base á la educación una psicología del niño. Pero casi siempre esta psicología se ha reducido á tender rápidamente una ojeada sobre las cualidades y defectos de la infancia, para tomar un partido en el interminable debate de la perversidad y el bien original de nuestras inclinaciones ; no se penetraba en los detalles ; se descuidaban las observaciones minuciosas. Y, sin embargo, los detalles y las minuciosidades es lo que im-

porta. ¡Qué influencia deben ejercer sobre los sistemas pedagógicos observaciones, como por ejemplo, las que establecen que al cabo de cinco ó seis minutos en los niños pequeños, y de treinta ó cuarenta y cinco en los de más edad, la atención se cansa y desaparezca, que en los más adultos la potencia de la atención varíe con las estaciones del año, las horas del día, los días de la semana, y hasta con el intervalo que media entre el trabajo y las comidas! Y no es solamente á los cinco ó diez años cuando el pedagogo necesita estudiar al niño; desde la cuna debe sorprender los vagos estremecimientos del alma que nace. La educación no es en su fondo más que el arte reflexivo, interviniendo á su tiempo en los instintos naturales, para gobernarlos y conducirlos á su fin. ¿Cómo acertar en este trabajo sin conocer las necesidades del niño para satisfacerlas, sus inclinaciones para excitarlas, el límite de sus fuerzas para conformarse á él, en una palabra, si no se toma ántes en lo vivo el sistema de la naturaleza, á fin de modelar sobre él el método artificial de la pedagogía?

Mayor es la importancia de este conocimiento psicológico del niño, considerado bajo el punto de vista de las dificultades que está llamado á vencer en la enseñanza. ¿Cómo adquirir el dominio necesario sobre un ser tan voluble y caprichoso como el niño, sin saber á qué principio de acción obedece espontáneamente? ¿cómo manejar sin destrozarla esa pequeña y delicada máquina sin analizar primero su organismo?

Por otra parte, no es sólo la pedagogía en sus aplicaciones prácticas, es la psicología entera la que tiene mucho que esperar del estudio de la infancia. ¿Cuántos vanos sistemas filosóficos no hubieran existido si sus autores hubiesen estudiado los estados del alma en los primeros meses de la vida? En esas perpetuas discusiones sobre el origen de las ideas, la distinción del alma y el cuerpo, la oposición de la razón y la experiencia, la parte de herencia y de adquisiciones personales, la psicología infantil, si no una solución decisiva, sienta por lo ménos preciosas averiguaciones.

De todos modos, el hombre únicamente tendrá verdadero conocimiento de sí mismo, cuando remontándose al origen de

su existencia, examine por medio de tanteos la lenta progresion por que han debido pasar sus facultades hasta hallarse en completa posesion de sí mismas.

Por estas razones debemos congratularnos de los esfuerzos hechos para lograr el dominio aún tan inexplorado de la infancia, sobre todo cuando estos esfuerzos tienden á un objeto notable, como el ensayo publicado sobre este asunto por don Bernardo Perez con el título de *Los tres primeros años del niño*. Esta obra abraza el asunto en toda su complejidad. El autor aprovecha las observaciones de Taine y de Darwin (1) pero añade á estos datos multitud de reflexiones propias, y la parte de experiencias personales es considerable. El método es excelente; el libro se ve á cada página que está escrito como debe estarlo toda obra de su género, al lado de una cuna ó mejor dicho, rodeado de cunas. Por otra parte, no es sólo en los niños donde el autor ha hecho sus observaciones. Tratándose de ese hombre que empieza á existir, que tiene tanta semejanza con el animal organizado, hay que tomar de los irracionales observaciones comparativas. El Sr. Perez no descuida este punto; tiene una serie de gatos muy queridos que aparecen continuamente en el libro, y sin dar aridez al asunto juegan un principal papel en la obra.

Por último, aunque los filósofos modernos no tratan de adquirir alabanzas por su estilo, nos permitiremos indicar que la viveza de éste y la claridad de la exposicion contribuirán al éxito del trabajo del Sr. Perez. Al tratar del niño y al estudiar sus facultades, aún tan delicadas, no perjudica el emplear ciertos matices de estilo, así como para pintar esa edad no sería desagradable adornar la descripcion con un lenguaje poético. Todo esto lo tiene en cuenta el Sr. Perez, y su libro, en que abundan trozos amenos, ha de ser leído con gusto, aún por aquellos que sólo encuentran solaz en la parte anecdótica del asunto.

Los niños de que habla el Sr. Perez, y cuyos actos refiere,

---

(1) Véase en la *Revue philosophique* (primer año, núm. 1) el artículo de M. Taine sobre la *Aclepcisition du langage*, y en el *Mund* (Julio 1877) el estudio de Mr. Darwin *Esquisse biographique d'un petit enfant*.

tienen, sin embargo, un defecto, y es el ser pequeños prodigios que presentan, con una extraordinaria precocidad, facultades cuyo desarrollo es generalmente más tardío.

Tales, por ejemplo, el hijó del filósofo alemán Tiedemann (el que fué despues un eminente fisiólogo), el cual á los trece dias daba señales de ideas adquiridas, y al mes trataba de producir algunos sonidos.

Ejemplo de esto es tambien la niña de quien dice el Sr. Perez, que á los tres meses miraba con alegría las láminas. «La encontraba ansiosa, dice, de los colores más brillantes. Colocaba delante de ella grabados de todas clases, empezando por presentarle los de tintas más débiles. Al verlos se sobresaltaba, lanzaba gozosas exclamaciones y tendía las manos hácia adelante. Pero su alegría se trocaba en exaltacion cuando ponía ante sus ojos los de colores más fuertes; los tocaba, los empujaba con sus manos inquietas, los llevaba á la boca, los contemplaba extasiada... Otras veces la presentaba dos pinturas una de colores muy vivos; *entónces miraba con placer áun la de colores sombríos*. Podría objetarse á estas y otras varias relaciones; pero poco importa la cuestión de datos; lo que interesa es el órden de sucesion en el desarrollo de las facultades (1). Hay tal diferencia en la precocidad de los niños, que nada importa decir: Este empezó á sonreirse á los cuarenta y cinco dias, tal otro á los tres meses. Sin embargo, áun en la parte de datos, multiplicando las experiencias en muchos niños podría tomarse un término medio que conviene conocer.

Pero esto tiene otra importancia; la observacion de la época á que se produce la sonrisa nos suministra uno de los datos que indican en general la manera de realizarse los fenómenos mentales en el recién nacido. Con efecto, no sólo necesitamos

---

(1) Esto es lo que hace notar tambien en un reciente trabajo sobre el asunto que nos ocupa un escritor inglés, Mr. F. Pollock, Children differ so much in forwardness that the time of particular acquisitions seems of little importance as compared with their order. Véase en el *Mind* (número de Julio de 1878, pág. 392) el artículo titulado *An infants progress in language*. El autor, dejando á un lado las demas cuestiones de la psicología del niño, se contenta con anotar de dia en dia desde la edad de doce meses hasta los dos años los progresos del vocabulario de un niño.

una cronología psicológica más ó menos exacta, sino verdaderos análisis morales, y bajo este punto de vista vamos á examinar las pesquisas del Sr. Perez.

## II.

No se reflexiona lo bastante las dificultades que presenta al niño el desenvolvimiento de las percepciones sensibles más elementales. Estamos de tal manera acostumbrados á usar de nuestros ojos, nuestras manos y los diversos órganos de nuestra sensación con la mayor facilidad, que no puede ocurrírse-nos que haya costado al niño mucho tiempo y trabajo el ajustarlos á sus funciones naturales. Los actos más fáciles y sencillos en la edad adulta son otras tantas lentas y laboriosas conquistas de la infancia. Sería, pues, necesario un gran interés para seguir en el recién nacido la adquisición diaria de los sentidos, y deploramos que el Sr. Perez no haya consagrado un estudio especial á la organización progresiva y adaptación de aquellos que como la vista y el oído contribuyen más á la formación del espíritu. Es tal vez la mayor omisión de su libro, el no considerar los sentidos bajo el punto de vista de las impresiones gratas ó desagradables que acompañan á sus modificaciones. Después de algunos capítulos reservados á la sensibilidad, propiamente dicho (placer y pena) y á la motricidad en todas sus formas, en el capítulo VI, nos introduce en el estudio de la conciencia y la atención. No cita las percepciones sensibles, y sin embargo, la psicología contemporánea que el Sr. Perez consulta frecuentemente, debió suministrarle numerosos y útiles datos.

Por lo ménos, estudia con gran cuidado la naturaleza de las primeras emociones sensibles, y sabe perfectamente lo que satisface ó no al niño. De todas las impresiones agradables y desagradables, las que más pronto se manifiestan, y que necesitan el menor trabajo de educación, son las del gusto y las del tacto: las primeras, porque corresponden á la necesidad

más perentoria del niño, la nutrición; las segundas, no trata de ellas el Sr. Perez, considerando sin duda que al nacer encuentran ya ocasión de expresarlas. Al contrario, las de la vista y el oído, las cuales necesitan para su ejercicio la presencia de la luz y el aire.

Nada más fácil de comprender que el tiránico dominio ejercido sobre el niño para la necesidad de la alimentación; al cabo de algunos meses sus facultades nacientes se equilibran, se hacen contrapeso; pero al principio el niño no es más que un pequeño monomaniaco en quien todo se reduce á la única acción de la lactancia, y que se duerme cuando su estómago está satisfecho. Su primera afición es la del gastrónomo. ¿Es por la satisfacción de su apetito por lo que se acostumbra á conocer con agrado, primero el seno y sucesivamente las manos, el rostro, la voz, los ojos, la sonrisa, las caricias, la persona entera de su nodriza? No es solamente en los locos, sino también en los niños, donde se pueden estudiar los caracteres de una idea fija.

Falta saber si la primera impresión que el niño experimenta es de placer ó de dolor; en su libro del placer y el dolor, M. Bouiller afirma, por razones metafísicas sobre todo, que el placer precede, aunque en un breve instante, á la aparición del dolor. Al sentar que este orden de sucesión es la ley necesaria de la sensibilidad, hay que tener en cuenta que esto no determina la naturaleza de la primera impresión de recién nacido. La cuestión está incluida en la vida intra-uterina, y el niño no necesita venir á la vida para gozar ó padecer, para sentir un vago bienestar ó pequeñísimos dolores.

El Sr. Perez ha observado, como todo el mundo, en los niños más pequeños impresiones táctiles desagradables que les hacen conmovirse, gritar, agitar los brazos, hacer gestos, llevarse instintivamente las manos á la cabeza. Y en cambio pretende no haber encontrado placeres táctiles en los niños de ménos de diez meses. La observación es justa; pero el autor no da la razón de esta diferencia aparente. De que las impresiones agradables producidas por el dulce calor del seno, por el contacto de una túnica blanda y suave, ó de una mano acariciadora dejen de manifestarse en el niño, no se puede deducir

la falta de ellas; tal vez la expresion es lo único de que carecen. El dolor encuentra manera de expresarse mejor que el placer, y es bien fácil de explicarse esta prioridad.

La expresion del dolor es una expresion de necesidad, porque el dolor, anormal aunque frecuente, proviene de una perturbacion de las funciones, compromete la vida, ó por lo ménos la salud, y por consiguiente reclama auxilio. El placer, por el contrario, en cuanto corresponde á un estado sano de los órganos, y á un desenvolvimiento regular de las funciones, no tiende con la misma energía á comunicarse al exterior, no hay dificultad en que siga latente, y su expresion es (si así puede decirse) una expresion de lujo, sin la cual puede pasar el niño durante algun tiempo.

Cuando se quiere estudiar la naturaleza de estos séres, es preciso no contentarse con observar; hace falta experimentar, es decir, colocarlos en situaciones nuevas que exciten los sentimientos de su alma naciente, hay que recurrir sin temor á una porcion de artificios. Darwin es el modelo en este género, relata, por ejemplo, que para darse cuenta de las manifestaciones del temor en uno de sus hijos, produjo muy cerca de él multitud de ruidos fuertes y extraños que el niño estaba acostumbrado á oír por juego; pero un dia, añade, me puse á roncar estrepitosamente á su lado, el niño mostróse grave, concluyendo por llorar. En otra ocasion el mismo autor empezó á andar de espaldas y su hijo experimentó la misma emocion. Por medios semejantes, variando las circunstancias, multiplicando los casos, es como el Sr. Perez sigue y caracteriza por algunos de sus rasgos, los estados de la sensibilidad infantil; el temor, causado frecuentemente por la aparicion de un objeto nuevo y que no se distingue aún claramente de la extrañeza y la sorpresa; la envidia, que se observa desde la edad de siete meses; la cólera, más precoz aún; la curiosidad, que hace que á los ocho meses se interese el niño por los objetos relacionados con el hambre y la golosina; por último, la simpatía y antipatía, que en la infancia no sólo tiene por objeto las personas y los animales, sino aún las cosas inanimadas. Las disciplinas y el paño de lavarles, son sus enemigos personales. Es imposible distinguir en estas diversas manifestacio-

nes lo innato de lo hereditario; mas no por esto es ménos interesante el determinar de qué modo la naturaleza las desenvuelve poco á poco. Las primeras simpatías del niño, por ejemplo, son para las personas que le procuran un placer sensible. Tengo delante un niño de tres meses que no sonríe voluntariamente sino á su nodriza y á su niñera: á una porque le recuerda las dulces impresiones de la lactancia, á la otra porque le mece suavemente. La costumbre, la familiaridad, influyen tambien en el desenvolvimiento de las afecciones nacientes de una sensibilidad que se espanta de todo lo nuevo y lo desconocido. Más adelante, cuando á los sentidos del gusto y del tacto se añaden los de la vista y del oído, la simpatía determinada por nuevas sensaciones agradables, recaerá sobre los objetos coloreados ó sonoros, sobre los animales, por ejemplo, que por la gracia de sus movimientos y por sus gritos, presenten al niño ocasion de ejercer nuevas facultades. La simpatía infantil sigue paso á paso las manifestaciones sucesivas del placer sensible. Al cabo de algun tiempo el niño llegará á comparar instintivamente las impresiones recibidas y tendrá sus preferencias. El Sr. Perez cita un ejemplo palpable. Un niño de doce meses que volvía á casa de sus padres despues de un mes de ausencia, vió indiferente un gato, á quien él conocía, refregarse con su vestido, apénas reparó en un perro que estaba viendo todos los dias en el patio, con el cual había jugado muchas veces, y cuyo nombre estaba continuamente repitiendo; tardó diez minutos en familiarizarse con ellos; mas apénas vió á una anciana sirvienta colocarse á su lado, ántes que le llamara por su nombre le tendió los brazos dando saltos de gozo. En este caso se ve evidentemente sobresalir ahogando todo apetito sensible, la simpatía natural del hombre con el hombre (1).

Despues de las observaciones sobre la sensibilidad, trata el

---

(1) Nada hemos notado en los niños de algunos meses que justifique la afirmacion de Mr. Darwin. «Dos de mis hijos, dice, se han reido desde los cuarenta y cinco ó cuarenta y seis dias y era, sobretudo, al mirar á su madre cuando sonreían. Estaban, pues, probablemente excitados *por alguna causa intelectual.*» El niño de dos meses no tiene aún nada de intelectual, está completamente dominado por las impresiones sensibles.

Sr. Perez de la nutricidad instintiva y voluntaria; no nos detendremos en esta parte. Solamente diremos que en la primera serie de estos fenómenos, los movimientos automáticos y reflexivos, el diario del autor es incompleto como él mismo lo confiesa al decir: «El asunto es nuevo y lo indico á los observadores serios.» Añadiremos, sin desanimar por esto á aquellos á quienes se refieren las anteriores palabras, que esas acciones instintivas ofrecen ménos interes que otras al psicólogo, porque no reconocen generalmente más causa que las funciones orgánicas, pues la conciencia, cuando existe, tiene aún poquísimos desarrollo. En cuanto al artículo titulado *La ino-tricidad voluntaria*, no podemos ménos de sentir vivamente que el Sr. Perez, saliéndose de su objeto, se ponga á discutir y á resolver negativamente la cuestion de libre albedrío del hombre.

Algunas reflexiones sobre los sentimientos que impulsan al niño serían más del caso en este lugar de la obra, que esas largas citas de Mrs. Vulpian Luys y Spencer, «el Aristóteles moderno,» llamados á sentar que la voluntad no es otra cosa que «el funcionamiento de los elementos cerebrales.» Por lo ménos, se nos concederá que hay alguna diferencia entre los actos deliberados que ofrece en el hombre la apariencia de la libertad y los elementos irreflexivos, aunque de conciencia, de la sensibilidad en la infancia. Los hechos invocados por el Sr. Perez, la cólera, las contorsiones, las resistencias violentas que acompañan frecuentemente en los niños algunos de los actos más ordinarios de su vida, como el lavarles, colocarles en la cuna, son cosas distintas de las determinaciones calculadas de la voluntad humana. Sería conveniente estudiar estas diferencias, á fin de no sacar de su propósito el debate del libre albedrío. Un observador de la naturaleza infantil perdería bien pronto todo su crédito, si dejase ver que sus experiencias estaban hechas bajo el dominio de una teoría preconcebida de la naturaleza humana, y que sólo reunía los hechos para transformarlos en armas de combate en pro ó en contra del materialismo.

## III.

No tratamos de criticar al Sr. Perez, ántes bien le alabamos por haber distribuido sus observaciones y experiencias, segun los antiguos cuadros clásicos de las facultades del alma, respetando una division que ofrece toda la exactitud permitida en el asunto. Este órden de exposicion tiene sólo un grave inconveniente, el de obligar al autor á buscar en el niño la representacion de todas las facultades de la edad adulta. Se ha creido bien que el infante tiene más inteligencia que la supuesta generalmente, que es un hombre en embrion, y que con frecuencia nos daría la más alta idea de su espíritu, si no estuviese vendido por la imperfeccion de sus medios para expresarse: no es ménos indudable para nosotros, que ciertas acciones intelectuales adelantan en desarrollo á la funcion fisiológica correspondiente, que la atencion y el sentido moral, por ejemplo, no existen en él, á ménos que no se tomen las imágenes como realidades. Muy contraria es la opinion del Sr. Perez: segun él, los progresos que se verifican en el hombre desde sus primeros años, no consisten en introducir en el alma nuevas potencias; es solamente desarrollarse las ya organizadas en la primera edad, y para emplear sus mismas palabras «entre las facultades del niño y las del hombre adulto, la diferencia no es cualitativa, sino cuantitativa.»

Léase el tan interesante capítulo consagrado á este objeto, y se verá que la pretendida atencion del niño, es únicamente la sombra de la verdadera atencion. En los ejemplos á que el citado autor ha recurrido, la atencion está confundida sucesivamente con una necesidad imperiosa, como la del niño que mira con fijeza el seno de su nodriza, con una viva sensacion, como la del infante que al mes es capaz de seguir durante tres ó cuatro minutos el reflejo de la luz sobre un cuadro colocado cerca de una ventana, con la movilidad de impresiones como la de la niña descrita por él, «siempre atenta á todo lo que pasa

á su alrededor, á cualquier clase de sonido, al más leve ruido producido en la habitacion.» En estas circunstancias en que el niño da pruebas de atencion, «el sujeto que observa, (el mismo Sr. Perez lo confiesa) más bien que á sí, pertenece al objeto observado.» ¿No es precisamente el elegir, para encontrar el rasgo comun á todos los estados de atencion, lo que caracteriza los estados contrarios? El espíritu atento es dueño de sí mismo; le dirige, se fija, se muda como quiere. Léjos de ser una sensacion dominante ó una condescendencia del alma á las múltiples impresiones que recibe, la atencion consiste en dominarse para seguir preferentemente la idea de una impresion haciendo caso omiso de las demas; no es el resultado la consecuencia de una excitacion exterior; es un esfuerzo interno. En cuanto á la «costumbre de atencion pronta, voluble, á capricho, es decir, insuficientemente concedida á cada cosa» peculiar en efecto y propio de la infancia, hallamos la antítesis de la atencion.

Es suficiente enseñar á leer á un niño, para convencerse de que aun á los cuatro ó cinco años, su sér tan inquieto, es incapaz de atencion y de cómo se producen en él los estados que la asemejan; colocadle en un jardin con su abecedario: allí, entre las diversas sensaciones que revolotean á su alrededor, sería casi imposible fijar su espíritu; interrumpirá sin cesar su deletreo con toda clase de exclamaciones.—«Mira una mariposa que pasa, un pájaro que vuela.»—Llevadle, por el contrario, á una habitacion un poco oscura y sombría, donde las sensaciones sensibles sean raras; cuidad de que no vea otra cosa que su silabario, y le hareis repetir dócilmente su leccion; pero aun así no se habrá obtenido un pensamiento verdaderamente atento, haciendo esfuerzos por seguir una direccion dada, no tendreis más que un sér pasivo mantenido á fuerza de artificios y miramientos, bajo el dominio de una sola impresion, la de una sílaba que se le hace repetir, y que olvidará inmediatamente atraído por otra sensacion nueva. Exteriormente por su inmovilidad, por la fijeza de su mirada, el niño que oye un ruido extraño, que ve con placer un objeto brillante ó coloreado puede parecer un hombre atento; pero esa fijeza misma en que le coloca una impresion única, extraña de las

demás, no tiene de atención otra cosa que la apariencia.

En las comparaciones que los filósofos de la escuela de Darwin hacen entre el hombre y los animales, se ve fácilmente una doble tendencia que deja comprender la intención y el objeto: por un lado se aprecian desventajosamente las facultades del hombre, se vacían de su contenido esencial las nociones que las representan; y por otra parte se transfiguran y exaltan los más insignificantes hechos de la vida de los animales, y se interpretan con una admiración lisongera algunas de sus acciones; de manera que gracias á este movimiento contrario que rebaja al hombre al mismo tiempo que eleva al animal, el intervalo de esas dos formas de existencias disminuye extraordinariamente; el límite se estrecha, y el paso de una á otra se facilita. Este es algunas veces el procedimiento empleado por el Sr. Perez en las comparaciones que continuamente establece entre las facultades del niño y las del hombre. Así sucede especialmente en el sentido moral que el autor no titubea en atribuir al niño; áun diríase que teme no concederle bastante; hacer demasiado corta la medida colocando en la edad de seis ó siete meses la expresión de las distinciones morales. La noción objetiva del bien y del mal *apénas se justifica* hasta los seis ó siete meses. El mismo Darwin, tan generoso con los niños, como con los animales, declara no haber observado el sentido moral en su hijo hasta los trece meses; pero no nos importa una diferencia de algunos meses, pues estamos convencidos de que ni á los dos ni tres años, ni áun mucho después, el niño está en estado de discernir el bien y el mal. Para creerlo capaz de moralidad, hay que aceptar una definición inexacta del sentido moral, una definición, que debilita y atenúa el alcance de la inteligencia, y una interpretación ilusoria de ciertos actos de la vida infantil. ¿Cuáles son los hechos citados por Darwin, y por su émulo el Sr. Perez? Doddy, á los trece meses, pareció sensible á las reprensiones de su padre cuando le llamaba «*Malo.*» A los dos años y cinco meses se hallaba un día comiendo azúcar, lo que sabía que le estaba prohibido; su padre le encontró al salir del comedor, y observó en su actitud una afectación extraña; yo creo (dice Darwin) que esa manifestación debe atribuirse á la lucha en-

tre el placer de la gula y un principio de remordimiento. Los ejemplos citados por el Sr. Perez, son de la misma índole. Una criatura de once meses obedecía á su padre cuando le decía con voz bronca: «Cállate;» no puede andar solo, pero su padre consigue que dé algunos pasos hácia él mostrándole medio melocoton. Hace falta una gran voluntad para llamar morales á acciones en que sólo se manifiesta el deseo de una satisfaccion sensible, el temor á un daño, unido con el recuerdo de tal ó cual acto; á lo más, la distincion entre las caricias y las amenazas paternales. La reunion de las ideas y la memoria ayudada por una sensibilidad consciente del placer y el dolor, son más que suficientes para explicar la obediencia relativa que se obtiene del niño, y no creemos «que éste posee el sentido moral cuando obedece por miedo ó por costumbre.»

No es que yo pretenda negar la importancia de esas primeras impresiones sensibles, útiles para la adquisicion futura de distinciones morales. El gran artífice de la naturaleza, procede por bosquejos sucesivos; pero no debemos intentar ir más deprisa que él, suprimir las transiciones, confundir la preparacion con la obra, el preludio con la melodía.

Esto es lo que hace el Sr. Perez al conceder á la infancia la facultad de abstraer y generalizar. Indudablemente reconoce que las abstracciones del niño no son las del matemático que exige cierto esfuerzo intelectual; pero esto no basta; hay que reconocer que la palabra *abstraccion* no conviene de ningun modo á este análisis real y natural que no es la percepcion, recorriendo sucesivamente las diversas partes de los objetos. En el sistema del Sr. Perez, contra todas las opiniones más generales, es la abstraccion el principio del trabajo del espíritu. «Hay primeras percepciones, divididas, aisladas, que hemos considerado como las primeras abstractas, se unen poco á poco las secundarias cuya mision da por resultado las primeras concretas.» Puede decirse que la nocion concreta de un individuo es una síntesis que se forma progresivamente por el conjunto de partículas luminosas y coloreadas con trozos de forma y de color, pero esto no es una razon para emplear impropriamente la palabra *abstraccion* aplicada á representaciones sensibles.

que no se hallan paralelas ni divididas, sino por la imperfeccion de los sentidos para abarcar el objeto completamente.

Es cierto que el Sr. Perez no concede al niño la abstraccion relativa sino para negar al hombre la absoluta. Segun él somos incapaces de concebir la idea pura independientemente de toda imágen sensible. Esta afirmacion sería ménos extraña si el autor no pretendiera establecer, en contradiccion con Mr. Taine y Mr. Max Müller, que la palabra no es necesaria para formar ideas abstractas y generales (1); cuestiones delicadas y sutiles que muestran más que ninguna otra la necesidad de remontarse la psicología general á sus orígenes, por la atenta observacion del niño y el desarrollo y primeras manifestaciones de la inteligencia. Sin entrar en el fondo del asunto advertiremos al Sr. Perez que comete un error al decir: «Está desde hace tiempo establecido que el lenguaje es una funcion necesaria para la fijacion y aún para la generalizacion de las ideas.» En contra de este parecer, que él considera como universalmente acreditado, está conforme, sin saberlo, con un gran número de filósofos, principalmente con Hamilton. Sobre todo, haremos notar que hay grandes inconvenientes para confundir la tendencia á generalizar que se observa en el niño con ocasion de los nombres que oye pronunciar, tendencia que necesita ó no palabras para realizarse segun existe ántes ó despues de la adquisicion del lenguaje y la potencia reflexiva de usar abstracciones que ostenta el sabio experimentado en los ejercicios del espíritu. Indudablemente concedemos que no hay una real y absoluta diferencia entre las facultades psicológicas que la adquisicion de la palabra separa. El lenguaje expresa más frecuentemente una degradacion sucesiva que diferencias cortadas.

Ni aún hay separacion radical entre el pensamiento abstracto y el concreto en este sentido; la percepcion individual supone un cierto número de abstracciones anteriores, y por otra

---

(1) Hacemos notar á este propósito, que de todas las partes de la obra, la ménos original y en la que se limita á contradecir experiencias anteriores, especialmente de Mr. Taine es la parte más antigua del asunto; la adquisicion de la palabra por el niño.

parte á la abstraccion más elevada se mezclan siempre algunas representaciones sensibles, aunque no sea más que la palabra que la expresa. Mas las voces son exactas en lo que expresan, si no en categorías bien diversas, cuando ménos por los estados diferentes del alma. Así aunque la idea se halle siempre mezclada con percepciones sensibles y concepciones abstractas, podemos representar su desarrollo por una recta en uno de cuyos extremos se halla en su máximum la conexión y la abstraccion en su mínimum, y viceversa en el opuesto. Sería por consiguiente un grave error psicológico el confundir tales extremos, y el autor de *Los tres primeros años del niño* no siempre escapa de esta temible confusión.

La parte más laudable de la obra, son los capítulos concernientes á la memoria, la asociación de las ideas y la imaginación. Es donde el autor explora el dominio inusitado de las facultades pueriles, de aquellas en que el niño se iguala rápidamente con el hombre, y donde se le puede conceder mucho sin caer en error. «La memoria es una facultad pronta, enérgica y tenaz, aún en el principio de la vida. Se encuentra en los niños la misma clase de asociaciones que en el hombre adulto.» La imaginación representativa se ejerce desde los primeros momentos. De la existencia, «como creadora en sus dos formas de manía constructiva y destructiva.» Estas razones son indudables, y para probarlas emplea el Sr. Perez un conjunto de hechos muy bien observados y perfectamente descritos. Tan sólo le recusaremos el no explicar suficientemente lo que tienen de característico al desarrollarse en el niño las facultades comunes á todas las edades. Lo que sobre todo nos ha admirado en los casos que hemos tenido ocasión de observar, ha sido, juntamente con su notable aptitud de repetir lo que han visto ú oído, su imposibilidad de fijar exactamente el tiempo y el espacio de los recuerdos que conservan. El hecho se halla grabado en el espíritu, pero las circunstancias se han borrado; lo cual prueba que el niño tiene más inteligencia y facultad representativa, que verdadera memoria. La memoria supone, en efecto, una apreciación exacta de la duración, y de ella es incapaz el niño, porque exige coordinar los recuerdos. ¿Quién no ha oído á niños de dos ó tres años contar, como

hechos verificados ayer, sucesos que tuvieron lugar muchos meses ántes?

El que ha almorzado, á las pocas horas quiere ya comer, no porque tenga hambre, sino porque carece de nocion precisa del tiempo transcurrido. La imaginacion de la infancia ofrece todos los caractéres de un sueño incoherente que la atencion no puede dominar. Algunas veces me ha extrañado la facilidad con que se hace divagar á un niño, por poco que se llame su atencion. Tambien hay que notar que confunde muy frecuentemente, y con la mejor fe del mundo, lo que le forja su imaginacion, con lo que verdaderamente ha percibido, á semejanza del hombre medio dormido que toma aún sus sueños como realidades. La asociacion de ideas, ó mejor dicho, la asociacion de todos los fenómenos que se verifican en la conciencia del niño, tienen en la primera edad su fisonomía propia. Quiero creer, como trata de probar el Sr. Perez en un ingenioso análisis, que el niño establece sus asociaciones segun las relaciones de continuidad, de semejanza, de calidad, etc.

Mas en lo que nunca se fijará demasiado la atencion, es en que las asociaciones casuales, accidentales y superficiales, dominan la imaginacion del niño. Confunde por su singularidad la inteligencia del observador. Yo he visto una criatura de dos años que al enseñarle las láminas de un libro de historia natural, reconocía por sus nombres un gran número de animales; pero viendo á un loro que ostentaba profusion de colores, le llamaba siempre «mamá:» al principio nos llamó la atencion esta singularidad; pero comprendimos al fin que el niño hallaba semejanza entre las brillantes tintas del plumaje del ave americana, y los trajes de su madre y de las señoras en general, siendo esa la causa de tan extraña idea. El espíritu del infante obedece ya, sin duda, á las sublimes leyes de la naturaleza intelectual; pero además de que posee pocos conocimientos y es incapaz de reflexion, se puede decir que su misma inferioridad en carácter de asociacion y de imaginacion, proviene de que el tiempo no ha verificado aún en él esa eleccion natural que descarta poco á poco las imágenes indiferentes y las relaciones frívolas, para dejar únicamente subsistir las percepciones útiles y las conexiones sólidas.

## IV.

Se habrá notado que en los párrafos anteriores nos hemos abstenido voluntariamente de dar explicaciones sobre los fenómenos de la vida de los niños. El Sr. Perez no tiene esta reserva, las mezcla, tal vez indiscretamente, en la exposicion de los hechos de hipótesis absoluta. Abusa de la psicología y de la teoría de la evolucion. No es que rechazemos las observaciones de este género, que tienen despues su lugar fijo en una teoría determinada de la naturaleza humana; pero semejantes cuestiones merecen ser tratadas aparte y con el esmero debido; no basta indicarlás incidentalmente en medio de las mil anécdotas que la existencia de los niños sugiere á su biografía.

Además, las explicaciones del Sr. Perez tienen una tendencia simplemente mecánica, y excluyen toda idea de causa final. Tódo se verifica para él por una evolucion, por una fatal transformacion. De aquí resulta, que el autor considere preferentemente en el recién nacido los aspectos dolorosos. Estas son las partes sombrías del cuadro que presenta; con un pesimismo amargo habla del principio de la vida del hombre. « Todos los sentidos del niño, dice, reciben, una sobre otra, impresiones insólitas y de choque. » La criatura al nacer es ciega y sorda. La accion deslumbradora de la luz, hiere su ojos con impresiones indistintas pero que hieren. El torbellino de las ondas sonoras, afecta su oido con rudas vibraciones. ¿ Hay que extrañar que este brusco dominio de la naturaleza exterior determine en el niño esos gritos lastimeros, esos vagidos penosos que el poeta tan enérgicamente ha pintado? El niño al nacer, como el marinero arrojado á la playa por el furor de las olas, cae á tierra desnudo y completamente desprovisto de recursos de vida (1). Estas son exageraciones convenidas que la

---

(1) Lucrece. De Nat. rerum. J. V. 222.

realidad desmiente. No, el hombre no cae desnudo, ni desnudo la tierra le recibe; encuentra inmediatamente para su reposo y alimento, el seno de su madre, con dulce calor y suave y blando contacto, y así la naturaleza le auxilia desde su nacimiento. Por otra parte, las primeras percepciones no tienen esa pretendida rudeza, es por transmisiones graduadas, y con un admirable régimen, como la naturaleza conduce á la completa posesion de la vista y el oido, á ese sér sordo y ciego que comienza á existir. Si la pintura del Sr. Perez tuviera exactitud, sería verdaderamente un prodigio el que de tantas criaturas como nacen, puedan la mayor parte vencer las dificultades acumuladas á su paso, cuando sólo un corto número caen vencidos por el trabajo del desarrollo de sus órganos sensibles. Jamás, ni valiéndose de ningun medio, se logrará explicar por la sola evolucion mecánica la adaptacion maravillosa del débil organismo del niño, al medio en que vive, y la filosofía necesitará siempre tener en cuenta innumerables hechos que en los primeros tiempos de la vida del hombre, atestiguan una naturaleza próbida, de continuo presente y agitada.

Dicho esto, confesamos que en muchos puntos estamos conformes con las conclusiones del Sr. Perez Nada más verdadero que la idea capital de su obra, esto es, que los fenómenos morales, cualquiera que estos sean, ántes de adquirir su forma definitiva, son por largo tiempo ensayados, bosquejados en la vida anterior del individuo; que tanto en el niño como en el hombre nada le hace de repente, por milagro de la naturaleza. Así, pues, nada más justo que las teorías del autor sobre la parte que conviene hacer en el desenvolvimiento de las facultades del niño, respecto á lo hereditario ó lo que es lo mismo, á lo innato. Es un problema muy delicado, que consiste en distinguir en el niño las transmisiones hereditarias, y las adquisiciones personales. Yo me he hecho frecuentemente esta pregunta, lleno de curiosidad, viéndome frente á una criatura, esfinge misteriosa, sin conciencia de observacion y cuyos hermosos ojos parados, desconcertaban con su expresion de asombro mis laboriosas inducciones. Yo recordaba que tal accion, por largo tiempo oculta en el receptáculo de las facultades virtuales, salía á luz momentáneamente desper-

tada por la presentación fortuita de ciertas circunstancias favorables, y me preguntaba si no habría que devolver al instinto y la herencia, aquello que mis observaciones me daban el derecho de atribuir á la consecuencia y á la expresión personal...»

Aunque el autor considera el problema con delicadeza en el párrafo ántes citado, opinamos que lo resuelve excesivamente en el sentido de la doctrina de evolución. Considera con frecuencia como resultados hereditarios de la vida específica de la humanidad, hechos que son más bien el producto lento de esfuerzos del individuo.

No es de los detalles menos curiosos de la hipótesis transformadora, el que los partidarios de la filosofía antigua se ven obligados á defender en su contra los derechos de la experiencia personal tan sacrificada por los darwinistas en aras de la de generaciones anteriores. Para los discípulos del absoluto darwinismo, todo es reminiscencia en la naturaleza humana; según ellos, el niño nada descubre, nada inventa: no hace otra cosa que recordar, desde el primer día, es lo que le hace ser el trabajo y la evolución de los siglos. No necesita más esfuerzo para hacerse hombre, para poner en juego facultades, que no son otra cosa sino potencias dormidas de actos realizados ya por multitud de generaciones anteriores, que el que emplea un charlatan en relatar una historia que está cansado de repetir. En resumen; los darwinistas olvidan que á pesar de la transmisión hereditaria de los instintos, perpetuamente cada individuo que nace necesita rehacerlo, empezarlo todo, y que la vida no es una serie de recuerdos fáciles y sencillos, sino una sucesión de adquisiciones laboriosas y de conquistas personales. La herencia nos transmite no un alma hecha y desarrollada, sino un germen que se desenvuelve por medio del tiempo, del trabajo y de la reflexión: en una palabra, no hace falta que la evolución del espacio nos robe ó nos oculte la evolución individual.

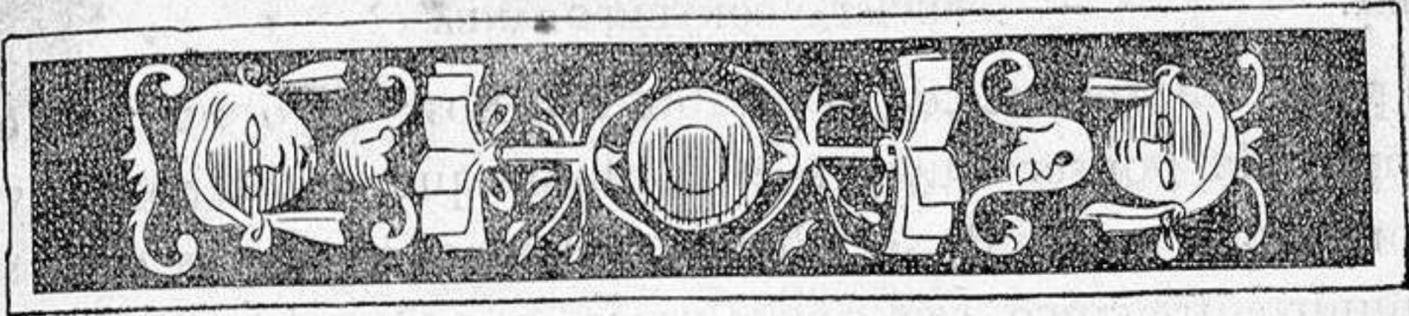
Tal vez el no tener en cuenta lo bastante esta última, hace al Sr. Perez exagerar algunas veces la capacidad intelectual del niño, como si el largo trabajo de la experiencia propia en la infancia y la juventud, fuese inútil y no adquirido. Negamos

que al primer impulso, conservando el recuerdo de vidas anteriores, sea ya todo lo que puede y debe ser; pero, por otra parte, no dudamos en conocer que las facultades del niño tienen más semejanza que lo que generalmente se cree con la del hombre. Con menos decisión y seguridad disponen de los mismos medios que conservarán toda su vida. Así el niño razona, pero á su manera. Del mismo modo que no todos los alimentos sirven para su estómago delicado, susceptible sólo de digerir la leche, así tampoco todas las razones son propias para la inteligencia del niño de tres años. Siente ya la necesidad de darse razón de las cosas, de buscar el principio y el fin; pero para estas explicaciones se satisface con las primeras ideas que acuden á su mente.

Como quiera que sea, bajo muchos puntos de vista, el niño está más próximo al hombre que lo que éste se figura. Siempre que les examinemos de cerca, como en toda ocasión que se estudien con detenimiento las acciones de los animales, será para disminuir la relación mejor que para aumentarla; se reconocerá que los niños piensan más que aquello que pueden decir, porque aún les falta la expresión, y que entre su inteligencia y la del hombre, frecuentemente no hay más intervalo que «un debilísimo muro.»

G. COMPAYRÉ.





## EL FETICHISMO

---

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN WESTMINSTER

POR EL PROFESOR

F. MAX MÜLLER.

---

DISCURSO PRIMERO.

(Continuacion.)



URANTE mucho tiempo túvose por argumento invencible y fortísimo á favor de la escasa capacidad mental de ciertos salvajes, el serles imposible contar más allá del tres, cuatro ó cinco. Para responder á lo cual necesitamos primero un autor (1) concienzudo que testifique el fenómeno á que nos referimos; y cuando ya no queden dudas sobre la verdadera existencia del hecho, haremos las oportunas distinciones. Puede ser que haya tribus en las que todo lo que exceda de cinco, todo lo que pase de los dedos de la mano se amontone en uno y se comprenda y

---

(1) Hablando de los dahomeyanos Mr. Burton (*Memoirs of the Anthropological Society*, I, 314), dice: «Manoseando perpetuamente las cáscaras, aprenden todos á contar.» Encontrándose luégo entre los Jorubas, en un todo semejantes á los Dahomeyanos, les decía: «No sabeis multiplicar nueve por nueve,» creyendo ellos que les insultaba con las frases de: «Sois unos estúpidos.»

exprese únicamente con la palabra muchos; pero nos parece imposible, por ser muy graves las dudas que nos asaltan, haya hombres, á ménos de ser idiotas, que sean incapaces de distinguir entre cinco, seis ó siete vacas, por ejemplo.

Mas hagamos un poco historia sobre la ausencia de numerales fuera del dos ó tres, y examinemos la cuestion con atencion. Algunos, por ejemplo, han dicho que los Abipones (1) no usan ni poseen número alguno ulterior al *tres*. ¿Mas es esto cierto, ó es lo más bien que expresan el *cuatro*, diciendo, *tres más uno*? En cuyo caso léjos de ser el hecho testimonio de poco alcance intelectual, hay que juzgarlo como demostrativo de mayor facultad de analizar que si dijeran expresamente *cuatro*, á saber, con una palabra aplicable á ambas manos y piés, ó á los ojos y oídos. En cuanto á los salvajes que expresan el *cuatro*, diciendo, *dos-dos*, jamás caerían en la tentacion de considerar como juicio sintético *à priori* la proposicion «dos y dos son cuatro;» sino que con sólo fijarse un poco la primera vez que digan «dos y dos son dos-dos,» caerán luégo en la cuenta de haber simplemente enunciado un juicio sintético.

Conviene no ser precipitados queriendo defender la superioridad intelectual de las razas á que pertenecemos. Hay escritores de mucha nombradía que buscan la etimología de la palabra usada en lengua arya para decir *cuatro* en una voz del Sanscrit muy semejante al *quatuor* latino, y es la de *ka-turt*, palabra, al parecer, compuesta de *tres*, ó sea, *tar*, precedida de *ka*, que equivale á la enclítica latina *que*; lo cual, á ser cierto, indicaría que tambien en Sanscrit se concebía el cuatro como formado por *uno* mas *tres*. Además, conviene recordar que si ciertas tribus africanas expresan el *siete*, ya diciendo *cinco* mas *dos*, ya *seis* mas *uno* (2), no es esto razon ninguna para que se las coloque entre los séres más degradados y abyectos, pues están ahí los franceses, que á pesar de marchar á la cabeza de la civilizacion y progreso europeos, no dicen *noventa*, sino *quatre-vingt-dix*, y de los romanos sabe-

(1) Dobrizhofer, *Historia de Abiponibus*, 1874.

(2) Winterbottom, *Account of the Native Africans in the Neighbourhood of Sierra Leone*. Lóndres, 1863, pág. 230.

mos que expresan el número *diezinueve* con las palabras *un-deviginti* (1).

Si no queremos, pues, que se nos mida con medida falsa, hemos de procurar medir á los demas con medida verdadera: nada más perjudicial que juzgar ántes de haber comprendido el asunto de que se trata.

Otro de los cargos dirigidos generalmente contra los negros es la carencia de historia. Apénas si cuentan los dias del año, cuánto ménos han de contar los años de la vida; llegando á tal punto su exageracion sobre el particular, que muchas tribus de negros creen un dislate obrar de otro modo, por considerarlo como prueba de poca confianza en Dios. Siendo á los salvajes completamente desconocida la escritura, natural es se hallen faltos de todo lo que expresamos con el nombre de historia, fenómeno que estoy muy léjos de excusar, por que siempre fuí de opinion que la completa negligencia y poco deseo de conocer así lo pasado como lo futuro es indicio de ocupar el pueblo, que de tal enfermedad adolece, muy bajo lugar en la escala del progreso; mas en honor de la verdad, debe decirse que no todos los negros son acreedores á tan severa censura.

Hay entre ellos muchísimos que conservan en su memoria los hechos y nombres de sus padres y abuelos, y lo que es aún más admirable, dada su completa ignorancia de la escritura, transmiten á las generaciones que les siguen, íntegra y sin variar, la historia de las tradiciones patrias recibidas de los mayores.

Las siguientes observaciones entresacadas de un escrito del Rev. S. J. Whitmee arrojan datos curiosos sobre la cuestion de que tratamos:

«Los encargados de guardar entre los negros de la Polinesia el depósito de las tradiciones nacionales pertenecen por lo

---

(1) Quien desee hallar más ejemplos sobre el modo con que las palabras ocho y nueve salen de diez *ménos* uno ó dos, los encontrará en la tabla comparativa que acerca de los numerales hemos puesto al fin de nuestra obra «Ensayo sobre las lenguas turanias».—Véase también á Moseley en su libro *On the Inhabitants of the Admiralty Islands*, pág. 13, y á Matthews, *Hidatsa Grammar*, pág. 118.

comun á un escaso número de familias, cuyo deber es conservar intacto, y transmitirlo de generacion en generacion, el conjunto de mitos y cantos nacionales confiados á su custodia, sin que haya personas más dignas de respeto y honor entre los negros que aquellos á quienes incumbe la expresada mision. Los hijos mayores de las familias en que es hereditario tal cargo son los llamados á recoger, conservar y transmitir á sus descendientes con todo cuidado y exactitud lo que á su vez recibieron de otros, siendo muy de notar que más bien que carga ó comision fastidiosa, todos juzgan la obligacion de guardar tales mitos y cantos como privilegio extremadamente honorífico é inapreciable por su inmenso valor.

»Fácil es vislumbrar por lo expuesto lo dificultoso que será fijar la tradicion mediante la escritura, dificultad que ha crecido desde que, temerosos de que sus misterios vean la luz pública si los europeos residentes en las islas los comprenden, no los explican sino muy de tarde en tarde y con muy escasas palabras. Es más; se sabe positivamente que no pocas veces han alterado los custodios de la tradicion la narracion de sus misterios, con el propósito de desorientar á los oyentes, de lo que pueden testificar varios misioneros y extranjeros habitantes en la Polinesia, que habiendo mostrado gran interes por conocer los mitos de los negros, fueron engañados del modo que queda dicho. Solamente una persona profundamente conocedora de la lengua de los indígenas, íntimamente relacionada con ellos, muy versada en las costumbres de los negros, y que merezca además toda su confianza, podrá recabar que le confíen una version verdadera y exacta, todo, por supuesto, despues de promesas firmísimas y solemnes hechas á los custodios de tan inestimables tesoros, de que jamás se ha de divulgar en las islas punto alguno de los que fueren revelados.

»A pesar de tan numerosas contradicciones, abrigamos firmísima esperanza de que, gracias á la laboriosidad de algunos misioneros y otras personas amantes de la ciencia, á cuyos sudores se debe una larga coleccion de mitos y cantos nacionales que sabemos existe ya, podremos ántes de mucho recoger los datos necesarios para formar una mitología comparada de la Polinesia.

»Casi todas estas leyendas y canciones están concebidas en formas arcaicas, no ménos en cuanto á idiomas que en cuanto á palabras, y de aquí el ser incomprensibles á casi todos los que componen la generacion actual.

»Merece ser conocido el método por los indígenas empleado para asegurarse de que la transmision de las leyendas y cantos es legítima y está hecha con todo cuidado. En no pocas islas existen conservados en dos formas, esto es, en *prosa* y *verso* todas las historias principales; item más, cuantas encierran algun valor. La prosa ofrece las narraciones en estilo vulgar y sencillo; la poesía en verso que guarda por lo comun rima perfecta. Esta última forma se mira siempre como norma y correccion de las conservadas en el simple y más variable lenguaje vulgar. Y como sea de suyo tan fácil añadir y quitar á los cuentos en prosa, de aquí el que no se los tenga por genuinos, y que cada particular conserve con preferencia las narraciones en verso, con lo cual queda al momento conocida y desechada cualquier omision ó interpelacion que en dicha forma se intentare introducir. Con esto queda evidentemente demostrado el hecho de haber los indígenas de la Polinesia reconocido la forma poética, no sólo como medio de que las ideas en él expuestas queden más firmemente grabadas en la memoria que las contadas en prosa, sino tambien como el más á propósito para asegurarse de que la transmision de los mitos se hace de una manera fiel y genuina» (1).

Nuestra particular manera de pensar acerca de la historia es totalmente distinta. No cabe duda alguna que el retener en la memoria los nombres de todos los reyes de Egipto y Babilonia, el saber sin un punto la época de las batallas libradas por ellos, el poder repetir los ministros que tuvieron y las mujeres ó concubinas con quienes vivieron es cosa de gran lucimiento en un exámen ó en unas oposiciones; pero que tales hechos sean prueba de verdadera cultura, francamente, lo decimos, ignoramos con qué razones pudiera probarse. Nadie tachará á Sócrates de salvaje, y, sin embargo, es muy posible, y para nos-

---

(1) Estas palabras derraman nueva y abundante luz sobre la literatura buddista, en la que hallamos todos los mitos contados dos veces, una en metro, Gáthâ, y otra en prosa.

otros probable, que no pudiera repetir los nombres de sus arcontas y las épocas de sus respectivos gobiernos, cuanto más las de los reyes de Egipto y Babilonia. Cuanto más consideremos el modo con que en el día se escribe la historia, con mayor conocimiento de causa podremos apreciar los sentimientos de los que no son de parecer haberse de recordar las matanzas que unas á otras se causan las tribus enemigas, ó las fiestas celebradas con ocasion de los regios casamientos, para beneficio de las generaciones futuras. De nosotros sabemos decir, que mientras más lo meditamos, más claramente hallamos ser el valor de la historia inferior, y con mucho, á lo que nos habíamos figurado.

Supongamos que lord Beaconsfiel, Mr. Gladstone y el príncipe Gortshakoff se pusieran á escribir la historia de los últimos cien años, ¿qué opinion concibirían las generaciones venideras de lo que escribieran? ¿Qué juicio formarían nuestros descendientes sobre nuestros tiempos al verlos descritos por hombres que presenciaron los sucesos, que tuvieron la mejor ocasion de tratar á los que en ellos intervinieron, de medir su talla política y científica, por haber no pocos militado en las filas de los bandos capitaneados por los jefes citados? Aún mejores hechos concretos, las atrocidades cometidas en Bulgaria por ejemplo, han de escribirse de dos modos distintos, si son dos los testigos de vista que los han de referir. ¿Y no nos causará admiracion despues de esto, que toda una nacion, la antigua Judea digo, tuviese en nada la historia, en el sentido ordinario de la palabra, y en vez de cargar las memorias con nombres y épocas de reyes, reinas y batallas, prefiriese tener presente el recuerdo de los que fueron reyes en el reino del pensamiento y libraron grandes y decisivas batallas por la conquista de la verdad?

Fácilmente se ha supuesto á todos los salvajes como muy deficientes en punto á principios morales. Muy léjos de nosotros el concebir al salvaje segun Rousseau lo imaginaba, y negar, por lo tanto, que nuestra vida social y política sea un progreso si se la considera comparada con la existencia nómada y eremítica, digámoslo así, de las tribus africanas ó americanas; mas sin género ninguno de duda afirmamos que una y otra fase de

la vida necesita ser considerada y juzgada por sí misma. Es cierto, muy cierto, que los salvajes adolecen de ciertas faltas que les son exclusivas; pero también no lo es menos que poseen muchas virtudes que les son peculiares. Si el negro pudiera escribir contra el blanco, ¡cuántos crímenes de los que nosotros imputamos al primero veríamos más claro que la luz del día poderse también achacar al segundo!

La verdad es que la moralidad del negro y del blanco no pueden ponerse en parangón, por no poder considerarse las dos bajo un mismo punto de vista. Pongamos sino algunos ejemplos.

Si nosotros consideramos una acción desordenada, ellos la juzgan con criterio contrario: ahí está si no la poligamia, detestada y condenada por las naciones cultas, al paso que los judíos y mahometanos la toleran, los salvajes la tienen por cosa honrosa, y hay autores que, discurriendo acerca del estado actual de su sociedad, defienden que obran bien al hacerlo así. Los colonos europeos que viven entre los salvajes nunca son de éstos considerados como modelos de virtud; por el contrario, no hay cosa más difícil para los indígenas que entrar por las miras y modos de vivir de los europeos. Ese afán, esa inquietud de adquirir y poseer que á todos nos devora, y que es fruto de nuestra insaciable pasión por las comodidades, aparece ante el entendimiento de los salvajes, que sólo están por una vida apacible y sin cuidados, como misterio inexplicable. Cuentan que un jefe de indios dijo en cierta ocasión á un europeo: «¡Ah, hermano! obrando así jamás llegareis á conocer cuán grande felicidad es la de no hacer nada ni pensar en nada: después de esto, dormir, que es lo más delicioso. Así debemos vivir antes de nuestro nacimiento, y eso tendrá que ser nuestra vida después de la muerte» (1).

En las islas Taiti se pusieron á aprender á tejer varias jóvenes, y á poco abandonaron los telares diciendo: «¿Por qué hemos de trabajar? ¿No tenemos nosotras todos los árboles del pan y todos los cocoteros que necesitamos? Trabajad, si queréis, vosotros, que sois los que necesitáis lonas para vuestros

---

(1) F. Schultze, *Fetischismus*, p. 48.

navíos y excelentes vestidos con que cubriros, que nosotras estamos muy contentas con nuestras escasas necesidades» (1). Y poco, ó por mejor decir nada, es lo que tienen de europeos; pero tienen, en cambio, una filosofía digna, según unos, de censura, según otros, de elogio, y en realidad tan profunda cual no pueden imaginar seres de los que nosotros llamamos simplemente salvajes.

Una de las mayores diferencias que existen entre muchos de los llamados salvajes y nosotros, es la poca prevision y escasas providencias que toman con relacion á la vida, circunstancia que no debe, á la verdad, causarnos gran admiracion en vista de los pocos lazos que ligan con la vida al salvaje. La muerte sería para una mujer ó un esclavo de no pocos países del África ó de la Australia un arbitrio feliz, si pudieran convencerse de que la vida futura no ha de ser repetición de la presente. Los salvajes aludidos pueden compararse á los niños; miran la vida y la muerte como viaje de un punto á otro, y cual suelen los ancianos anhelar por residir en los puntos donde con más amigos cuentan, así ellos marchan tranquilos á la tumba en que tantos yacen, y aún consideran acto de piedad filial que los hijos maten á sus padres, cuando la vida les es ingrata y pesada. A ménos que tengamos todo lo expuesto por meros cuentos, no podremos formarnos juicio acertado sobre la religion de las tribus salvajes.

Lo que producía en los tiempos de De Brosses mayor admiracion, era el que los negros no diesen indicio alguno de poseer moral ó religion, aún cuando ésta fuese el culto de los árboles ó las piedras. Hoy día, sin embargo, se juzga muy de otro modo, gracias á los grandes trabajos de los misioneros que han gastado su vida en país de los salvajes, que han aprendido las difíciles lenguas que allí se hablan, que han ganado la confianza de los neófitos, y á haberles en general hecho justicia al apreciar las buenas cualidades de carácter de los mismos, por más que en algunos puntos abunden las apreciaciones de los misioneros en los prejuicios que á su clase son peculiares.

---

(1) F. Schultze, *Fetischismus*, pág. 49.

Podemos, sin género alguno de duda, afirmar, como resultado de las investigaciones hechas hasta el día, no haberse hallado sér humano en todos los países del mundo que carezca absolutamente de lo que nosotros entendemos por religion, ó que no tenga por forma de religion la general, la más indispensable, esto es, la creencia en un algo que traspasa á lo que podemos alcanzar con los ojos.

No siéndonos posible demostrar nuestro aserto con toda la evidencia que quisiéramos, nos vamos á permitir citar las conclusiones que otro profesor muy estudioso de la ciencia de la religion, Mr. Ticle, ha demostrado tocantes al punto que nos ocupa, y muy en especial las relativas á ciertos capítulos en los cuales difiere grandemente de nuestro modo de sentir. «La proposicion, dice, de que hay naciones ó tribus sin género alguno de religion, se apoya, ó en observaciones hechas sin cuidado alguno, ó en una confusion muy grande de ideas. Ninguna tribu ó nacion se ha encontrado hasta el día desprovista de la creencia en séres á ellos superiores, y los viajeros que imprudentemente lo han afirmado, se han visto despues solemnemente desmentidos por los hechos. Resulta, pues, ser consecuente y legítimo apellidar á la religion en su acepcion más general fenómeno universal de la humanidad» (1).

Al comenzarse á remover los antiguos prejuicios de que venimos hablando, y cuando se vió claro que las distintas razas de África, de América y de Australia no debían confundirse bajo el nombre comun de salvajes, entónces comenzaron á sentirse las dificultades reales ofrecidas por el estudio de tales razas, con especialidad si se trata de sus opiniones religiosas. De buen grado confesamos ser no poco difícil dar una relacion detenida, y tal como debe en las aulas hacerse, de la religion de los judíos, de los griegos, de los romanos, de los indios y de los persas; con todo, es mucho más arduo entender y explicar el credo y ceremonial de las iliteratas tribus de que tratamos. Todo el que se haya dedicado, siquiera sea poco, al exámen de la historia de la religion, habrá podido convencerse de las dificultades que ofrece el adquirir un conocimiento algo

---

(1) *Outlines*, p. 6.

profundo de las ideas que griegos y romanos, judíos y persas sostenían en cuanto á los grandes problemas de la vida.

Aunque tengamos á nuestra disposicion toda una literatura, así profana como sagrada, aunque podamos consultar á los autores que fueron testigos de las ceremonias antiguas, y oír cuanto por una y otra parte se ha escrito, si se nos preguntase, no obstante, si los griegos en general, ó qué raza de los griegos en particular, y ésta en qué época especial, creía en una vida futura, en las penas y premios despues de la muerte, en la supremacía de dioses definidos y personales, ó de uno impersonal é indefinido llamado hado, en la necesidad de la oracion y el sacrificio, en el carácter sagrado de los sacerdotes y de los templos, ó finalmente en la inspiracion de los legisladores y profetas; si alguna de estas cosas, repetimos, nos preguntáran, nos veríamos, á no dudarlo, en no pequeño embarazo para dar respuesta satisfactoria. Muchos y muy eruditos son los libros que sobre la teología de Homero se han escrito, mas tales tratados de todo tienen ménos de unanimidad en las opiniones, aunque sean pasto de los mejores profesores que en los dos últimos siglos ha habido.

Aún es mayor la dificultad cuando se trata de formar opinion sobre la religion de los judíos y persas. Tenemos, es cierto, los libros sagrados de estos pueblos, no nos faltan los comentarios más acreditados y famosos; mas ¿quién no sabe que el decidir sobre si los antiguos brahmanes creían en la inmortalidad del alma ó nó, depende muchas veces de la recta interpretacion que se dé á una simple palabra, y que la cuestion de si los persas admitían ó no el dualismo, ó sea la existencia é igualdad entre el bien y el mal, *Ormoud* y *Ahryman*, se funda en algunos casos en puros giros gramaticales?

Si los autores discrepan unos de otros en puntos de tal gravedad, no debe ser muy serio el inconveniente que de una ú otra opinion resulte, y al exponer las razones que en pro y en contra militan, claramente dan á entender que puede uno seguir tal ó cual opinion, segun mejor le parezca.

Causa no poca admiracion ver las extraordinarias aprensiones que surgen cuando los filósofos, que no son de profesion orientalistas, se proponen utilizar las relaciones que existen

entre el sanscrit, el zend, el chino y el hebreo, y las consecuencias deducidas por los que á tales lenguas se dedican. Los mismos autores que en cortas líneas, sin referirse á ningun autor que forme autoridad, y sin intentar determinar el verdadero valor de los que citan, nos dicen lo que á su parecer creen los cafres; los habitantes de los karrus y los hotentotes, tanto acerca del alma como sobre la muerte, sobre Dios, y otros puntos parecidos, esos mismos autores hacen muy pocas veces mencion de los chinos, judíos, indios ó persas, de los que ningun autor ha osado todavía tratar. Vamos á detenernos sobre esta materia algun tanto, no con espíritu de cavilar, sino para indicar sencillamente peligros que son reales.

Apénas hay palabra tan usada de los brahmanes como la de *Om*, expresion que por su origen equivale á nuestro *si* y que en circunstancias solemnes reviste un carácter en un todo semejante al de la palabra *amen*. Acostumbran usarla los indios al principio y fin de cada rezo, si bien no faltan ciertos manuscritos que no comienzan por ella (1). El uso del *Om* está prescrito para ciertas saluciones, de modo que de hecho no hay palabra más frecuentemente oida en toda la India así antigua como moderna.

Pues bien, á pesar de todo, hay personas de gran autoridad que nos han afirmado que los indios rehusan cuanto pueden usar el sagrado nombre de *Om*. No será difícil que en colecciones como la tan excelente publicada por el Dr. Muir bajo el título de *Sanscrits texts* se hallen pasajes que confirmen semejante aserto. En la filosofía mística de los *Upanishads*, *Om* llegó á ser uno de los nombres principales del brahman, y una indicacion de que le estaba prohibido divulgarse y manifestarse. Mas esto como se ve dista mucho de aquella otra proposicion en virtud de la cual se consideraba impropio entre pueblos á medio civilizar y por lo tanto estaba prohibido el llamar á las divinidades por sus propios nombres. De ello podemos citar como ejemplo la India, á cuyos habitantes se prohíbe hacer uso del sagrado nombre de *Om*, á los hebreos que nunca pronunciaban el nombre de Jehová, habiéndose por esta causa

---

(1) *Apastamba-Sutras*. i, 4, 13, 6.

perdido la verdadera pronunciación de esta palabra, y á los egipcios que impusieron á Herodoto la obligación de no nombrar á Osiris.» La postrer afirmación no podrá ménos de sorprender á los que recuerdan ser Herodoto quien por primera vez escribió que, si bien los egipcios no adoraban todos los mismos dioses, todos, sin embargo, adoraban á Isis y Osiris, identificados por los habitantes de las orillas del Nilo con *Dionysos* (1).

Tiene mucha razón el Dr. Muir (2) al afirmar que en ciertos pasajes del *Veda* se considera expresamente á algunos dioses como meros seres creados, y que si luégo se convirtieron en seres inmortales fué por haber bebido el *soma*. Esto no quiere decir más sino que aún las compilaciones más cuidadosamente hechas, como la del Dr. Muir, se pueden convertir, en manos de las personas poco inteligentes, en instrumentos no poco nocivos. En el *Veda* se da á los dioses el nombre de *amartya*, inmortales, en contraposición al de *martya*, mortales, que es el que se da á los hombres, y si en el mismo libro se añade que el *soma* confiere á los dioses la inmortalidad, dícese tan sólo para ensalzar el poder de este brebaje, no de otro modo que solían hacerlo los griegos con su tan decantado *αμβροσία*. Tampoco hay que creer consideren los poetas Védicos á sus dioses como meros seres criados, pues la verdad es que hablan del Dios como hijo del cielo, y de Indra como descendiente del Firmamento y de la Tierra. Y en conclusión si se va á seguir tan pernicioso sistema, también podríamos, y con mayor razón, afirmar que según los griegos *θεός* era un mero ser creado, pues le suponían hijo de *Χρονος*.

Además, ¿qué dislate mayor que para demostrar el origen mortal de los dioses presentarnos á Buddha diciendo: «Los dioses y los hombres, los ricos y los pobres se parecen en que han de morir»? En tiempos de Buddha y aún mucho antes se prestaba ya adoración á los antiguos Devas, que nosotros preferiríamos llamar dioses. Pues bien, Buddha no creía ni en Dios ni en dioses, y si admitía los Devas antiguos era como

(1) *Her.* II. 42, 144, 156.

(2) *Sanskrits Texts*, v. p. 12.

meros seres fabulosos ó mitológicos, si bien más dignos de atención y de más consecuencia que los Devas comunes, sujetos á las leyes por que se rige cuanto existe, esto es, á una transmigracion continua de la vida á la muerte y de la muerte á la vida, vicisitudes de que nunca podrán ser eximidos los Devas comunes.

Para formarse una opinion sobre las facultades mentales de un pueblo, es esencialmente necesario entablar un exámen detenido sobre la lengua de aquellos cuyas propiedades se estudian; tal exámen, empero, exige notable circunspeccion y cuidado. A este propósito dice cierto eminente psicólogo:

«Cuando leemos de alguna tribu del Sur de América que la proposicion: «Yo soy un abipon,» la manifiestan con las únicas palabras: «Yo abipon,» no podemos ménos de inferir que, contando con formas gramaticales tan poco desarrolladas, serán muy escasos los pensamientos por ellas manifestados y éstos de los más sencillos é indispensables» (1). ¿No pudiéramos aplicar tan severa censura á algunos de los idiomas más perfectos del globo?

Si se incurre en tan crasos errores en materia donde tan fácilmente pueden evitarse, ¿qué deberemos pensar de las extensas relaciones que algunos publican sobre las opiniones religiosas de tribus y naciones enteras, desprovistas enteramente de literatura, con idiomas, por lo comun, comprendidos nada más que á medias, y que si fueron visitadas, lo fueron por uno ó dos viajeros, que sólo se detuvieron algunos dias, algunas semanas, ó á lo más, unos pocos años?

El vocablo, con que en toda la Polinesia Oriental se designa á Dios, es *Atua* ó *Akua*, sobre cuya palabra expondremos algunas observaciones. Hay en la lengua de los isleños de la Polinesia una voz, y es la de *ata*, que quiere decir sombra, y en este caso, ¿qué reflexion más natural que ver en el nombre de Dios que nos ocupa, y cuya significacion originaria es sombra, una confirmacion de la teoría para algunos favorita, segun la cual, la idea de Dios procede de la idea de espíritu, y la de éste de la de sombra? Juzgando á primera vista, debiera te-

(1) Véase á MM. *Buddhistischer Nihilismus*.

nerse por capcioso cuanto se objete á la anterior teoría, é inútil aconsejar prudencia donde tanto campea la claridad. Mas afortunadamente los idiomas polinesios han sido de algun tiempo á esta parte estudiados con espíritu decidido, cual suele el de las escuelas, de suerte que nuestras teorías tienen que pasar por la humillacion de verse contradichas por los hechos. Prueba de ello es que Mr. Gill (1), persona que ha pasado en Manguai veinte años, ha podido demostrar con gran claridad no poder derivarse la voz *atua* de la palabra *ata* sombra, sino que tiene grande analogía y estrecha conexion con la voz *fata*, usada por los tahitianos y habitantes de las islas Lomoa, y con el vocablo *aitu*, de lo cual evidentemente resulta que la voz *atua* debió en su origen significar el corazon ó médula de los árboles. De este significado no fué difícil trasladar la voz *ata* para expresar con ella la mejor parte, la fortaleza de una cosa, de lo cual á hacerla sinónimo de señor y maestro no va más que un paso. La *a* final de *atua* denota intensidad en el significado principal, de suerte que á un indígena le excita la idea de gran vida y corazon. Tal es el origen de aquel concepto de la divinidad que los polinesios dan á entender con la palabra.

Habiéndonos de entender con una persona de la instruccion y notoriedad de Mr. Gill, cuya vida casi toda ha pasado con una é idéntica tribu, no podemos ménos de expresar la confianza que sus palabras nos infunden, confianza que, á pesar de todo, no puede llegar á ser tan grande como la que produce Homero al hablar de su propia religion, ó la que engendra en cuantos le leen San Agustin cuando nos pone al corriente de las costumbres y creencias de los antiguos romanos. Y acerca de estos dos últimos autores, ¿quién no ha experimentado la gran incertidumbre que queda en nuestras mentes despues de leer cuanto personas tan instruidas escribieron con relacion á su propia religion, ó con respecto á la religion de la sociedad en que ellos pasaron la mayor parte de su vida?

Las dificultades con que tropiezan los viajeros y misioneros

---

(1) *Myths and Songs from the South. Pacific.*, pág. 33.

al describir la vida religiosa é intelectual de las tribus salvajes son mucho más serias de lo que comunmente se cree.

En primer lugar son muy pocos los hombres que se hallen perfectamente prevenidos contra las vicisitudes de la opinion pública. Hubo un tiempo en que infestados la mayor parte de los viajeros por las ideas de Rousseau, no se presentaba á sus ojos un salvaje que no creyesen ver en él mucho más de lo que Tácito solía ver en los germanos. A este período siguió su correspondiente reaccion. Debido en parte á la influencia de los etnólogos americanos, que se veían precisados á buscar una excusa para la esclavitud, y parte, como posteriormente sucedió, al deseo de encontrar el lazo de union que faltaba entre los monos y el hombre, lo cierto es que actualmente abundan no poco las descripciones sobre los salvajes, en virtud de las cuales no sabemos si el negro es ó no un sér inferior al gorilla ó merece realmente el nombre de sér humano.

Cuando comenzó á agitarse otra cuestion no ménos debata, á saber, si la religion es carácter inherente del hombre ó al contrario, hubo viajeros que á cada paso se encontraban con tribus que no tenían dioses, ni nombres con que designarlos (1), otros al revés descubrieron en todas partes exaltadas nociones de religion. Nuestro querido amigo Mr. Cylor ha compuesto una coleccion digna de verse de noticias contradictorias, dadas por diferentes observadores acerca de las facultades religiosas de una é idéntica tribu. El ejemplo más antiguo de que hay memoria nos lo suministran los pormenores que sobre los germanos nos dan César y Tácito. Segun el primero, los germanos cuentan únicamente por dioses aquellos objetos de que pueden nuestros sentidos darnos noticia, y que se complacen con nuestros dones, como lo prueban los beneficios que de ellos recibimos, y son el Sol, el fuego y la Luna (2). Tácito, por el contrario, declara que los germanos

(1) M. M., *History of Ancient Sanskrit Literature*, p. 538.

(2) *De Bell. Gall.*, VI, 21. «Deorum numero eos solos ducunt quos cernunt, et quorum aperte opibus juvantur, Solem, et Vulcanum, et Lunam.»

dan el nombre de dioses á los séres misteriosos que no perciben sino por reverencia (1).

Aún dado caso que hallemos un viajero sin miras científicas y libre del deseo de agradar á lectores que pertenezcan á escuelas filosóficas, todavía, sin embargo, milita en contra suya, cuando pretende hacer la descripción de la religion de los salvajes, una dificultad inmensa, y es la de que ninguna entre esas religiones tiene principios fijos, pues la religion es entre los salvajes un negocio puramente personal, de modo que no sólo cambia de una generacion á otra, sino que en una misma se hace extensiva á las cuestiones religiosas más graves la inmensa variabilidad de que son susceptibles las opiniones individuales. Tendrán ciertamente sacerdotes, tendrán algunos cantos sagrados, podrá suceder que los hijos aprendan de boca de sus madres algo de religion y lo conserven; pero sin Biblia, sin Devocionario, sin Catecismo la religion está al aire, y cada hombre toma de ella mucho ó poco segun le place.

Por lo dicho se explica fácilmente por qué las relaciones que algunos viajeros y misioneros han hecho de la religion de una misma tribu difieren muchas veces entre sí como lo blanco y lo negro. En una misma tribu puede existir un ángel de luz y un grosero rufian, cuyos testimonios, sin embargo, parecerán á los viajeros europeos autoridades fehacientes en punto á religion. Los mismos negros conocen (2), las grandes diferencias y variedades que existen en sus creencias religiosas.

En Widah Des Marchais se dice bien claramente, que solamente la nobleza tuvo conocimiento de Dios, como omnipotente, omnipresente, premiador de lo bueno y castigador de lo malo, al que se hacen aceptos únicamente mediante plegarias, cuando todos los otros recursos salían fallidos. Con esto no quiere decirse que no exista en todas las naciones, tanto salvajes como civilizadas, otra nobleza, la divina nobleza de la virtud y el genio, que más de una vez han colocado á un hombre solo á muchos siglos de distancia del resto de los mortales.

(1) Tác. *Germ.*, 9. «Deorumque nominibus apellant secretum illud quod sola reverentia vident.»

(2) Waitz. *Antropologie*, II, 129, 215.

Pensemos solamente en el resultado que nos daría preguntar en Inglaterra á los criminales, borrachos y mujeres de mala vida, que con ellos viven en cuevas miserables, acerca de lo que ellos tienen por Cristianismo y manera de practicarlo, y de seguro que quedarémos más admirados de oír lo que nos responden, que no de escuchar las diversas versiones del credo perteneciente á una misma tribu del África.

Podiera objetarse que los sacerdotes, cuando se les consulta sobre las opiniones religiosas de su pueblo, merecen considerarse como autoridades irrecusables. ¿Mas es esto verdad, al ménos con respecto á Inglaterra?

No hace muchos años fuimos testigos de cómo uno de nuestros mejores teólogos, refiriéndose á otro ya difunto, y cuyo busto se conserva al lado de los de Keble y Kingsley en la misma abadía de Westminster, dijo que su Dios no era el mismo que el del difunto. Y ¿nos maravillarémos despues de esto que los sacerdotes de los achantis difieran unos de otros en la verdadera inteligencia de sus fetiches, y que los viajeros que hayan oído á diversos intérpretes de la religion difieran tambien al referirnos lo que oyeron? En algunas partes del Africa, y en especial donde más se siente la influencia del mahometismo, mírase con gran desprecio á los fetiches y á cuantos los venden, y para que nada les falte les han puesto el nombre de *thiedos* (1) que quiere decir infieles. En cambio, hay otros puntos donde la adoracion de los fetiches es la regla suprema, y donde los sacerdotes que fabrican ídolos de madera y viven de venderlos, pueden gritar con todos sus pulmones: «Grande es la Diana de los Efesios.»

Finalmente, debemos considerar que para alcanzar verdadera inteligencia de cualquier religion, se necesita gran deseo y mucha fuerza de voluntad. Muchos salvajes dejan de estudiar las materias religiosas, parte tal vez por miedos infundados y supersticiosos, parte sin duda por la gran dificultad que experimentan al tratar de ajustar sus pensamientos y sentimientos vagos é indefinidos á un lenguaje conciso y definido.

Algunas razas salvajes son decididas partidarias del poco

(1) Waitz, II, 200. *On Different Classes of Priests*, II, 199.

hablar, así que para decir siquiera algunas palabras deben hacer verdaderos esfuerzos, y todavía no han hablado diez minutos, cuando ya sienten un gran dolor de cabeza (1). Otras hay, por el contrario, en extremo locuaces, y que para cada pregunta tienen su respuesta, sin cuidarse mucho de si es verdad ó no lo que dicen (2). En escrito nuestro publicado en los periódicos (3), referimos lo sucedido á algunos excelentes padres benedictinos, que despues de residir tres años en un punto mismo de la Australia, sacaron por consecuencia que los indígenas no adoran á deidad ninguna, ni falsa, ni verdadera. Mas pasando el tiempo se han encontrado los mismos misioneros con que los salvajes creen en un Sér Supremo, creador de cuanto existe sobre la tierra; si los padres benedictinos hubieran abandonado el país ántes de hacer el último descubrimiento, ¿quién hubiera osado contradecirles?

Cuando De Brosses publicó su primera y fatal descripción del fetichismo, no pensó en ninguna de las dificultades apuntadas, sino que creyó é hizo creer cuanto halló que favoreciese sus planes en las narraciones de los marineros y comerciantes. En vez de empezar por los hechos para fundar su teoría, fundó primero su teoría, y despues cuanto pareciese apoyarla fué elevado á la categoría de verdad.

---

(1) H. Spencer, *Sociology*, I, p. 94.

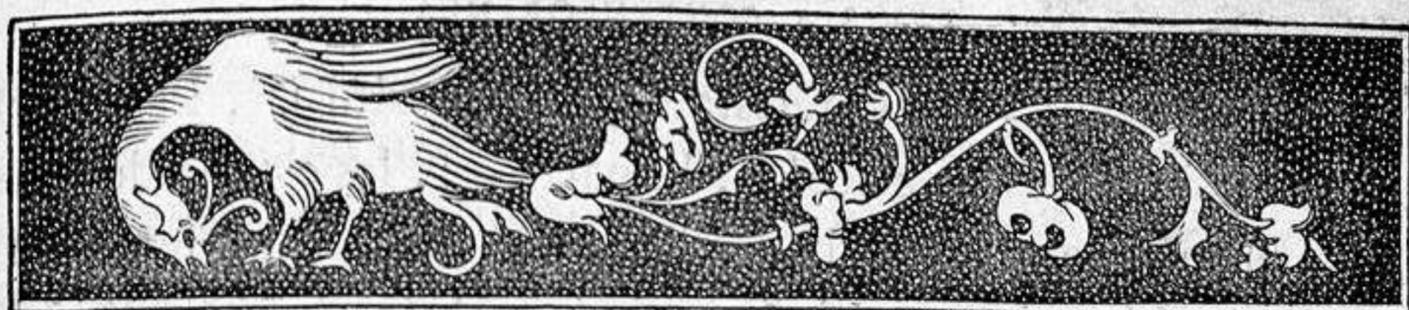
(2) Mayer, *Papua-sprachen*, p. 19.

(3) *Journal of the Anthropological Institute*, February, 1878.

F. MAX MULLER.

(Se continuará.)





## DEMONOLOGÍA JUDAICA.

**L**a mayor gloria de los pueblos semíticos en la obra de la civilización consiste en haber formulado los eternos principios de que ha partido el movimiento religioso de la humanidad. Casi todas las grandes evoluciones militares, políticas é intelectuales de la historia pertenecen de lleno á los pueblos de raza indo-europea. Estos pueblos son los únicos que han comprendido á la vez el Estado y la independencia del individuo, y á ellos corresponden todos los progresos realizados en la esfera del arte y todas las ideas fecundas en la region de la ciencia. Los pueblos semíticos no se han distinguido ni han brillado en la historia por su sagacidad política, por su táctica militar, por sus obras de arte ni por sus producciones intelectuales; el concepto de la civilización, tal como lo comprendemos nosotros, les era completamente extraño; para ellos carecían de sentido todas las cuestiones políticas, el arte repugnaba á su naturaleza, la incapacidad de toda disciplina y de toda organización determinaba su inferioridad militar, y la ciencia era estimada casi como una impiedad ó como un trabajo enojoso

y una aspiración vana y detestable del espíritu (1). La misión providencial de estos pueblos, la parte que les estaba designada en la grande obra de la civilización, según las leyes eternas de la historia, consistía en descubrir y establecer las verdades absolutas y los principios fundamentales de las religiones que más han satisfecho la conciencia de la humanidad, por ser las que más se han acercado al supremo ideal. Comparados con los pueblos de raza indo-germánica, ofrecen en la historia un carácter de inferioridad respecto á todas las esferas de la actividad humana; pero á pesar de esto, es grandísima é incalculable la parte que reclaman en la obra del progreso, por haber sido los primeros que abstrayéndose de la naturaleza, han separado del universo la idea pura de la divinidad, y han conseguido sin esfuerzo, por uno de los más imperiosos instintos de su espíritu y por revelación espontánea del sentimiento (2), el concepto de la unidad absoluta de Dios á que no pudieron llegar jamás, ni la India con sus eternas especulaciones, ni la Grecia con todo el ardimiento y la originalidad de sus sistemas. El monoteísmo ha sido el legado más fecundo transmitido por los semitas á la humanidad; el judaísmo, el islamismo, el cristianismo, hé aquí su obra.

Según parece desprenderse de las últimas investigaciones realizadas por la Mitología comparada, la religión primitiva de los pueblos indo-germánicos era sencilla y encantadora como un eco de la misma naturaleza. El espectáculo del universo, el murmullo de las aguas y el ruido que producía

---

(1) Eccles. I, 1-18; III, 9, 10, 11; VIII, 16, 17.—Job. XXXVI, 23, 26.—Debo advertir aquí que en todas las citas hechas en el curso de este estudio me referiré siempre al texto original. El lector, enterado de las diferencias que por multitud de conceptos separan en la literatura hebrea las traducciones todas de los documentos originales, comprenderá la necesidad de esta indicación.

(2) Renan, *Histoire generale et systeme comparé des langues semitiques*.—Véanse las observaciones que á propósito de la publicación de esta obra hizo M. Littré respecto al monoteísmo semítico en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º Juillet 1857, y un artículo de Albert Reville en la misma Revista de 1.º Setiembre 1869, sobre *La Religion primitive d'Israel et développement du Monotheisme*.

el viento á través del ramaje de los árboles, determinaban tal efecto en el espíritu y la imaginación poética de estos pueblos jóvenes, que sus dioses eran personificaciones de los elementos, sus leyendas mitológicas una divinización de los fenómenos, y su culto, nacido espontáneamente en la conciencia, despojado de todo formalismo artificioso, como un himno eterno á la creación. Pero una religión de tal suerte, que era suficiente á llenar las aspiraciones de la conciencia en el primer crepúsculo de la humanidad, no podía subsistir más adelante y debía perder todo su valor cuando á consecuencia del progreso intelectual realizado, el hombre fuese ménos cándido y más exigente el sentimiento religioso. El culto quedó entonces reducido á meras formas y las tradiciones teogónicas se convirtieron en puros juegos de la fantasía. Todas las reformas intentadas para dar calor y nueva vida á las antiguas creencias fracasaban sin conseguir su objetivo; y el mundo civilizado, los pueblos que á través de la dilatada serie de los siglos lograron organizar los estados con su política, fomentar las industrias con sus invenciones, señalar con su ciencia el derrotero del progreso intelectual de la humanidad, permanecían sin fe en la conciencia, sin esperanza en el corazón, y les agitaba imperiosa necesidad de que una nueva idea llenara el vacío inmenso de su alma.

En el día de hoy, la casi totalidad del mundo civilizado debe su religión al monotesismo, proclamado desde un principio y defendido intrépidamente contra todas las adversidades históricas por el pueblo semítico por excelencia, el más famoso y desgraciado á la par de cuantos figuran en los anales del género humano, el pueblo judío. El mundo entero, prescindiendo de la India, la China, el Japon y los pueblos de vida completamente salvaje, se ha cobijado bajo la égida de las religiones semíticas.

Estudiar por consiguiente el carácter y la evolución de las ideas religiosas del pueblo judío, las causas y los elementos históricos que han determinado su desenvolvimiento, y la parte que les corresponde en la realización del ideal religioso, constituye la tarea más importante, y el trabajo más capital de la crítica moderna. Dejando aparte el interés particular que

ofrece para poder comprender el verdadero carácter de sistemas importantísimos en la historia del espíritu humano, tales como el gnosticismo y el misticismo extático que en tal grado intervino más tarde en la idea cristiana y la filosofía griega, el estudio de las doctrinas religiosas de los judíos, especialmente en los dos siglos anteriores á nuestra era, se reviste de una importancia imponderable al considerar que el más grande movimiento religioso que ha tenido lugar en el mundo, el cristianismo, la religion del espíritu, la eterna religion de la humanidad, como la llama Mr. Renan, echó en aquel medio sus robustas raíces, y tuvo su nacimiento en el seno del judaísmo.

## I

Ningun pueblo de la tierra, ninguna de las religiones que han aparecido en la historia, alcanzó jamás de la divinidad una idea tan grande, tan pura y elevada como la concibió el pueblo judío. Sér espíritu y espíritu puro, imposible de ser representado por ninguna forma, y de ser comprendido por la humana inteligencia (1), Dios era absolutamente inaccesible al hombre, que desaparecía y se anonadaba bajo la inmensidad de su grandeza. Él, que con el poder de su augusta palabra sacó de la nada la tierra y cuanto en ella vive, los cielos con sus lumbreras y sus astros, y al hombre hecho á su imágen y semejanza, era *uno* por excelencia (2). Su nombre יהוה (el constante, el Dios vivo) era terrible (3). En las lecturas

(1) Eccl. XLII, 22; XLIII, 28, 29, 30, 31.

(2) Era tan firme la creencia en la unidad absoluta de Dios, que hasta los samaritanos heréticos preferían pronunciar *Él* en singular, en vez de *Elohím* en plural. Gesenius. *De Pentat. Samarit. origine, indole et auctoritate*. Halæ 1835, p. 50 y sig.

(3) En los escritos de muchos Padres de la Iglesia (Orig. contra Celso, lib. I cap. 24; lib V, cap. 45) se han conservado indicios del poder mágico que se atribuía entre los judíos al nombre de las cuatro letras, como le llamaban los Kabalistas.—Buxtorf, *déxicon chald. talm.* col, 2432, 2436, 2437.

públicas, siempre que el lector lo encontraba, debía reemplazarlo por el de Adonai (el Señor). Pronunciarlo, era considerado como un crimen digno de mayor castigo que la maldición y la blasfemia (1). Sólo el gran sacerdote podía pronunciarlo una vez al año, al entrar en el lugar «santísimo,» y era opinión general que se desconocía su pronunciación verdadera, pretendiéndose que el que llegara á descubrirla había de ser dueño de las fuerzas de la naturaleza (2).

Fácilmente se desprende de esto, que el Dios de los hebreos estaba muy distante de poder mantener con los hombres las mismas relaciones que los dioses homéricos sostenían con los héroes de la *Iliada* y la *Odisea*. Sus mandatos y sus designios sólo eran accesibles al hombre, por la intermediación de sus ángeles, y así es que como consecuencia lógica y necesaria de la doctrina profesada por los judíos sobre la naturaleza divina, adquirió notable desarrollo entre ellos la creencia en espíritus especiales, encargados de cumplimentar las órdenes supremas de Jahweh, y ser, digámoslo así, el punto de relación entre Él y los hombres (3). Por ellos se reveló á Moisés y á su pueblo (4), por ellos le comunicó su Ley, y según la opinión general, á ellos estaba únicamente confiada toda obra de importancia (5).

A semejanza del aspecto que presentaba la sala del trono de un monarca de Oriente, y en particular la corte que formaban siete jefes alrededor del trono de Darío en su palacio de Persé-

---

(1) El cap. XXIV v. 15-16 del Levítico aplica la pena de muerte al que blasfemará el nombre del Señor; pero los Setenta, al traducir este pasaje, lo hicieron de la siguiente manera: «El que maldiga á Dios cometerá un pecado; el que pronuncie el nombre del Señor, será castigado con la muerte. Toda la asamblea de Israel le apedreará: prosélito ó indígena, será condenado á muerte por haber pronunciado el nombre del Señor.» La traducción no puede ser más inexacta, pero revela las ideas corrientes respecto á este punto en la época en que tuvo lugar.

(2) Josefo. *Aut. Jud.* II, 12, 4.—*Talmud Jerus. Sanhedrin*, cap. II, fol. 90.

(3) Gen. XVI, 17; XVIII; XXVIII, 13. *Judic.* XIII, 15 y sig.

(4) Act. VII, 38, 53, Ep. ad Galat. III, 19.

(5) Los ángeles habían construido el arca de Noé (Henoéh LXVII 2) Un ángel guardaba el tesoro del templo (II Makab. III; 24, 25).

polis, los judíos, lo mismo que los persas, representábanse el cielo como una sala extraordinaria, en la que tenía su trono el eterno (1) rodeado por los arcángeles y los ángeles de segunda y tercera categoría. Conforme á la religion de los persas que colocaba al frente de la armada celeste siete príncipes de la *luz* (*amshaspands*), á los cuales seguían sucesivamente en orden y representacion ocho ángeles de segunda clase (*izeds*), y un número indefinido de *ferwers*; entre los judíos se desarrolló tambien la creencia en siete espíritus superiores, de los cuales seis han conservado sus nombres en los libros que constituyen la literatura judía (2), y un sin número de ángeles de segundo orden (3). Estos espíritus superiores, que en algunos puntos reciben el nombre de príncipes (4) y en otros el de arcángeles (5), formaban la primera línea de la armada celeste y constituían el consejo de Jahweh. Allí unos están ocupados en cantar eternamente himnos de alabanza á Jahweh y á enaltecer sus glorias (6), otros sirven delante de Él y otros dan gracias é interponen su intercesion para con los hombres (7), distinguiéndose entre ellos los que ruegan á favor de los justos que faltaron por ignorancia (8). Despues de éstos, que no abandonaban jamás las regiones celestiales sino cuando por orden del Eterno había que cumplir una mision especial (9), los había destinado á velar continuamente sobre los hombres (10), á presidir á todas las criaturas y

---

(1) I, Reg. XXII, 19.

(2) Tobit XII, 15; Apoc. de Juan I, 4. Sus nombres (Gabriel, Michael, Raphael, Uriel, Jeremiel, Sealthiel) dice el Talmud, proceden de Babilonia. *Talm. Jerus. Roch. Haschana*.

(3) El Nuevo Testamento habla de « más de doce legiones de ángeles » pertenecientes á esta categoría. Math. XXVI, 53. En el libro de Henoch (XX y XL) se han conservado los nombres de algunos de ellos.

(4) Daniel, X, 13; XII, 1.

(5) Ep. Judæ, V, 9.

(6) Isaias VI, 3.

(7) Henoch, XXXIX, 5; XV, 2.

(8) Testam. Levi, párrafo 3.

(9) Tobit, XII, 15. Ev. Luc. I, 19.

(10) Gen. XLVIII, 16. El libro de Tobit descansa por completo en esta creencia. Véase además en las Act. de los Apóstoles, XII, 15, y en el Ev. de Math. XVIII, 10. Las naciones tenían cada una tambien su ángel particular

hasta los elementos (1). Pero los ángeles propiamente dichos eran los enviados, los mensajeros (מלאכים αγγελοι), los que tenían la misión de cumplir determinados encargos con los hombres, como verdaderos intermediarios entre éstos y Jahweh, descendiendo muchas veces también de la mansión celeste, con el objeto de guardar á una persona para librarla de los males que la amenazaban y remover los obstáculos que á su marcha oponían los espíritus del mal.

No se crea, sin embargo, que la misión de estos enviados consistiera siempre en realizar el bien y favorecer á los hombres. Como á consecuencia del absoluto monoteísmo de los hebreos todo procedía de Dios, y fuera de Él nada podía proceder (2), de ahí que existiese entre ellos la creencia en ángeles encargados de cumplimentar las órdenes de venganza y de castigo que contra los culpables el Eterno fulminaba. El libro de Job (3) nos habla de los ángeles de la muerte, y en uno de los Salmos (4) se mencionan los mensajeros del mal.

En varios puntos del Antiguo Testamento se habla del espíritu de mentira (5), del de somnolencia (6) y del de voluptuosidad (7); en el libro primero de Samuel (8), Saul ordena á sus siervos que le presenten á David, el hijo de Isai, para que con los acordes de su cítara le alivie de la inquietud causada por el espíritu del mal, que por permisión de Jahweh, se había apoderado de su cuerpo, y en el libro de los Jueces (9) se refiere que Dios envió á Abimelech el espíritu de

---

(Daniel, X, 13-20), y á veces peleaban en el cielo, tomando cada uno el partido de la nación que protegía. (H. XII, 1.)

(1) En el libro de Henoch y en el de Talmud se habla de los ángeles del viento, del mar, de la lluvia, de las aguas, del fuego, etc. Tal vez se explique esta diversidad de ángeles por una influencia de la mitología griega. Según Platon (Leyes, X), no existe un átomo de materia sin un genio que vele sobre él.

(2) Exod. XX, 5; Deuter. XXXII, 39; I, Samuel, II, 6.

(3) XXXIII, 22. Compárese con Proverb. XVI, 14.

(4) Ps. LXXXVIII, 49.

(5) I, Reg., XXII, 21 y sig.—2, Chron. XVIII, 20 y sig.

(6) Isaías, XIX, 14; XXIX, 10.

(7) Oseas, IV, 12.

(8) XVI, 14 y sig.

(9) IX, 23.—En II, Samuel, XXII, 15, 17, se habla del espíritu de la destrucción. Comp. con I, Chron. XXI, 15 y II, Reg. XIX, 35.

discordia, en castigo de haber dado muerte bárbaramente á setenta de sus hermanos para ejercer solo el dominio sobre Israel.

Téngase en cuenta que estos espíritus de que se ha hablado en el párrafo anterior, en modo alguno pueden considerarse como espíritus malos en la acepción que vulgarmente se da á esta palabra, sino como ángeles de la misma categoría que los anteriores, distinguiéndose tan sólo por el mensaje que recibían de Jahweh. Esto es tan contradictorio con la idea que domina por lo comun sobre la naturaleza de los espíritus del mal, y con el concepto que de los mismos tenían los judíos en una época más reciente, que el desarrollo de una creencia en los demonios se ha considerado imposible en el seno del hebraismo, no tanto porque está en abierta oposición con su monoteismo absoluto, cuanto por no descubrirse ningun vestigio de esta creencia en los libros del Antiguo Testamento cuya fecha es anterior á la cautividad de Babilonia. Partiendo algunos críticos de estas premisas, han concluido que entre los judíos no existía en la época anterior al destierro la creencia en seres especiales que realizaran el mal por sí mismos y estuvieran en oposición con los espíritus encargados de hacer el bien. El rigorismo de la idea monoteísta, dicen, no podía consentir una doctrina semejante. Para el hebreo, el mal, lo mismo que el bien, proceden de Jahweh (1). La creencia en espíritus malignos y en un príncipe del mal, hubiera implicado un dualismo que en modo alguno cabía en la esfera de la teología judaica, y si más tarde, despues del cautiverio, la vemos formar parte de las doctrinas profesadas por los judíos, debe atribuirse á la influencia que en sus ideas ejerció respecto á este y otros puntos de su religion el contacto con las persas, entre los cuales la creencia en los demonios estaba grandemente desarrollada.

Por de pronto, advertiré que conviene proceder con mucha reserva en cuestiones que todavía se agitan en el terreno de la crítica, y precaverse contra el prurito, muy comun, de explicar

---

(1) Exod. XX, 5.

por influencias extranjeras aquellos hechos que por ser complicados en sí mismos se revisten de tenebrosa oscuridad y escapan á la penetracion de la inteligencia por la falta ó el silencio de los documentos originales. Sin negar que la Persia ejerció una influencia notable en las ideas religiosas de los judíos, porque nunca en vano y sin resultados viven mucho tiempo en contacto dos pueblos y civilizaciones diferentes; creo, no obstante, que no fué tan radical que llegara á introducir en el judaismo ideas extrañas completamente á su carácter y antitéticas á los principios de su teología. La influencia recíproca que se ejerce entre las ideas de dos pueblos que viven largo tiempo en íntima relacion, supone un cierto grado de afinidad y simpatía entre las doctrinas de ambos, é implica siempre una transformacion más ó ménos pronunciada en las ideas que se asimilan. Para que una doctrina cualquiera éntre á formar parte de la religion ó sistema desarrollado espontáneamente en un pueblo á impulsos de su carácter individual, es preciso de todo punto, segun lo exige la naturaleza del espíritu humano y enseña la filosofía de la historia, que guarde alguna analogía con su manera propia de pensar, y haya pasado ántes por un trabajo lento y duradero de apropiacion, hasta acomodarla del todo á su genio y poderla adaptar al conjunto de sus creencias. La semejanza que existía entre la religion de los persas y la de los judíos (1), era muy favorable á que se influyeran mutuamente en sus ideas uno y otro pueblo. El colorido mazdeista que se refleja en los libros palestiniolos de la época posterior al siglo II ántes de nuestra era, muy principalmente en el libro de Daniel, indica que no fué sin resultado la permanencia de los hebreos en Babilonia. Pero no podemos admitir, tratándose de explicar este hecho, que las doctrinas en las cuales se manifiesta la influencia de

---

(1) El mazdeismo admitía como el judaismo la unidad de Dios. (*Vendidad* fargad 1 y sig.) Los persas repugnaban á toda representacion sensible de la divinidad, lo cual había ya notado Herodoto. En una y otra religion se encuentran análogas medidas, relacionándose algunas de ellas además por su arbitrariedad, su sistema minucioso de ceremonias purificadoras, la clasificacion de los animales en puros é impuros, etc., etc.

las ideas persas, hayan sido trasplantadas, digámoslo así, y admitidas bruscamente en la teología judaica.

Puede decirse, hablando de una manera general, que la influencia mazdeista en las ideas religiosas de los judíos, se redujo simplemente á estimular el desarrollo de las creencias que germinaban y se hallaban latentes en el seno del hebraismo. Esto y no otra cosa sucedió, por lo ménos en lo que respecta á la demonología. Es cierto que la creencia en un espíritu del mal caracterizado como príncipe de los demonios no se encuentra en los libros cuya redaccion es anterior á la cautividad de Babilonia; pero no puede dudarse tampoco que la creencia en los demonios existía en la época anterior al destierro, y tiene raíces muy profundas en el hebraismo. Induce á pensar así, entre otras cosas, la mencion que se hace en el Levítico de un demonio llamado Azazel, al cual se enviaba un macho cabrío cuando la fiesta de la reconciliacion (1); y luégo la creencia muy extendida, aunque puramente popular, respecto á séres especiales que habitaban las ruinas y los lugares desiertos. Los espíritus de los campos y los bosques (שעירים) de que habla Isaías (2), las fantasmas nocturnas (ליליה) (3) y los misteriosos עליוקה (4) eran considerados todos como séres siniestros é inspiraban temor.

(Se continuará.)

JAIME GRES.

---

(1) Levit. XVI, 8, 10, 16.—El sentido del texto que distingue claramente el macho cabrío del sér al cual se mandaba, repugna á la opinion de Ewald (*Die Alterthümer des Volkes Israel* 3.<sup>a</sup> edicion, 1866, p. 479), segun la que la palabra עזאזל designa el mismo chivo. Por lo demas, Azazel no se encuentra en ningun otro libro del Antiguo Testamento, pero en algunos fragmentos del libro de Henoch aparece como el príncipe de los demonios. (Desde el cap. LVI al LXVIII.)

(2) XIII, 21; XXXIV, 14.

(3) Ib. De ליל noche.

(4) Proverb. XXX, 15.





## ANALISIS Y ENSAYOS

---

LOS ESTATUTOS DE LA CIUDAD DE ROMA EN LA EDAD MEDIA

(Conclusion.)

**D**E la descripción exterior del tomo, M. La Mantia pasa al exámen de la colección que contiene. Está dividida en tres libros, de los que el primero únicamente se ve precedido de una tabla de rúbricas. Este primer libro está particularmente dedicado á las materias del derecho criminal y comprende 162 capítulos ó estatutos. El tercer libro lleva por título: *De electione juramento et officio senatoris, judicum et aliorum officialium, et de aliis extraordinariis*, comprende 188 estatutos. Las dos cuestiones más difíciles de resolver eran evidentemente las que se relacionan con la fecha y los autores de la compilación. El manuscrito no contiene ninguna indicación cronológica, porque no es necesario reflexionar mucho para reconocer que la fecha de 1438 dada por la escasa noticia bibliográfica que he reproducido, se refiere únicamente á la transcripción del *Códice* y no á la composición de la colección. El mejor medio de suplir este silencio, fuera buscar y compulsar en los 626 estatutos de que se compone, todas las menciones de hombres, lugares, acontecimientos, en una palabra, todas las

particularidades que los redactores pudieron dejar subsistir. M. Vito La Mantia se encargó de esta misión tan concienzudamente como se lo permitían las *tres horas* de que podía disponer. Merced á las notas que ha reunido, sabemos que se lee en el manuscrito del Vaticano el nombre de Simon de Saugro, que ejerció la autoridad senatorial en 1333 como vicario del rey de Nápoles: el de Cerroni, á quien una revolución popular invistió en 1352 del gobierno de la república: el de Baroncelli que se improvisó tribuno al año siguiente. Sabemos igualmente que en él se halla mención de *nuevos estatutos* promulgados en 1363, y la de la sublevación de Velletri que no se apaciguó más que en 1364. Estas indicaciones no son por otra parte las únicas que M. La Mantia recogió en su rápido exámen. El prólogo que se lee á la cabeza de la compilación le ha dado los nombres de los comisionados ó reformadores encargados de su redacción. Todos están calificados de *doctores de las leyes ó notarios regionales*. Acaso investigaciones más profundas en los archivos del Estado, de la municipalidad y sobre todo del Vaticano, en las sacristías de las iglesias y en los antiguos registros de los notarios, permitirían descubrir la época precisa en que se les confió este trabajo; pero en el estado actual de los depósitos públicos de Roma, las investigaciones de esta clase no son posibles ó al ménos no serían completas. M. La Mantia debió limitarse á reproducir los informes dados por Marin y Renazzi acerca de dos reformadores citados en el prólogo: Francisco de Casal y Nicolas Porcari. El primero aparece en 1369 como delegado por el cardenal Camarlengo para la recepción de un doctor extranjero: el segundo interviene en 1376 en una concesión de privilegios hecha en nombre de la ciudad.

De todo lo que precede resulta que la colección en cuestión no puede ser anterior al año 1364 y que podría en rigor no haberse compuesto hasta 1376; pero parece muy difícil atribuirle una fecha más reciente. En efecto, en el mes de Enero de 1377, el Papa Gregorio XI se decidió á salir de Aviñon y á regresar á Italia. El restablecimiento de la Santa Sede en la ciudad de Roma, tuvo por consecuencia natural modificar la forma de los actos públicos. Incluyóse en ellos desde entónces la mención del consentimiento dado por el pontífice ó cuando ménos algun testimonio de respeto y de sumisión hácia su autoridad: ahora bien, nada igual se ve en la redacción que nos ha conservado el manuscrito del Vaticano. Se ve en él el gobierno municipal en posesión de una independencia completa: todos los comisionados encargados de la redacción de los Estatutos son legos, y sólo á los magistrados de la ciudad les está reservado el derecho de promulgarlos, reformarlos y derogarlos.

No fuera preciso creer, no obstante, que durante el largo destierro del papado, los habitantes de Roma hayan alimentado contra la

Santa Sede sentimientos de odio y hostilidad. No negaban ni su autoridad espiritual, ni siquiera, en cierto modo, su supremacía política. Los Estatutos de que nos ocupamos prueban su fervor religioso: léese en ellos desde el principio, una profesion de fe católica, y más adelante penas severas contra los herejes y blasfemos. Sabemos, por otra parte, que desde el fondo de su retiro, los Papas no cesaron nunca de intervenir en los asuntos de la ciudad, y que en varias ocasiones, bajo Inocencio VI y bajo Urbano V, el pueblo les confirió directamente la dignidad de senador con facultad de hacerse representar por un vicario. Pero lo que sublevaba la cólera de esta poblacion turbulenta, lo que la impulsaba á las aventuras y conflictos sangrientos de que está lleno el siglo xiv, eran el orgullo y la ambicion de la nobleza, cuyas familias principales trataban de apoderarse del gobierno y no vacilaban para sostenerse en él en tomar á sueldo á los bandidos del campo: lo que mantenía en los espíritus esta agitacion que degeneraba tan frecuentemente en rebeliones armadas, era el amor apasionado de la clase media á las franquicias comunales y el temor de que se viesen amenazadas por los legados. Los habitantes de Roma no consideraban, pues, al Soberano Pontífice como un enemigo: reconocían de buen grado su soberanía; pero querían permanecer dueños absolutos de la administracion interior de la ciudad, de la eleccion de los magistrados, de la constitucion de los tribunales, de la ejecucion de los juicios civiles y criminales: á esto llamábanle *república ó buen gobierno*. Los nobles y seglares estaban excluidos de él y toda ingerencia de su parte se reprimía severamente. Los Estatutos contenían con respecto á ellos, disposiciones sumamente rigurosas.

Los Papas de Avignon, asociáronse desde léjos á esta lucha de las clases plebeyas contra la nobleza. Los primeros sucesores de Gregorio XI, imitando su ejemplo, demostraban cierto respeto á las antiguas libertades del municipio. No se introdujo en la forma exterior del gobierno ninguna modificacion importante. El senador, así como los otros dignatarios municipales, conservaron sus prerogativas, y durante más de medio siglo la coleccion de Estatutos contenida en el manuscrito del Vaticano, siguió siendo base del derecho público y privado de los habitantes de Roma. Difícilmente, en efecto, nos explicaríamos, si el fondo de esta coleccion fué derogado ó cayó en desuso cuando Pedro Mellini, que era *secretario perpetuo del pueblo y del Senado romano*, hizo sacar para su uso una copia en 1438. Pero no debe disimularse que el restablecimiento de la Santa Sede en la Ciudad Eterna, constituía una verdadera revolucion cuyos efectos debían sentir en más ó ménos tiempo las instituciones políticas y civiles. El Soberano Pontífice no ejerció hasta entónces más que una especie de soberanía vaga y mal definida: los habitantes de Roma, vencidos por su propia impotencia y hastiados de la libertad

por la anarquía, se resignaron á conferirle un poder efectivo y casi absoluto. A él correspondió en adelante el derecho de modificar los Estatutos. La curia romana hizo uso de ellos para borrar poco á poco las huellas de la antigua independencia comunal, al par que derogaba todo lo que le parecía contrario á las *libertades eclesiásticas*. El número de edictos ó reglamentos publicados por el Colegio de notarios fué en breve tan considerable, que se sintió la necesidad de reunirlos y codificarlos. La compilacion redactada en el transcurso del siglo precedente, cesó por otra parte, de estar en armonía con la nueva forma de gobierno. Una órden de Pablo II, fechada en 30 de Setiembre de 1469, prescribió la refundicion y encargó de este cuidado á una comision de obispos, prelados y jurisconsultos. Entre los comisionados figuraba Juan Mellini, obispo de Urbino, hermano del antiguo secretario del pueblo y del Senado. Despues de un largo exámen y numerosas conferencias, se sometió el trabajo á la sancion del nuevo Pontífice, quien ordenó que fuese puesto en vigor en el término de diez días, y prohibió alegar para el porvenir ninguna compilacion anterior.

M. Vito La Mantia indica dos manuscritos de esta nueva edicion de los Estatutos, la una en pergamino en los archivos del Capitolio, y la otra en papel en la biblioteca Ottobónica. Sería por cierto muy curioso comparar el texto con el del manuscrito del Vaticano: seguiríase de este modo la huella de los cambios operados desde la restauracion de la autoridad pontificia y llegaríamos á formar cálculo exacto de lo que era la organizacion política de Roma, durante el período republicano. Desgraciadamente, M. La Mantia no poseía otro elemento de comparacion que algunas notas que tomó en el Vaticano durante las tres horas concedidas por el cardenal secretario de Estado: no era esto suficiente para formar una coleccion seria y completa. El sabio magistrado sólo pudo comprobar que la compilacion de 1469 dividida, como la precedente, en tres libros, tomó de ella gran número de capítulos, pero que el órden de materias había sufrido numerosos cambios y que, respetando el fondo, los comisionados de Pablo II usaron ampliamente del derecho concedido por el Pontífice para modificar, añadir y quitar.

La promulgacion de esta nueva compilacion coincidió con la introduccion de la imprenta en la Península; en efecto, hácia 1465, dos obreros alemanes, Conrado Sweinheim y Arnolde Pannarty, llamados por los religiosos de Subiaco, fueron á fundar en este ilustre monasterio el primer establecimiento tipográfico que tuvo Italia. Desde 1467 habían trasladado sus prensas á la ciudad de Roma, y en el mismo año, uno de sus compatriotas, Ulrico Hahn, oriundo de Ingolstadt, se instaló frente á ellos. Merced á la rivalidad de ambos talleres, la nueva industria hizo rápidos progresos. La actividad de los concurrentes se aplicó primero á los monumentos de la antigüe-

dad clásica y á los escritos de los Padres de la Iglesia; las obras de Ciceron, de César, de Virgilio, de Tito Livio, de Lucano, de Suetonio, figuran entre las primeras producciones junto á las de San Agustín, San Jerónimo, San Cipriano, el Papa San Leon y Santo Tomás de Aquino. Pero pronto les tocó su vez á la medicina y el derecho. Ulrico Hahn, que ya publicó en 1468 un corto tratado relativo á la curacion de los bubones pestilentes, se decidió tres años más tarde á dar una edicion de los Estatutos de Pablo II. El tomo no lleva ciertamente ninguna edicion de año, lugar ni impresor, pero los bibliógrafos más competentes lo atribuyen sin vacilar á Ulrico Hahn y la datan en 1471 á causa de la identidad de los caracteres con los del *Tito Livio* y del *Justino*, que salieron en dicha época del mismo taller. Es uno de los monumentos más importantes y preciosos de la primera edad de la tipografía italiana. Los ejemplares son muy raros: Audiffredi conoció dos, uno en los archivos del Capitolio, otro en poder de un prelado romano, Honorato Gaetani; Panzer indica el tercero en la biblioteca de Nuremberg; M. Vito La Mantia nos revela la existencia del cuarto, en poder de los dominicos de la Minerva; yo mismo, merced á la amabilidad de nuestro sabio colega M. Leopoldo de Lisle, encontré el quinto en el archivo de nuestra gran biblioteca nacional.

Al encargarse de la publicacion de los Estatutos, Ulrico Hahn esperó evidentemente que la empresa sería fructuosa: el suceso engañó sus deseos. Se conserva, en efecto, en los archivos del Vaticano la minuta de un edicto fechado en 7 de Junio de 1474, por el cual el cardenal camarlengo informaba al senador que quedaban aún en el almacén gran número de ejemplares, y ordenaba á cada abogado ó notario agregado á la jurisdiccion del capitolio adquirir uno en el término de ocho dias, bajo pena de multa de veinte ducados. Merced á esta medida, la edicion se agotó, y cincuenta años despues, el Papa Adriano VI se quejaba de que el volúmen escasease. Atribuía á esta escasez los frecuentes errores cometidos en la interpretacion del texto, y en consecuencia ordenó su revision y confiaba el cuidado de este trabajo á dos doctores consistoriales, Pablo Planca y Salomon Albertysco. La nueva compilacion se publicó en 1523. Fué á su vez objeto de una refundicion casi total, en 1580, bajo el pontificado de Gregorio XIII.

Este es el último hecho que merece notarse en la historia de los Estatutos de la ciudad de Roma. El carácter de las instituciones políticas y civiles de la antigua capital del mundo, estaba fijo en adelante y la forma misma no ha experimentado más que cambios insignificantes hasta la época de las guerras de la revolucion. La enumeracion de las diversas ediciones de los Estatutos, publicadas desde 1580, no ofrecería ya más que un interes bibliográfico. Deténgome, pues, aquí, confesando que, á pesar de los informes dados por

M. Vito La Mantia y á pesar de los esfuerzos que he hecho para completarlos, el boceto que acabo de trazar tiene numerosos vacíos. Pero el más grave de todos, sólo podrá llenarse cuando el Vaticano abra sus puertas y permita estudiar con detenimiento el manuscrito de Pedro Mellini. Esperemos, por honra de la Santa Sede y para provecho de la ciencia, que este dia no esté lejano!

M. DE ROZIERE.



---

Madrid 30 de Enero de 1879.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO  
Mendizabal, 64.